JÉSSICA MACEDO



ESPOSA por obligación del SHEIK

Grupo Editorial Portal

JÉSSICA MACEDO

ESPOSA *por obligación del* SHEIK

Grupo Editorial Portal Segredo

BELO HORIZONTE | 2024

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Epílogo
Sobre la autora

Sinopsis

Hace diez años, el playboy Zyan Ahmad Al-Sabbah se alejó de sus orígenes y de todo lo que representaban, llevando una vida de libertinaje en las pasarelas de Europa, donde ejercía de modelo. Sin embargo, una enfermedad terminal golpeó a su padre, obligándolo a regresar al Emirato y asumir sus funciones de jeque. Lo que el mujeriego empedernido no preveía era que, además de un reinado, le esperaba un matrimonio concertado.

Regina era una mujer dulce, ingenua e inocente. Criada para el matrimonio, temía acabar en manos de un hombre tan cruel como su propio padre cuando este eligiera a su futuro marido. Pero la innegable belleza y el aire seductor del joven jeque parecían hacer de la unión una empresa más tentadora.

Zyan ha eludido sus deberes para con su pueblo durante toda su vida, pero con la muerte de su padre ya no puede hacerlo. El matrimonio sería una más de sus obligaciones, pero siempre se ha esforzado por ser un hombre diferente a su padre y la presencia de su encantadora esposa puede revelar espacios en su corazón que ni siquiera él conocía.

Para mi querida lectora Regina ♥



REGINA

Capítulo uno

Todavía podía oír los gritos de mi prima resonando en mi cabeza mientras la arrancaban de los brazos de su padre muerto y la encerraban en una de las celdas de palacio. No podía imaginar que mi padre fuera capaz de hacer algo tan cruel y despiadado...

¡Pero lo hizo!

Las lágrimas seguían rodando por mis mejillas mientras me acurrucaba en la cama, incapaz de controlar los sollozos que me hacían agitar el pecho. Me froté los ojos con el dorso de la mano, sintiendo que se me hinchaban y me dolían cada vez más.

Miré a mi alrededor, que estaba terriblemente vacío, y aunque no estaba en una celda como Nedja, también me sentía atrapada.

Mi tío Mohammed Al-Kudsi era un buen jeque para Mamlaka, el emirato que gobernaba desde la muerte de mi abuelo. Tenía ideas progresistas, que incluían los derechos de la mujer y la colaboración con Occidente para el progreso de la región. Sin embargo, mi padre nunca estuvo de acuerdo con la forma en que mi tío dirigía a nuestro pueblo y nuestro territorio. Seguía aferrado a viejas tradiciones, ideas arcaicas y anticuadas de cómo debían ser las cosas. Las peleas entre ambos eran constantes, pero yo creía que nunca irían más allá.

Mi tío era el mayor, era el Emir, y por mucho que mi padre no estuviera de acuerdo con su forma de gobernar, la última palabra siempre la tendría el líder. O así solía ser hasta hace dos noches...

Empecé a llorar aún más fuerte al recordar el horror, el sufrimiento y, sobre todo, el caos que se había abatido sobre nosotros sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Mi padre no era el único en Mamlaka que no estaba de acuerdo con mi tío. Pronto consiguió reunir a varios seguidores que le apoyaron para derrocar a mi tío y encubrir su muerte, que no fue casual. Un golpe que dejaría una terrible huella en nuestra historia.

Por mucho que Youssef fuera mi padre, sabía que su pensamiento retrógrado representaría un retroceso de casi cien años en los derechos civiles y la modernidad de Mamlaka, especialmente en relación con las mujeres.

Mi tío tenía una interpretación diferente de las sagradas escrituras, aunque también era muy religioso, creía que hombres y mujeres tenían los mismos derechos ante Alá. En cuanto a mi padre...

Respiré hondo e incliné el cuerpo hacia atrás, intentando apoyarme en la cama, pero cada vez me resultaba más incómodo. Era cuestión de tiempo que me obligaran a llevar un niqab como mi madre.

Sin mi tío, sabía que sería muy difícil para mí, pero seguía siendo la hija de Youssef Al-Kudsi, para mi prima Nedja todo podía ser aún peor. Era la única hija de mi tío, que perdió a la mujer que amaba siendo muy joven. Nedja era libre, había estudiado en Dubai y representaba todo lo que mi padre aborrecía: una mujer decidida, educada, con argumentos y una opinión firme.

Tragué saliva, sintiendo que algo áspero se deslizaba por mi garganta como si tuviera bordes afilados. La idea de que lo que le había ocurrido a su padre le ocurriera a ella hizo que me doliera el pecho.

Nedja no solo era mi prima, sino también mi mejor amiga. A menudo descubría cosas y conocía el mundo a través de sus ojos. Me enseñaba fotos y me hablaba de lugares a los que mi padre nunca me dejaría ir. A diferencia de ella, yo llevaba una vida recluida en aquel palacio, lo que sabía del mundo lo había aprendido con su ayuda, porque mi padre no me había dejado ir a la escuela convencional. Mi madre me había enseñado a cuidar de una casa y de los niños, participando en la educación de mis dos hermanos pequeños, mientras que Nedja me enseñaba inglés, filosofía, artes e incluso matemáticas.

Perder a mi tío había sido horrible, pero perderla a ella sería sin duda aún peor.

Me levanté de la cama y me ajusté el hiyab alrededor de la cara, cubriendo todo mi pelo castaño, antes de aventurarme a salir de mi habitación. Sabía que era arriesgado, que ver a mi prima podría desencadenar algún tipo de castigo para mí, pero al mismo tiempo no podía quedarme quieta.

Mi padre se estaba haciendo cargo de los asuntos del Emirato, remodelando el gobierno según lo que él y sus seguidores creían correcto. Así que esperaba que estuviera lo bastante ocupado como para no tener que preocuparse por mí.

Crucé el largo y oscuro pasillo hasta el otro lado del enorme patio con una fuente en el centro. Bellamente decorada, presumía del recurso más preciado, el agua. Esto me recordó lo hambrienta y sedienta que podía estar Nedja, así que cambié de ruta y me dirigí a la cocina. Por suerte era tarde y no me topé con ningún sirviente, ya que todos los que se habían quedado en palacio seguían al pie de la letra los ideales de mi padre.

Puse agua en una pequeña cantimplora y pan del día anterior en una bolsa de plástico. No era mucho, pero ayudaría con el hambre y la sed. Finalmente, regresé a las celdas, con la esperanza de que estuviera bien.

Caminaba por el pasillo cuando una voz cortó el silencio e hizo que mi corazón se acelerara del susto. Dejé de caminar y retrocedí unos pasos, abrazando lo que llevaba contra el pecho.

—¿Adónde vas?

Temblé aún más cuando me di cuenta de que el soldado se había fijado en mí. Ojalá tuviera el superpoder de mezclarme en las sombras y pasar desapercibida. Sin embargo, se acercó y no tuve más remedio que responderle.

—Llevaré agua y comida para Nedja.

—Hoy ya le han dado de comer. —El soldado me puso la mano en la cintura y me miró más de cerca, como si intentara descubrirme en una mentira, pero yo aún no había mentido.

—Me envía mi padre. ¿Quieres discutir con el nuevo jeque?

El soldado vaciló, retrocediendo ante la posibilidad de ser castigado de alguna manera. No sé exactamente qué se le pasó por la cabeza, pero pareció asustarle lo suficiente como para dejarme pasar.

—No te demores.

Asentí y corrí junto a él lo más rápido que pude. Me temblaban las piernas y sentía que iba a caerme en cualquier momento, pero no podía tropezar porque mi intención de ayudar a mi prima fracasaría.

Bajé las escaleras y entré en las celdas. Estaba tan oscuro y había un terrible olor a polvo

que no pude evitar toser. Me dolía un poco la cabeza, pero me esforcé por seguir adelante. El ambiente parecía aún más seco que en pleno verano.

—Nedja... —llamé a mi prima, con el pecho apretado, cada vez más ansioso por su respuesta.

—Regina, ¿eres tú? —Su voz era débil, casi un susurro.

—Sí. —Corrí hacia el sonido y choqué con los gruesos barrotes que nos separaban.

Bajé un poco más, hasta que mis dedos rozaron los suyos. No pude evitar que un suspiro de alivio escapara de mi pecho al darme cuenta de que mi prima seguía viva, pero ese consuelo no duró mucho, porque no podía estar segura de que estuviera bien.

—Nedja...

—Estoy agotada.

—Llevas días aquí.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó, la tensión evidente en su débil voz.

—No lo sé.

—Él... Él...

—Siento lo que ha pasado. —Intenté apretarle los dedos de la barandilla con más fuerza y demostrarle lo duro que había sido para mí.

—No sé por qué no me ha matado a mí también.

—Mi padre no hará eso —dije, más tratando de creer que confiando realmente en mis palabras.

—Es solo cuestión de tiempo, Regina.

—No puede hacerte eso.

—Mira lo que ya ha hecho...

Tragué saliva, sintiendo que la garganta me ardía de nuevo.

Hubo silencio durante largos segundos. Estaba desesperada, pero ni siquiera podía respirar bien. No quería que le pasara nada a Nedja, pero al mismo tiempo no se me ocurría qué hacer.

—Necesito salir de aquí. —Puso fin a la agónica pausa.

—¿Cómo?

—Los soldados dejan la llave en un clavo cerca de la puerta, ¿puedes recogerla y dármela?

—Puedo, pero... Nedja, hay soldados por todas partes, ¿qué crees que hará mi padre cuando sepa que has salido de tu celda?

—Aprovecharé que es de noche, intentaré esquivarlos y me dirigiré al desierto.

—Pero puedes morir allí.

—Prefiero intentarlo a pasar el resto de mis días atrapada aquí. Si tu padre no va a deshacerse de mí antes.

No me parecía una buena idea, el desierto tendía a ser muy cruel con quienes se aventuraban en él, pero también pensé que algo aún peor podría ocurrirle si mi prima permanecía allí como rehén.

—El jeque Hassan Khan Al-Abadi de Sahra era amigo de mi padre. Si llego a su emirato, podré conseguir asilo hasta que piense qué debo hacer.

—Pero, ¿sabes cómo llegar?

—Tengo que intentarlo.

—Nedja…

—No quiero morir en esta celda, Regina. Por favor, ayúdame.

Asentí con la cabeza, aunque no estaba segura de que ella pudiera verlo.

No pensaba mucho en lo que podría ocurrirme cuando mi padre descubriera que había ayudado a escapar a mi prima, solo quería creer que había una posibilidad de que sobreviviera.

—Traeré la llave.

—Muchas gracias.

—También te traje algo de pan y agua. Esta comida no te va a ayudar por mucho tiempo, pero espero que sirva de algo.

—No tengo palabras para agradecértelo.

—Solo quiero que sobrevivas.

Me levanté y fui a buscar la llave, fue mucho más difícil en la oscuridad, pero conseguí encontrarla y se la entregué a mi prima, metiendo la mano por el hueco entre los barrotes de la celda. Hice lo mismo con el agua y el pan.

—Muchas gracias, Regina.

—Ojalá yo pudiera hacer más por ti.

—Hiciste lo que podías. —En la penumbra, me di cuenta de que se esforzaba por regalarme una sonrisa—. Ahora vete.

—Pero...

—Cuando me vaya, será mejor que no estés aquí.

—¿Y si te encuentras con un soldado?

—No pueden pensar que me estás ayudando a escapar.

—Nedja...

—Todo va a salir bien —prometió, pero ninguna de nosotras estaba lo bastante confiada como para asegurarlo.

Asentí, todavía con el pecho apretado y un sabor amargo en la boca. Me despedí de ella, sabiendo que no podía quedarme allí mucho tiempo, porque mi padre no sería capaz de imaginárselo.

Volví a mi habitación, escondiéndome entre las sombras y pisando despacio, intentando que nadie se fijara en mí, pero estaba completamente abrumada por la tensión y la incertidumbre.

Quería que Nedja estuviera bien, pero cada vez estaba más segura de que nuestro futuro no iba a ser fácil.



ZYAN

Capítulo dos

Posé para una foto con las mujeres que me rodeaban mientras una de ellas me traía otra copa de Martini.

No tenía ninguna duda de que la vida que llevaba en Europa era mi propia versión del paraíso. Mujeres, coches, fiestas y mucha bebida. Mucho mejor que lo que me habían ofrecido durante mi infancia y adolescencia.

Había dejado los Emiratos Árabes, donde mi padre había sido jeque durante casi diez años, para estudiar, pero el compromiso de volver a casa nunca se cumplió. Descubrí que la vida promiscua de Occidente me atraía mucho más.

—Zyan... —Una de las mujeres rozó con sus largas uñas pintadas de rojo el contorno de mi mejilla y atrajo mi atención hacia ella.

Ella sonrió, pasando la lengua por sus gruesos labios y yo tiré de su cabeza, haciendo que me besara. Su otra mano, que sujetaba la copa de martini, dejó el objeto a un lado para que yo pudiera tirar de la cintura de la mujer negra, que solo llevaba bragas y sujetador, y colocarla sobre mi regazo.

Se inclinó hacia delante, sujetándome por los hombros mientras se frotaba contra mí. El encaje de las bragas que llevaba era tan fino que dejaba que su humedad se filtrara, empapando mis pantalones. Estaba excitada, pero no era la única, porque mi verga estaba cada vez más dura dentro de mi pantalón.

Según las enseñanzas que me dieron cuando era más joven, el sexo fuera del matrimonio y el alcohol eran pecado, así que desde que me había trasladado a Occidente, había estado pecando mucho.

Sin duda, prefería la vida que llevaba allí a la que llevaba en Qasir, el Emirato que gobernaba mi padre.

La oferta de un agente para que me convirtiera en modelo cuando aún estaba en la universidad me reportó muchos beneficios. Además de proporcionarme el dinero para

mantenerme sin depender de mi familia, también me proporcionó las mejores fiestas y mujeres.

Mi padre nunca estuvo de acuerdo con el estilo de vida que había decidido llevar, y mucho menos con los hábitos pecaminosos que no me esforzaba en ocultar, pero como ya había decidido no volver, ya no me importaba su opinión. Él podía seguir con sus pensamientos y su estilo de vida y yo seguiría con los míos.

—¡Ah! —La ardiente chica sobre mi regazo dejó escapar un profundo gemido y me hizo dejar de pensar y concentrarme en su delicioso cuerpo a mi disposición.

Las otras dos que estaban conmigo en la habitación del hotel observaron cómo me inclinaba para mordisquear el suave cuello color ébano.

Me había quitado la camiseta y la sentí apretar las uñas, inclinándose aún más para frotarse contra mí. Su humedad aumentó mi excitación y me hizo querer probar más.

Le agarré el pelo rizado, tirando de ella hacia atrás y mordiéndole el cuello, haciéndola estremecerse.

—¿Solo vas a jugar conmigo? —dije en tono firme, acentuando la ronquera de mi voz.

—No... —gimió, poniendo los ojos en blanco y apretándome cada vez más los hombros.

—Entonces siéntate sobre mí. —Saqué la mano de su pelo y le di una palmada en el culo, haciendo que sus nalgas vibraran con el impacto.

Alargué la mano para tomar un condón de la mesita mientras ella se levantaba para quitarse las bragas, dejándome disfrutar de la visión de la prenda deslizándose por sus gruesos muslos hasta caer sobre el suelo enmoquetado de rojo.

Me puse el condón y la agarré por la cintura, haciéndola girar. Se giró, encajándose en mí, y echó la cabeza hacia atrás. Disfrutando de la sensación.

—Brinca —Le ordené que se moviera.

No esperó una segunda orden, dejándose llevar por el deseo desesperado de sentir mi verga frotándose contra su canal.

Se exhibió, agachándose, revolcándose y haciendo rebotar tanto sus pechos que era difícil

mirar a otra parte que no fuera su movimiento.

Estaba distraído hasta que sentí unos dedos suaves deslizarse por mi espalda y me di cuenta de que las otras dos se me habían acercado. Mientras la negra se movía con maravillosa excitación, comencé a pasar mi mano por las otras dos, acariciándolas, tocando sus pechos y bajando hasta sus ingles. Ellas separaron un poco más sus muslos y me permitieron tocarlas y penetrarlas con mis dedos. Estaban tan húmedas que podía sentir cómo me mojaba yo mismo al deslizar mis dedos en sus canales. Se retorcían, gemían y se revolcaban en mis manos, pidiendo más y era difícil mantener mi atención en ellas con la otra rebotando frenéticamente en mi regazo.

Me turné para besarlas a las tres, asimilando sus jadeos y suspiros mientras saboreaba la mejor forma de pecar.

Quité las manos de las otras dos y agarré la cintura de la que estaba en mi regazo, acelerando aún más al sentir que se acercaba mi clímax. Antes de mi orgasmo, vi el suyo en su respiración y sus ojos en blanco, pero solo me detuve cuando eyaculé en el condón, desplomándome sobre el respaldo de la silla segundos después, tratando de recuperarme de la deliciosa oleada que agarrotó todos mis músculos.

La negra se levantó de mi regazo tambaleándose y fue al baño, mientras las demás me miraban, esperando más. Antes de que pudiera ir con ellas, mi móvil empezó a sonar sobre la mesita y resoplé. Daba igual quién fuera, no iba a pararme en ese momento a contestarlo. Sin embargo, una de las mujeres lo tomó y me lo tendió.

Ni siquiera lo toqué, solo miré la pantalla. No era un número que tuviera registrado en mi agenda, pero reconocí el código internacional de los Emiratos Árabes.

—Puedes colgar la llamada —dije firmemente.

—Pero...

—Apágalo y vamos a la cama.

La mujer colgó el aparato, dando por terminada la llamada, y no dudó en aceptar mi propuesta.

Tiré el condón en el cesto que había junto a la mesita y tomé uno nuevo para unirme a las chicas en la cama king-size de la habitación del hotel donde nos alojábamos en Francia.

Ellas y yo íbamos a desfilar en un evento de moda al día siguiente, pero eso no nos preocupaba en ese momento.



REGINA

Capítulo tres

No dormí ni un solo segundo durante la noche mientras pensaba en lo que Nedja podría haber hecho para escapar del palacio. Si lograba huir del Emirato, sabía que lo más cercano era Dubai, pero había kilómetros y kilómetros de desierto seco y árido antes de que pudiera llegar allí.

Empecé a pensar que liberarla podría haber sido mucho peor que dejarla morir. Lo único que había cambiado era su verdugo. Aunque no me había enfrentado a él en ninguna ocasión, había oído hablar mucho de la crueldad del desierto.

Oí el ruido de pasos firmes y pesados en el pasillo, que me hicieron incorporarme en la cama antes de que prácticamente derribaran mi puerta. Mi padre iba delante, resoplando como un perro rabioso, y detrás venían los soldados y mi hermano. Amir intentaba complacer a mi padre, pero a sus quince años yo creía, o al menos esperaba, que no era consciente de toda aquella crueldad.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —Me hice la tonta.

—¡Nedja!

—En la celda.

—No me mientas. —Me agarró el mentón con tanta fuerza que gemí al sentir cómo sus dedos se hundían en mi piel.

—Yo no... —No pude terminar porque me dio una bofetada en la cara, dejándome la mejilla dolorida.

Permanecí en silencio y empecé a llorar por el dolor y el mareo que me produjo el golpe que había recibido. No era la primera vez que mi padre me pegaba porque no había actuado según sus deseos, pero esta vez estaba segura de que yo había hecho lo correcto, y si estaba tan enfadado Nedja se había salido con la suya.

—Ahora está en el desierto, jeque —dijo uno de los hombres que apoyaba a mi padre en aquellas barbaridades—. La alta temperatura y la falta de agua se encargarán de ella.

—Quiero que la traigan de vuelta a este palacio, viva o muerta.

—Sí, señor.

Empecé a llorar aún más al oír la orden de mi padre e intenté ocultar mi rostro, pero no fue suficiente para que no se diera cuenta y volviera a centrar su atención en mí.

—Quédate en la habitación, Regina. No saldrás hasta que yo te lo permita.

No lo cuestioné, porque sabía que no había argumentos.

Puede que hubiera cambiado la libertad de Nedja por la mía, pero si llegaba sana y salva a Sahra me sentiría feliz. Realmente esperaba que el jeque de allí pudiera ofrecer refugio y protección a mi prima.



ZYAN

Capítulo cuatro

Posé para las fotos mientras oía los suspiros de algunas mujeres detrás de la franja de aislamiento. Sin duda, mi vida como modelo me había dado muchas mujeres. De las más diversas etnias y formas, podía deleitarme con la variedad.

Le guiñé un ojo a una de ellas, provocando que empezaran a gritar mientras yo seguía las indicaciones de uno de los empleados de producción para ir al camerino. Me cambiaría y luego podría irme. Si seguían esperando, tal vez una de ellas podría pasar la noche conmigo, o todas si no eran tan egoístas y sabían compartirme.

Recorrí el pasillo y entré por una de las puertas de madera. Me quité los gemelos del traje y los coloqué en un soporte sobre la mesada, justo debajo del enorme espejo, y empecé a desabrocharme la chaqueta cuando oí que llamaban a la puerta. ¿Alguien de la organización se había olvidado de darme algo o necesitaba hablar conmigo?

Me dirigí a la puerta, sin molestarme en cerrar los botones que había abierto, y me sobresalté cuando la persona que había al otro lado no era en absoluto la que esperaba. Habría sido mucho mejor que una loca hubiera burlado la seguridad y se hubiera lanzado sobre mí, pero esa visión podría haberme estropeado la velada.

—Zyan Ahmad Al-Sabbah. —Hacía mucho tiempo que no oía pronunciar mi nombre así, sobre todo con acento árabe.

Desde que empecé a trabajar de modelo, solo había llevado Zyan Ahmad.

Quería decir que no recordaba aquella cara, que las arrugas de más y todo el tiempo transcurrido bastaban para hacerla irreconocible, pero el tipo que tenía delante se parecía demasiado a la mano derecha de mi padre como para fingir que no era el mismo.

—¿Qué haces aquí, Said?

—Tienes que volver inmediatamente, jeque.

Inhalé con fuerza y solté un largo suspiro para evidenciar mi aburrimiento.

—Creía que se habían dado por vencidos.

—Esta vez ya no es cuestionable.

—No voy a volver. Venir a buscarme ha sido una enorme pérdida de tiempo, como las otras veces. Me encanta la vida que llevo en Occidente y no pienso cambiarla, por muchas discusiones que tenga mi padre.

—Tu padre está terriblemente enfermo.

—Ah, qué pena. —Mi sarcasmo enfureció aún más al empleado, pero pensé que estaba jugando conmigo.

Ya habían utilizado los argumentos más diversos para convencerme y esta medida drástica demostraba lo desesperados que estaban.

—Esto no es una broma.

—Lo siento, Said. —Intenté empujarle para poder cerrar la puerta—. Necesito que me disculpes porque tengo que cambiarme.

Intenté dar un portazo, pero él levantó un pie y una mano para impedírmelo.

—Eres el príncipe heredero...

—No volveré a casa.

—No entiendes la gravedad de la situación. Nunca lo has entendido, parece que la vida es una gran borrachera. Que Alá te perdone, pero lo único que has hecho desde que llegaste es avergonzar a tu padre.

—No lo lamento, porque no me avergüenzo en absoluto de la vida que llevo.

—Su padre podría morir en cualquier momento y Qasir se quedaría sin jeque. Aunque no te guste, y créeme, no eres el candidato favorito de nadie, sigues siendo el heredero del Emirato. Tienes que formarte y hacerte cargo de las tareas administrativas lo antes posible.

—No voy a ir.

—Ya veremos... —Lo empujé fuera y cerré la puerta de un portazo.

Me pregunté hasta qué punto podía estar desesperado mi padre para recurrir a una medida como ésa con tal de llevarme de vuelta a los Emiratos.

Estaba muy contento con la vida que llevaba y no veía ninguna razón para volver, fuera cual fuera el argumento. Llevaba diez años sin volver y no esperaba hacerlo en aquel momento.

—¡Zyan! —Said llamó a la puerta, insistiendo en que la abriera.

—Estoy ocupado.

—No comprendes la gravedad de la situación. Otras familias podrían iniciar una disputa por el poder del Emirato y la gente sufrirá solo porque eres demasiado irresponsable para ocuparte de tus obligaciones y deberes.

Yo no era tan frío como me proyectaba y sus palabras me hicieron pensar un poco. Para ser honesto, nunca había pensado en cómo sería cuando mi padre muriera, siempre lo vi como alguien frustrado conmigo, tratando de llevarme de vuelta a nuestros orígenes y a lo que él creía que era correcto.

—¿Por qué no te haces cargo? —Abrí la puerta y volví a encararme con él—. Has estado al lado de mi padre todo este tiempo, estoy seguro de que conoces mejor que nadie el papel que desempeñaba y puedes sustituirlo.

—Sabes que no tengo ese derecho.

—Eso es basura.

—Sabes que no lo es, o al menos deberías saberlo.

—Apuesto a que ni siquiera él está tan enfermo.

—Ve y compruébalo tú mismo. Mucho ha cambiado desde que te fuiste de casa, príncipe.

—Iré, pero volveré para el desfile que tengo la semana que viene.

Said negó con la cabeza, parecía insatisfecho con lo que yo decía, pero eso era todo lo que sacaría de mí.

Aunque solo fuera por unos días, sin intención de regresar, sería muy difícil porque me había jurado a mí mismo que no volvería al lugar donde había nacido. Sentía que ya no formaba

parte de él, que nunca lo había sido.

No había argumentos que pudieran cambiar esta idea que ya había arraigado en mí.



REGINA

Capítulo cinco

A través de la ventana, observaba las casas que rodeaban el palacio y a la gente que hacía su vida como si nada hubiera pasado. Me preguntaba si no tendrían miedo de mi padre o si ni siquiera sabrían lo que había ocurrido y que el bondadoso ex jeque había sido asesinado por su propio hermano.

Mirando hacia la arena que se apoderaba del cielo como una densa niebla, me pregunté cómo estaría Nedja. ¿Habría conseguido al menos atravesar el desierto y encontrar un lugar seguro donde protegerse?

Sin dinero y con poca comida y agua, era poco probable que llegara a alguna parte, lo que me ponía aún más tensa. Solo quería proteger a mi prima, pero cada vez parecía menos probable que escapara de la muerte.

Se me revolvió el estómago y sentí que las lágrimas volvían a brotar. Había hecho lo que había podido, pero aún no era suficiente.

Oí un ruido en la puerta que se había abierto desde fuera, y mi madre entró llevando una bandeja con comida y agua fresca.

—¿Está todo bien, niña?

—¿Cómo podría estarlo? —Resoplé, incrédula de que me hubiera hecho semejante pregunta—. Mira todo lo que ha pasado, piensa en lo que hizo mi padre.

—Tu tío se alejaba de sus ideales.

—No puedo creer que defiendas esa atrocidad.

—Con el tiempo lo entenderás.

—Nunca lo entenderé.

—No deberías haber ayudado a escapar a tu prima. Hiciste enfadar mucho a tu padre, ahora está moviendo a todos sus hombres para encontrarla.

—¿Preferirías que la dejara morir?

—No iba a morir.

—¿Realmente crees eso?

Mi madre guardó silencio y no pudo responder a mi pregunta porque en el fondo sabía muy bien la verdad.

—Toma un poco de agua. —Me pasó el vaso—. Pareces deshidratada.

Yo tenía mucha sed, así que acepté sin rechistar, pero me pregunté cuánta sed tendría Nedja en alguna parte. Todas mis plegarias desde su huida habían sido para que mi prima encontrara un lugar seguro lejos de mi padre y sus hombres, que podían hacerle daño.

La comida y el agua sabían a lo peor del mundo mientras yo me preocupaba por lo que pudiera estar pasándole.

—Escuché una conversación con tu padre y parece que te casarás pronto.

—¿Casarme? —Casi escupo el agua.

—Tienes diecinueve años, hija mía. Ya es hora. Y por su emoción, es un marido muy adecuado.

—¿Marido adecuado?

El escalofrío en mi estómago se intensificó aún más. Un hombre que estuviera a la altura de mi padre debería ser igual de aterrador. No quería dejar un terror conocido para caer en manos de un monstruo aún peor. Estaba segura de que tendría una vida llena de restricciones como la de mi madre.

Tal vez hubiera sido mejor que huyera con mi prima, pero solo la habría retrasado. Ella estaba más acostumbrada al mundo que yo y, aunque no le gustara, yo había estado preparada para ese destino toda mi vida.



ZYAN

Capítulo seis

Me tapé la cara con las gafas de sol mientras el intenso calor me tocaba la piel a través de la chaqueta cuando bajé en el aeropuerto internacional de Dubai. Said estaba conmigo junto a otros dos hombres que le habían acompañado en el viaje y me guiaron hasta una limusina que nos esperaba en el vestíbulo de llegadas.

Diez años me habían bastado para ver una ciudad diferente. Dubai se había modernizado, había ganado muchos rascacielos y otros iconos de las grandes ciudades del mundo. Aquella sorpresa fue positiva y me hizo inclinarme hacia la ventana para mirar más de cerca.

Pero en el fondo dudaba de que el Emirato de mi padre hubiera avanzado hacia la modernidad de la misma manera. Al suministrar petróleo al resto del mundo y asegurarse de que era una fuente de riqueza, Qasir tuvo que seguir siendo una aldea en medio de la nada, rodeada en todas direcciones por la arena.

Me quedé dormido cuando llegamos a la autopista y a ambos lados solo veía arena. El interminable desierto que ocupaba la totalidad de los Emiratos. Desde luego, no era algo que me hubiera perdido durante mi ausencia.

Mi móvil vibró en mi bolsillo y contesté a unos cuantos mensajes de mujeres que me invitaban a una fiesta más tarde. Muchas vaginas y copas para poder estar de fiesta toda la noche. Lamenté contestar que no estaba disponible, pero esperaba que después de media docena de barrabasadas con mi padre pudiera volver a la buena vida que llevaba en Europa.

Había poco más de tres horas entre Dubai y Qasir. Me pregunté por qué no habíamos tomado un helicóptero, podría haber hecho el viaje mucho más corto y cómodo. Sin embargo, imaginé que después de lo que le había hecho pasar a Said, querría que sufriera un poco, pero el sueño me hizo dormir casi todo el trayecto, así que no me importó.

Era última hora de la tarde cuando la limusina se detuvo frente al palacio. El cielo estaba ya anaranjado y el calor parecía haberse disipado un poco al ocultarse el sol tras las grandes dunas del desierto.

La enorme estructura beige con sus torres abovedadas y semiesféricas seguía siendo la

misma que yo recordaba. Aquel palacio había sido construido muchas generaciones antes que yo y las pocas reformas que había sufrido no habían cambiado en nada su estructura original.

Uno de los empleados abrió la puerta del coche y me dejó salir.

—Jeque. —Se inclinó ante mí.

Había abandonado por completo ese título y sobre todo el de príncipe heredero de un emirato cuando me trasladé a Europa y decidí vivir según las reglas de Occidente. Por mucho que decir que era jeque y príncipe me ayudara a conquistar mujeres, prefería utilizar otras herramientas, sobre todo mi propia belleza. Ser un modelo tan solicitado solía ser suficiente.

Di unos pasos hacia la entrada acompañado de aquel pequeño séquito y esperaba que mi padre ya estuviera allí para darme la bienvenida, pero no vi ni rastro de él, ni de mi madre ni de ninguna de sus otras dos esposas.

Era posible que ninguna de las mujeres estuviera allí para que él se tropezara conmigo y me echara la bronca por mi ausencia. Por desgracia para él, tenía otros hijos con sus esposas, pero todas eran mujeres.

Pensándolo bien, parece que todo fue mi mala suerte, porque si hubiera tenido hermanos varones podría haberme dejado en paz y yo no habría estado allí. Con otro príncipe, sobre todo uno más adepto que yo a las tradiciones y normas del lugar, Qasir podría seguir siendo esa mierda de lugar del fin del mundo del que tanto deseaba alejarme.

—¿Dónde está? —me aventuré a preguntar a Said cuando estábamos en palacio y seguía sin ver a mi padre.

Esperaba verlo en algún momento, mirándome fijamente con expresión de profunda decepción, diciendo lo decepcionados que él y Alá estaban conmigo por el rumbo que había tomado mi vida.

—Ven conmigo.

—¿Es una broma?

—No, Príncipe, como le dije, su padre está muy enfermo.

Avanzamos por el pasillo hacia los dormitorios y vi su puerta justo cuando una de las

esposas, la tercera, salía con expresión llorosa y ni siquiera pareció reparar en mí.

Said abrió más la puerta y me hizo un gesto para que entrara, y la sorpresa fue aún mayor. La habitación que antes ostentaba lujo con exquisitos tapices, una cama de madera trabajada con oro y otros muebles caros de distintas partes del mundo, había dejado de existir y se había transformado en una habitación de hospital. La cama era la misma, había aparatos para respirar, monitorización de las constantes vitales y algunas personas alrededor de mi padre que parecían profesionales sanitarios.

En cuanto me vio, sus ojos se abrieron de par en par, pero antes de que pudiera decir nada, se desplomó hacia un lado y empezó a toser. Se tapó la boca con la mano y la tos ronca hizo que pareciera que le dolía la garganta.

Moví rápidamente la cabeza por la habitación y vi a mi madre sentada en un rincón. Con la cabeza gacha, sonrió y se levantó, corriendo hacia mí cuando estuvo segura de que realmente era yo.

—¡Zyan!

Los abrazos no eran tan comunes en aquel lugar, pero después de tanto tiempo separados, me dio uno de todos modos. Llevaba diez años afuera, sin noticias ni mensajes. Me había olvidado de todos allí para poder tener una nueva vida.

—No puedo creer que hayas vuelto. —Me acarició la mejilla mientras se alejaba, fijándose bien en mis facciones—. Estás aún más guapo que la última vez que te vi.

—Gracias, pensé que era suficiente para zanjar el asunto.

Se apartó, aún sollozando, y me dejó mirar a mi padre de nuevo, viéndole hacer una señal a una enfermera que le tendió un pañuelo. Mi padre se limpió la mano y me di cuenta de que estaba manchada de sangre.

—¿Qué te está pasando? —Por muy escéptico que me mostrara ante toda la situación, ya no podía pensar que la imagen que tenía delante era una especie de acto para convencerme de que me quedara.

—Cáncer —respondió con su típico tono recriminatorio. Nunca abandonó esa postura que

yo tanto odiaba.

—¿Qué tipo de cáncer?

—Pulmones y laringe —respondió mi madre, que tenía muchas ganas de darme más información de la que yo tenía.

—Debería estar en el hospital.

—Los médicos ya no tienen muchas esperanzas para mí. Prefiero quedarme aquí a estar rodeado de otros enfermos. Al menos mi hijo olvidado ha vuelto a casa.

—No por mucho tiempo.

—¿No ves que Qasir te necesita?

—Tengo una vida en Europa. —Me crucé de brazos en una postura más distante. Mi padre y yo habíamos discutido mucho sobre cómo decidía mi futuro y cómo dirigía mi propio camino.

—Una fase de pecado y negación.

—No estoy de acuerdo.

—Zyan... —Mi madre trató de interceder.

—Has tenido mucho tiempo para distracciones, ahora tienes que cumplir con tu deber para con esta familia y el pueblo.

—Te recuperarás.

—Mírame. —Señaló su rostro delgado, sus ojos hundidos y su piel demasiado pálida para alguien que solía ser más vivo—. El médico me dio semanas.

—Si haces quimioterapia, cirugía... —Empecé a darle vueltas a algunos tratamientos que conocía, pero la verdad es que no tenía ni idea de cómo eran los procedimientos ni de si realmente podían funcionar.

No dijo nada y mi madre se limitó a mover la cabeza negativamente, indicándome que esas posibilidades ya habían sido analizadas y descartadas.

—Tienes poco tiempo para aprender a ocuparte de todo, Zyan.

—No quiero gobernar Qasir.

—Ya no se trata de lo que tú quieras.

Apreté los dientes, irritado, pero al mismo tiempo no podía negar la situación que tenía delante. Planeaba quedarme en Europa para siempre y no tener que volver a Asia y encontrarme a mi padre enfermo de cáncer terminal. Tenía poco más de sesenta años y me imaginaba que podría haber gobernado aquel lugar como hubiera querido durante muchos años más. Nunca habría contado con un reloj invisible que contara su tiempo y el mío. Sobre todo porque la vida que llevaba en Europa estaba totalmente mal vista allí.

—Será bueno estar de vuelta. —Mi madre me sonrió.

Lo dudaba, pero no dije absolutamente nada. Seguía asimilando aquella realidad que me incomodaba por completo.



REGINA

Capítulo siete

Tenía el corazón tan apretado que deseaba arrancármelo del pecho solo para respirar tranquila durante unos minutos. Quería tener noticias de mi prima, una sola información de que estaba bien me haría sentir menos culpable. Nadie me había dicho que la habían capturado de nuevo, pero empezaba a pensar que no me lo dirían de todos modos para evitar que volviera a hacerlo.

Había algo más en lo que no había podido dejar de pensar desde mi última conversación con mi madre. El hecho de que mi padre podría estar negociando mi matrimonio con alguien. No tenía ni nombre ni información. Pensé que si mi prima, tan lista como siempre, se hubiera enterado, habría buscado más información sobre el tipo en internet.

Sin Nedja, me sentía aún más sola que antes, por muy lleno que estuviera el palacio. De momento no tenía muchos argumentos, pero podía preguntarle a mi madre si podíamos ir a la casa que me había regalado mi padre como parte de mi regalo de bodas. Quizá allí podría intentar comunicarme con mi prima e incluso averiguar dónde estaba. Aunque no lo consiguiera, tendría paz lejos del palacio que tanto dolor significaba para mí.

Mi padre tenía otras esposas e hijos, y sobre todo hombres que se esforzaban por complacerlo. Quién sabe, después de que pasara este lío, podría olvidarse de que yo existía y de que tenía algún plan para mí.

Si Nedja hubiera estado allí, me habría asegurado que todo iría bien, que no tenía por qué tener tanto miedo, pero después de todo lo que había pasado, dudaba que hubiera pensado eso.

Si el tío Mohammed no hubiera muerto, podría haber apelado a él para no tener que casarme, pero mi padre ni siquiera había perdonado a su hermano, que gobernaba de una manera que él no quería. No habría piedad para mí.

Me froté las manos y me las puse sobre la cabeza, intentando respirar hondo. Las posibilidades de que el hombre que mi padre me había conseguido fuera exactamente igual que él eran enormes.

Quizá tenía tantas esposas que no le importaba mi presencia y acabó olvidándome en una

habitación donde podía dedicarme a las tareas que más me gustaba hacer.

No me dejaban pasar hambre, pero nadie parecía interceder por mí para que pudiera salir de mi habitación. Sola, deambulé inquieta hasta que me incliné sobre un viejo tocador, tomé papel y un lápiz viejo, casi a medias, y me puse a dibujar. Dejé fluir mi imaginación mientras esperaba a que mi corazón se calmara.

Un rato después, cuando miré mi dibujo, fijándome en la imagen que había hecho, se me volvió a estrujar el corazón: había dibujado a mi prima caída en la arena del desierto.

El sentimiento de angustia que me provocó aquella imagen fue terrible. Realmente esperaba que mis malos pensamientos y sentimientos estuvieran equivocados y que Nedja hubiera encontrado realmente cobijo y protección con el amigo de su difunto padre.

Rompí el dibujo, inquieto. Ni siquiera lo que solía darme paz me bastaba aquel día, pero intuía que los malos tiempos aún no habían terminado.



ZYAN

Capítulo ocho

No entraba en mis planes ni en mi voluntad regresar a Qasir y asumir el Emirato como su Emir. Siempre vi a mi padre en ese papel con su pensamiento retrógrado y su mente anticuada. No estaba de acuerdo con su comportamiento y eso no parecía haber cambiado ni siquiera con su enfermedad.

Ser el único hijo varón entre todas las demás mujeres parecía entonces una maldición. Si hubiera tenido otros herederos, quizá se habría olvidado de mí y no habría intentado impedirme seguir otro camino.

La idea de que yo pudiera tener una vida exactamente igual a la suya no me atraía. Era mucho mejor no casarse con ninguna mujer y divertirse con todas que tener tres, cuatro o más dolores de cabeza.

Me alejé de la habitación donde él estaba agonizando, me escabullí de mi madre y caminé solo por el pasillo. Quería analizar mejor la situación o incluso encontrar la forma de librarme de él.

Mis hermanas mayores ya habían sido entregadas a pretendientes, las que aún no eran mayores de edad seguramente no querrían la presión del liderazgo sobre sus hombros, aunque por algún milagro fueran aceptadas.

Said parecía el candidato más adecuado, pero estaba claro que él tampoco quería asumir esa responsabilidad. Le parecía mucho más fácil utilizar el argumento del nacimiento conmigo. Alá me había elegido para gobernar Qasir. Yo pensaba que eso era una idiotez, pero dudaba que los demás estuvieran de acuerdo conmigo al respecto.

Estaba jodido, por mucho que hubiera una voz en mi cabeza que me dijera que más valía abandonarlo todo y volver a Europa, demostrando lo poco que me importaba nada. Mi conciencia me decía que podría ser difícil para los que se habían quedado si le daba la espalda a todo.

Me apoyé en la pared, inclinando la cabeza hacia arriba y fijándome en la ornamentación del techo y las paredes que componían la estancia. No había duda de que este palacio tenía una

arquitectura maravillosa y era mucho más elaborado que cualquier hotel en el que hubiera estado en Europa, pero no eran solo las columnas, los arcos y las estructuras ornamentadas lo que me haría quedarme.

Mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo y me sorprendió el movimiento. Lo tomé para ver quién era, pensando que podría ser una de las muchas chicas con las que me relacionaba. De hecho, era una mujer, pero la coordinadora de una famosa marca de Milán para la que a menudo hacía desfiles de moda.

Arabela:

Tengo una fecha para nuestro próximo evento y quería confirmar tu presencia en nuestra lista de modelos.

Zyan:

¿Cuándo será?

Arabela:

El próximo viernes.

Necesito que estés aquí dos días antes para probarte las prendas de vestir, así tendremos tiempo de hacer los ajustes necesarios.

Zyan:

No sé si podré ir a Milán.

Arabela:

Tu caché ya es uno de los más caros que pago. No seas tan exigente y no vengas pidiendo un aumento.

Zyan:

Como si no lo mereciera.

Arabela:

¿Cuánto?

Zyan:

Esta vez no se trata de dinero.

Arabela:

Casi siempre se trata de dinero.

Zyan:

Tuve que regresar a los Emiratos Árabes Unidos. Mi padre tiene un cáncer terminal y, según los médicos, le queda poco tiempo.

Arabela:

Y yo que pensaba que no te importaba nadie.

Zyan:

En general, no me importa. Mi padre y yo nunca hemos tenido una buena relación, pero si muere me convierto en rey.

Arabela:

¿Rey?

Zyan:

Mi padre es el Emir de Qasir, uno de los Emiratos.

Arabela:

Así que te alejarás de las pasarelas de una vez por todas…

Zyan:

No era lo que yo quería.

Arabela:

Pero parece que no tienes elección.

Zyan:

Quisiera decir que sí.

Arabela:

Será una pena no ver más tu hermoso rostro.

Zyan:

Sé que me echarás de menos.

Arabela:

No solo el público olvida rápido, querido.

Quizá nos volvamos a encontrar cuando haga un evento en Dubai.

Zyan:

Quién sabe…

Arabela no volvió a mandarme un mensaje y yo tampoco insistí. Normalmente pediría unos honorarios mayores, pero yo no rechazaría ese tipo de trabajo. Milán era una ciudad rebosante de moda y mujeres hermosas. Todas las cosas que más me gustaban y a las que tendría que renunciar si realmente quería convertirme en emir.

—¡Zyan! —Mi madre apareció en el pasillo y vino corriendo hacia mí. Parecía sin aliento e imaginé que había buscado mucho antes de encontrarme.

—¿Qué le pasa? —Aparté el móvil y guardé las manos en los bolsillos, mirándola con expresión más seria.

Seguía buscando una salida a esta situación, pero cada vez parecía menos probable que lo consiguiera.

—Tu padre me pidió que te llamara.

—Creo que ya hemos hablado bastante por hoy.

—Tiene un asunto importante que discutir contigo.

—¿Más importante que obligarme a ocupar ese lugar?

Sacudió la cabeza, parecía temerosa y tal vez sabía más de lo que iba a decirme, lo que me hizo sospechar aún más. Todas las trampas y argumentos para llevarme hasta allí no fueron suficientes, ¿cuántas más podría haber?

—Volvamos allí.

Me quedé mirándola un momento, quería decir que no, pero me habrían arrastrado si lo hubiera hecho. Mientras estuviera allí, podría escuchar qué más tenía que decir.

Cuando volví al dormitorio, entré antes que mi madre y lo vi sentado en el borde de la cama. O era un gran actor, o realmente estaba muy débil, pues parecía esforzarse por mantenerse en esa posición.

Giró la cabeza en mi dirección y se esforzó en hacer gestos para que las demás personas de la sala se marcharan, incluidos los profesionales médicos y las otras esposas.

—Déjennos solos.

Quise preguntarle si eso era realmente necesario, pero teniendo en cuenta que quizá quería decirme algo sobre su forma de gobernar, era posible que no quisiera que nadie más lo oyera. Pero mi suposición resultó errónea cuando abrió la boca.

—Negocié con un viejo amigo para casarte con su hija. Es una buena chica educada en nuestras costumbres y podría ser una primera esposa perfecta, además de reforzar los lazos de Qasir con Mamlaka. Pronto te convertirás en Emir y necesitarás el apoyo de otros, así como de jeques de grandes familias.

—¿Cómo? —Me desplomé hacia delante con incredulidad—. ¿Te estás muriendo y en vez de concentrarte en eso querías encontrarme una esposa?

—Ya tienes treinta años, vas a hacerte cargo del Emirato y necesitas tus propios hijos. Una esposa adecuada es el primer paso. Luego puedes tener tantas esposas como quieras, pero esa primera te proporcionará una aliada muy importante, sobre todo en este momento de transición.

—No estoy buscando esposa.

—Es el deber de la familia del novio encontrar una esposa adecuada y tu madre está de acuerdo en que ella podría ser lo suficientemente buena para ti.

—No necesito tu ayuda.

—¡Zyan! —Se enfadó, levantó la voz y volvió a toser, mostrando que la tensión no era buena en ese momento—. Esto no es Occidente.

—Lo sé y lamento que no lo sea.

—Cuando te hagas cargo del Emirato, deberás recordar las costumbres a las que diste la espalda. Serán muy importantes si quieres ser capaz de gobernar. Una esposa educada según ellas es lo mejor para ti.

—Olvídalo, no voy a casarme con alguien que tú crees que es mejor para mí. Nunca hemos tenido opiniones muy comunes contigo y estoy seguro de que ella no me gustará.

—Es joven y guapa. —Se tapó la boca con la mano mientras tosía con más fuerza—. No será un gran sacrificio.

Si había algo que no entraba en mis planes era la posibilidad de casarme. Siempre había sido muy adepto y me había encantado la vida de fiesta y perversión que llevaba con modelos y admiradoras. Tenía tantas mujeres como quería en mi cama y no pensaba cambiar eso por tradiciones en las que nunca creí ni me tomé en serio.

—No me voy a casar.

—Eres jeque, príncipe y pronto serás Emir y rey. No puedes seguir actuando como si la vida fuera una gran fiesta y saltándote todas las normas que debes cumplir. Espero que Alá no te haya olvidado o va a ser un gobierno muy difícil.

—Debería dejar que Said me sustituyera.

—¡No es un príncipe! —Se inclinó hacia delante y empezó a masajearse la garganta, lo que me hizo pensar que podía sentir dolor allí.

—Pero es un gran lacayo.

Mi padre resopló y yo negué con la cabeza. Siempre habíamos tenido opiniones muy

diferentes y no esperaba que eso cambiara, ni siquiera cuando se acercaba su muerte.

—Eres mi heredero, Zyan.

—Desgraciadamente.

—Esta boda es muy importante para ti.

—¿Por qué no hacemos como en Occidente? Elegimos por nosotros mismos y después de probar bastante si va a funcionar o no.

—¡Cállate! —Me levantó la voz, perdiendo la paciencia con los argumentos que yo intentaba esgrimir—. Te vas a casar con la hija de Youssef Al-Kudsi.

—¿Pero el Emir no se llamaba Mohammed? —Enarqué una ceja, preguntándome si la información que había almacenado en mi mente era cierta o no.

—Está muerto. Ahora su hermano es el nuevo Emir.

Llevaba tanto tiempo en Europa que me parecía inconcebible que me casara con alguien a quien no conocía, aunque sabía que siempre había sido así. Las bodas eran concertadas, los novios ni siquiera estaban solos hasta ese momento.

Ver la determinación de mi padre de casarse con la hija de su amigo me demostró hasta qué punto quedarme allí retrasaría mi vida a un nivel que ni me gustaba ni deseaba. Mi deseo de volver a Europa se hizo aún mayor.

No les bastaba con haberme convertido en emir, sino que aún querían arrastrarme a un matrimonio concertado con condiciones con las que no estaba de acuerdo.

—El compromiso tendrá lugar en dos días en el palacio de Mamlaka.

—¿Dos días? —Abrí mucho los ojos.

—Ya he propuesto una dote y la familia ha aceptado. Una casa con cinco habitaciones y dos millones de dirhams.

Mantenerme alejado solo reforzó los puntos con los que no estaba de acuerdo sobre la cultura y otros aspectos diversos.

Una pareja podía ser detenida por besarse en público y, sobre todo, por mantener relaciones sexuales antes del matrimonio, cosa que yo había hecho muchas veces.

—Cancela la oferta.

—Esto no es una broma, Zyan. —Volvió a reprenderme con la mirada y el tono de voz—. No podemos hacer tanto daño. Tu tiempo de rebelión y rechazo a nuestras costumbres ha terminado. Con mi muerte debes honrar mi legado y cuidar de Qasir.

Volvió a toser, esta vez con más fuerza, dando la impresión de que la próxima vez se sacaría los órganos. Los aparatos que le monitorizaban empezaron a pitar y los profesionales sanitarios que estaban fuera entraron para ver cómo estaba.

Retrocedí unos pasos y volví al pasillo, chocando con mi madre, que parecía haber oído la conversación desde detrás de la puerta.

—Apuesto a que estabas confabulada con esto.

—Yussef es el gran aliado de tu padre.

—Dos extremistas —refunfuñé.

A mi madre no pareció importarle y continuó con su discurso.

—Su hija será una buena esposa para ti.

¿Cómo iba a saber si era buena si aún no me la había tenido en mi verga? Me guardé esa pregunta para no avergonzar a mi madre, pero el impulso de hablar reverberaba en mí.

La necesidad de volver corriendo a Europa volvió a gritar en mi corazón y quise ser tan idiota como para darles la espalda a todos y desaparecer sin preocuparme de nada más, pero no pude.

No dejaba de pensar en una salida a la situación, pero no la encontraba.

¡Maldita sea!



REGINA

Capítulo nueve

Había perdido la noción del tiempo entre el sueño y el sufrimiento cuando mi madre entró en la habitación acompañada de otras mujeres. Abrieron la cortina y dejaron que entrara el sol a raudales, haciéndome parpadear varias veces hasta que me acostumbré a la luminosidad.

Refunfuñé cuando uno de ellos me agarró del brazo y me hizo encogerme.

—¡Ay!

—Tienes que levantarte.

—Quiero quedarme aquí —me quejé.

Estaba tan deprimida y con el corazón tan roto pensando en mi prima que no quería nada más que quedarme paralizada y acurrucada. Pensé que el dolor de mi pecho desaparecería, pero no fue así.

Tal vez si huía al desierto como ella había hecho, podría ser una forma de escapar de mi padre y de los planes que tenía para mí, pero Nedja siempre era la lista. Si había alguna posibilidad de que uno de nosotros escapara, era ella.

—¡Ánimo! Hoy es tu compromiso. —Mi madre dijo esas palabras con tal convicción que parecían buenas noticias.

Los matrimonios concertados eran habituales. Los compromisos se decidían entre las familias de las parejas, pero normalmente se consultaba a la novia si realmente aceptaba al novio y, sobre todo, la dote que ofrecía. Lo cual no iba a ocurrir en mi caso.

Podía haber un punto positivo: saldría de aquel palacio, pero no había ninguna garantía de que fuera a estar mejor allí donde me enviaran, aparte de tener que vivir con un hombre al que no quería.

Quienquiera que mi padre hubiera elegido para mí, lo conocería esa noche y mi instinto me decía que podía ser alguien exactamente igual a él, con una visión tradicional y anticuada de nuestras costumbres, de las sagradas escrituras y, sobre todo, que me subyugaría.

Mi mente se llenó de las peores imágenes posibles y un escalofrío recorrió mi espina dorsal, incomodándome.

Me llevaron a uno de los baños del palacio, donde me habían preparado una bañera de agua caliente con especias y esencias. A pesar de lo tensa que estaba, el baño me ayudó a respirar un poco.

Me lavaron el pelo y me masajearon los hombros y los brazos, haciendo que las esencias penetraran en mi piel. Luego me sacaron del agua. Me envolvieron en una bata.

Mi madre estaba muy emocionada mientras dirigía todo, pero yo no podía absorber ni una gota de ese sentimiento. Mientras seguía preguntándome qué le había pasado a Nedja, ya que nadie me daba noticias, aún tenía que preocuparme por mi propio destino.

—¿Puedes decirme al menos quién es? —me aventuré a preguntarle.

—¿Tu pretendiente?

—Sí... —Tragué saliva y me angustié aún más.

Podría ser cualquiera, tener ya varias esposas más y hacerme añorar la vida que llevé con mi padre.

—Es el príncipe de Qasir.

—¿Príncipe? —Intenté recordar si alguna vez había visto a este hombre con mi padre en algún acto o reunión de negocios.

Por un momento incluso tuve la esperanza de que no fuera un anciano, pero mi padre fue príncipe antes de ocupar el lugar de mi tío.

Mi madre no dijo nada más y yo no hice más preguntas cuando me sentaron en una silla cerca de una ventana soleada y me apartaron las manos para que pudieran empezar a dibujar con henna. Se suponía que los tatuajes atraían la buena suerte y la fertilidad, pero dudaba que funcionaran en mi caso.

¿Suerte? Temía que esa palabra fuera real.

Mientras me preparaban para la cena de compromiso y me vestían con los trajes

tradicionales que había enviado la familia del novio, se me revolvía el estómago hasta el punto de dolerme. Pensé en todas las posibilidades que podían esperarme esa noche y ninguna me entusiasmó.

Casarme con un hombre que había elegido mi padre no era lo que quería, sobre todo porque estaba segura de que sería alguien tan terrible como él.



ZYAN

Capítulo diez

Hacía mucho tiempo que no me ponía esa ropa típica y no parecía gustarme más cuando me veía obligado a ponérmela por la tarde.

Aquella boda era ridícula, y sin embargo, yo estaba dentro de la limusina cuando esta se detuvo frente al palacio de Mamlaka. Aceptar que iba a convertirme en Emir era algo que ya estaba intentando tragarme; una boda solo lo empeoraba. Hice conjeturas sobre cómo sería. Teniendo en cuenta que mi padre y yo teníamos gustos y opiniones muy diferentes, aquella novia desde luego no sería la presencia más agradable de todas, ni la mujer más hermosa.

A diferencia de mi padre, me importaría un bledo quién fuera el padre de la chica si me dejaran elegir a mi esposa.

No tenía ninguna duda de que el matrimonio fracasaría. Afortunadamente había divorcios, o podía dejarla en la casa dada como dote, mantener sirvientes sin preocuparme de lo que realmente le pasaría.

Pensar que estaba aceptando aquella situación no me agradaba. Ojalá hubiera sido tan frío como creía, pero no podía darle la espalda al moribundo en que se había convertido mi padre con aquella terrible enfermedad, aunque nunca hubiera sido la persona que más me gustaba en el mundo.

Afortunadamente, no estuvo conmigo en la cena de compromiso, ya que su estado le impedía hacer largos viajes en coche o esforzarse tanto. Mi madre y otra esposa habían decidido acompañarme, así como los soldados y Said. Sin duda, él sería mi sombra y estaría a mi lado, sobre todo después de que mi padre se hubiera ido de una vez por todas.

Había estudiado economía cuando estaba en Inglaterra, antes de empezar mi carrera de modelo, e inevitablemente tendría que ponerlo en práctica cuando empezara a dirigir Qasir.

Ya era de noche cuando me abrieron la puerta de la limusina para que bajara, pero las lámparas de la entrada del palacio dejaban el patio bien iluminado, y me dirigí a la puerta que había a unos metros, donde nos esperaban unos hombres.

Yo iba delante, Said estaba a mi lado, justo detrás, y las mujeres venían detrás.

—Sé cortés y muestra interés por lo que te diga Youssef —aconsejó Said en tono bajo para que solo yo pudiera oírlo.

—¿Me quedaré con él o con su hija?

—Será un aliado importante para ti.

Solo podía pensar en lo asustado que estaría cuando conociera a la mujer. Pero para Said, era más como si me casara con el padre y no con la hija.

—¿Puedo rechazarla si es demasiado fea? —dije en tono de broma, queriendo provocarlo, e hice que Said apretara los dientes.

—Príncipe, por favor...

No estaba de acuerdo con ese matrimonio y me burlaba de la situación para no mirarme y sentirme ridículo. La forma en que vivía mi familia nunca fue la que yo quería y por eso pasé tanto tiempo fuera. Seguía pensando que no debería haber vuelto, pero me faltó valor para dejarlo y tomar el primer avión a Milán.

—Zyan Ahmad Al-Sabbah. —El hombre de delante debía de tener unos cincuenta años y una expresión vagamente familiar.

—Youssef Al-Kudsi. —Me arriesgué a decirle y, afortunadamente, no me equivoqué.

Como yo había estado cerca de mi padre durante muchos años, siguiendo sus negocios y sobre todo sus contactos con otros emires, debí de toparme con aquel hombre en algún momento.

—Es un gran placer dar la bienvenida al Príncipe de Qasir a mi casa.

—Es un placer estar aquí. —Fui tan falso que casi me ahogo con mis propias palabras, pero a Said pareció gustarle mi postura.

—Siento lo de tu padre.

—Al igual que todos nosotros.

De hecho, yo era el que más lamentaba la situación de mi padre, porque si hubiera estado

bien, cuidando de aquel Emirato como lo había hecho en los últimos años, yo no habría estado allí, y mucho menos hablando con el padre de una mujer a la que nunca había conocido, pero con la que iba a casarme.

—Pase, por favor. —Me hizo un gesto para que lo siguiera.

Caminé detrás de él y de los demás que lo acompañaban hasta una enorme sala forrada de alfombras y con otomanas alrededor de largas mesas iluminadas con velas. Me senté a un lado y su padre al otro, justo cuando empezaban a servir la comida. Habían preparado un fastuoso festín de comida típica, de la que había olvidado el sabor después de pasar tanto tiempo sin probarla.

Solo llevaba unos días de vuelta en los Emiratos Árabes Unidos, pero ya había tenido que lidiar con más de lo que esperaba.

Mis ojos recorrieron la sala y buscaron a la novia, pero ninguna de las mujeres parecía ser ella, ni llevaban un atuendo lo suficientemente extravagante como para llamar mi atención.

—Ahora que estamos asumiendo el control de los gobiernos, espero que podamos tener una larga y próspera asociación para mantener nuestro poder. Tu padre y yo siempre hemos sido buenos aliados y espero que ocurra lo mismo contigo.

—Por supuesto —murmuré, sin prestar suficiente atención al hombre, y Said me metió la pierna por debajo de la mesa, reprendiéndome.

No sabía exactamente lo que él y mi padre podrían haber hecho juntos, pero dudaba que yo lo hubiera mantenido igual, ya que tenía pensamientos muy diferentes a los de mi padre. Pero pensé que era mejor no hablar de ello por el momento. Podía librarme de ese matrimonio, pero meterme en un lío aún mayor.



REGINA

Capítulo once

Mi boca tenía un sabor amargo e incómodo que parecía surgir de mi estómago e incomodarme aún más. Me estaba mirando la mano y me di cuenta de que me había manchado la henna cerca del pulgar. Menos mal que mi madre no lo había visto, porque me recriminaría por no haberme quedado quieta.

Llevaba un vestido rojo tradicional con muchos bordados de hilo de oro y piedras. Mi hiyab era blanco y más delicado, me cubría el pelo y me rodeaba el cuello.

Mi madre estaba a mi lado, con la cara cubierta por el niqab porque había hombres ajenos a la familia en la sala a la que íbamos. La música animada anunciaba una fiesta, pero mi interior no estaba nada contento con la situación. Después de lo que mi padre había hecho a mi tío y a mi prima, sentí que había llegado mi turno y que mi sentencia me esperaba unos metros más adelante en el pasillo.

—Sonríe. —Me animaba mi madre—. Estás más guapa cuando enseñas un poco los dientes.

En ese momento, deseé llevar el niqab igual que ella, porque con la cara tapada, dejando solo los ojos abiertos, no tendría que esforzarme por fingir que la situación me atraía de alguna manera.

Respiré hondo cuando me indicó que era el momento de entrar y me adentré en la habitación. Mi curiosidad hizo que mis ojos recorrieran la sala. Había dos hombres distintos de los que conocía, sentados junto a mi padre. Se giraron directamente hacia mí y los analicé.

Uno era mayor, con barba y pelo gris, debía de tener más o menos la edad de mi padre y parecía relacionarse mejor con él. Pero fue el segundo el que más me llamó la atención. Era...

Precioso.

Parpadeé varias veces para asegurarme de que no estaba viendo un espejismo.

Nunca había visto a un hombre como él, quizá solo en la televisión o en Internet. Llevaba la barba baja, perfectamente alineada. El keffiyeh me impedía verle el pelo, pero no parecía lleno

de mechones grises como el del otro hombre. Sus ojos eran marrones, su nariz tenía un corte recto. Sus ojos eran marrones, su nariz tenía un corte recto y su mandíbula era perfectamente cuadrada.

No sabía quién era, pero imaginé que podría estar acompañando al otro hombre, el mayor, y que era mi futuro marido.

Los dos miraban en mi dirección y también parecieron fijarse en mí, lo que hizo que mis mejillas se sonrojaran y me entraran ganas de esconder la cara.

—Regina, acércate. —Mi padre extendió un brazo y me hizo un gesto para que me acercara.

Mi madre me puso la mano en la cintura y me empujó a obedecer y caminar hacia ellos.

Mi padre se levantó y los demás hombres hicieron lo mismo. El más joven me miró tan profundamente que tuve la sensación de que iba a atravesarme. Me hizo sentir muy incómoda. No debería haberme analizado así teniendo en cuenta que acompañaba a mi futuro marido.

—Esta es mi hija Regina. —Mi padre me los presentó—. Este es el jeque Zyan Ahmad Al-Sabbah, tu prometido.

Me quedé aún más paralizada cuando mi padre señaló al hombre más joven, el que parecía haber salido de un extraño sueño.

Por reflejo, me rodeé con los brazos y me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando.

No podía ser real, pero lo era...

Zyan extendió la mano hacia mí y esperó a tomar la mía. Me quedé paralizada hasta que me di cuenta de que todos me miraban, esperando a que me moviera.

Cuando le di la mano y me la agarró, se me apretó el pecho y se me aceleró el corazón. Sentí que se me secaba la boca y me recorrieron varias sensaciones extrañas y completamente nuevas. Tuve que contener mi cuerpo para evitar que se sacudiera.

—Un placer —susurró tras besarme el dorso de la mano pintada con henna y alejarse con cautela.

Ojalá Nedja hubiera estado allí conmigo en ese momento, porque habría tenido a alguien a quien gritar.

—Placer... —tartamudeé al responder a sus palabras cuando su voz ronca y seductora resonó en mi cabeza.

—Sentémonos a comer. —Mi padre indicó los pufs y se sirvió jugo con agua mientras los invitados comían rollos de hoja de parra mientras llegaban otros platos.

El compromiso se formalizó mientras yo aún intentaba asimilar todo lo que me estaba ocurriendo. Dudaba de que mi padre hubiera elegido a mi prometido por su belleza y recordaba a mi madre diciendo que era un príncipe y el futuro Emir de Qasir.

No tuve tiempo de hablar con él directamente ni de preguntarle nada, aunque estábamos prometidos, no podíamos estar solos, eso no ocurriría hasta después de la boda.

Seguía siendo mayor que yo, pero no me había dado cuenta de que podía tener más de treinta y tantos.

En lugar de preguntarme qué podría ocurrirme, me preguntaba si yo sería su primera esposa o si ya tenía otras. Mi padre no se molestó en darme ninguna información sobre mi futuro prometido, lo que me sorprendió aún más.



ZYAN

Capítulo doce

No le dije ni una palabra a mi madre y menos aún a Said cuando salimos del palacio y subimos a la limusina para volver después de la cena de compromiso.

Mis expectativas sobre mi prometida eran tan bajas que me sorprendí en cuanto la miré.

Era joven, con un rostro dulce y angelical. Su cuerpo parecía hermoso incluso bajo toda aquella tela y supuse que tenía el pelo castaño, aunque el velo no me permitía verlo.

Estaba tan acostumbrado a las mujeres europeas que el pelo de las mujeres ya no era un misterio para mí y ya no tenía que intentar adivinarlo porque estaba a la vista de cualquiera.

Me reí por dentro al pensar que su pelo no era lo único que no vería hasta que nos casáramos. Una ceremonia que tendría lugar dentro de un mes, porque mi padre y el suyo ya lo habían negociado todo sin mi regreso.

El maldito viejo me había metido en todo aquello sin ni siquiera estar seguro de que realmente iba a volver. Aunque sabía lo enfermo que estaba, seguía enfadado por la trampa que me había tendido.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó mi madre, deseosa de saberlo.

—Podría haber sido más guapa. —Aparté la mirada, desentendiéndome de ella porque no quería que ninguno de ellos pensara que me interesaba lo más mínimo.

Ya había tenido relaciones sexuales con mujeres de belleza inolvidable, pero no era suficiente para mantenerme interesado, y mucho menos casado.

—Zyan... —Me reprendió.

—¿Qué ocurre?

—Es una chica muy guapa y delicada. Seguro que podrá darte muchos hijos.

—Cualquier mujer fértil puede darme hijos.

—Deberías ser más respetuoso con la situación.

—No llevo ni una semana de vuelta y ya me han echado encima sus responsabilidades como Emir y me han conseguido una boda que no pedí. ¿De verdad crees que hay alguna razón para que yo sea feliz?

—Has pasado mucho más tiempo lejos de tu padre del que deberías.

—Si hubiera dependido de mí, nunca habría vuelto.

Ella seguía refunfuñando y yo la ignoraba.

Estar allí seguía pareciéndome una trampa terrible, pero me gustara o no, una parte de mí seguía sintiendo que era mi responsabilidad, porque de lo contrario me habría marchado junto con toda mi rebeldía.

Para alguien que vivía una vida de sexo sin ataduras y con las mujeres que quería, resultaba gracioso pensar que me casaría con una mujer con la que había intercambiado media docena de palabras en tan poco tiempo. Por mucho que me atrajera su cara, que fue lo único que vi, eso no justificaba semejante locura.

Si me casaba con ella y mantenía la alianza que mi padre creía tan importante, entonces podría encontrar otras. El dinero que heredaría con el Emirato me bastaría para tener mi propio harén, y lo suficiente para no hartarme de él.

Mi padre tenía tres esposas, quizá podría encontrar nueve más para mí que hicieran mi vida allí más interesante.

Salivaba ante la idea de tenerlas a todas a la vez en mi cama.



REGINA

Capítulo trece

Cuando volví a mi habitación después de la cena de compromiso, aún oscilaba entre la sorpresa y la conmoción.

Por muy guapo que fuera, cosa que ya me parecía increíble, no había ninguna garantía de que aquel hombre fuera a ser un buen marido. Independientemente de su aspecto físico, era amigo de mi padre y por eso estaba de acuerdo con lo que le había hecho a mi tío.

Un hombre que podía vivir con todas esas atrocidades cometidas seguía siendo un monstruo y debía aterrorizarme, no dejarme el corazón acelerado y las piernas temblorosas. En mi cultura no existían las citas como en Occidente, no nos acercábamos a los hombres ni coqueteábamos con ellos, los matrimonios siempre eran concertados por las familias, así que no sabía cómo sería la experiencia de estar frente a otro chico, porque nunca lo había estado.

Nedja había estudiado en Dubai, así que tenía experiencia de convivir con otras personas fuera de palacio, incluso con hombres. Nunca me había contado ninguna historia en la que se hubiera relacionado con alguien, pero podía contarme cómo era cuando estaba cerca de otros hombres, incluso guapos.

Nedja...

El corazón se me estrujó de nuevo pensando en mi prima. Solo quería saber si estaba a salvo o incluso viva, pero los días pasaban y yo me quedaba con esa duda que ya empezaba a convertirse en una certeza preocupante. Si mi padre la hubiera encontrado en el desierto, podría haber acabado con su vida allí mismo y nadie habría dicho ni hecho nada al respecto.

Las lágrimas volvieron a correr por mi cara y me froté hasta que me dolieron los ojos. Me quité el hiyab y lo tiré sobre la cama, dejando que mi pelo cayera en ondas por mi espalda.

Estaba a punto de caerme sobre la tela cuando oí que llamaban a la puerta y deslizaban un sobre por debajo.

Lo tomé y abrí la puerta, arriesgándome a asomar la cabeza, pero allí no había nadie. Miré a un lado y a otro para asegurarme, pero no vi ni una sola sombra ni señal de nadie que pudiera

haber salido de aquel sobre.

Volví a la habitación y cerré la puerta. Me apoyé en ella antes de abrir el envoltorio blanco y comprobar lo que había dentro. No era más que un trozo de papel con unas pocas palabras, pero era la letra de mi prima.

Gracias por lo que has hecho por mí.

Estoy a salvo.

Quema este papel.

No había firma ni nada, y mucho menos indicios de dónde podía estar, así que lo único que me quedaba era imaginar que había llegado a Sahra y estaba bajo la protección del Emir de allí. El hombre parecía bueno y era amigo de su padre.

Abracé aquella notita con todas mis fuerzas, sintiendo que abrazaba a Nedja. Saber que estaba a salvo y bien en algún lugar me calentó el corazón y alivió la angustia que tanto me había preocupado desde que la había ayudado a escapar de mi padre.

Por un momento me pregunté quién podría haberme traído aquella nota, mi padre tenía ojos y oídos en todos los rincones de aquel palacio, pero al mismo tiempo supuse que, si se trataba de una trampa suya, me habría arrastrado a algún lugar para demostrar que yo había ayudado a escapar a mi prima o tenía alguna información sobre ella.

Volví a leer la nota y la rompí en varios pedazos; luego, con el mechero que había en uno de los cajones para encender incienso, la quemé. No podía dejar que mi padre la viera, ni siquiera nadie de palacio porque podrían contárselo.

Si creía que Nedja no había sobrevivido al desierto, sin duda tendría más posibilidades de escapar de aquella terrible situación.

Por mucho que la quisiera cerca de mí, saber que estaba bien me produjo un inmenso alivio.



ZYAN

Capítulo catorce

Me tiré en la cama con el cuerpo todavía extraño por el huso horario. No era solo la cultura a la que me había desacostumbrado viviendo en Europa. La diferencia horaria también me cansaba. Tardaría un tiempo en acostumbrarme a ese cambio.

Mientras hundía la cabeza en la almohada, mi móvil empezó a vibrar y estiré la mano para agarrarlo de la mesilla sin mover el resto del cuerpo.

Entre otros mensajes, había uno de una modelo que solía desfilar conmigo en diversos actos.

Monique:

¡Hola, Zyan! ¿Dónde estás?

No viniste a Milán. Pensé que nos encontraríamos.

Zyan:

Puede que no me encuentres en más eventos.

Monique:

¿A qué te refieres?

Zyan:

Deberé alejarme de las pasarelas.

Monique:

Estás bromeando, ¿verdad?

Zyan:

Desgraciadamente, no. Me habría encantado volver a Europa, pero me vi obligado a cambiar de planes por la enfermedad de mi padre.

Monique:

¡Guau! ¿Qué le pasa?

Zyan:

Cáncer terminal. Fumaba mucho y ahora su cuerpo le está pasando factura.

Monique:

Lo siento.

Zyan:

No más que yo.

Monique:

¿Hay algo que pueda hacer para animarte? Sabes que puedes pedirme lo que quieras, sobre todo si no llevamos ropa.

Zyan:

Te echo de menos, pero la situación es complicada para mí en este momento. Voy a tener que asumir un legado que no me gustaría y este periodo de transición es muy tenso.

Monique:

Mi próximo desfile es dentro de quince días, tengo estos días libres y puedo ir a verte para ayudar a relajarte de toda esta tensión.

Zyan:

Lamentablemente, tu presencia aquí no sería bienvenida.

Monique:

¿Por qué no? Sé ser muy amable.

Zyan:

Lo recuerdo muy bien, pero las costumbres de aquí no aceptarían a una mujer

soltera tan cerca de mí como me gustaría.

Monique:

No sabes lo que te pierdes.

Zyan:

Lo sé.

Monique:

¿Cuándo volveremos a vernos?

Zyan:

No es información que tenga ahora mismo.

Monique:

Se siente como si me estuvieras rechazando.

Zyan:

No es lo que me gustaría hacer.

Monique:

Entonces déjame ir allí... Prometo que me comportaré. Cuando quieras que me comporte, por supuesto, ja, ja, ja.

Zyan:

No puedo, especialmente con mi boda a la vuelta de la esquina.

Monique:

¿¿¿Boda???

¿Desde cuándo tienes novia? ¿O salías con alguien?

Zyan:

En mi país no funciona como estás acostumbrada. Los matrimonios son

arreglados. Mi padre cree que si me uno con esta chica podré tener un reinado con mejores alianzas.

Monique:

Tú en un matrimonio concertado me parece absurdo, eres uno de los mayores mujeriegos de pasarela que he conocido.

Zyan:

Ahora que voy a convertirme en Emir, voy a tener que hacer algunas concesiones. A menos que quieras convertirte en mi segunda esposa.

Monique:

Casi me río de tu chiste.

Zyan:

No es ninguna broma.

Monique:

¿Así que realmente eres un jeque?

Zyan:

Creía que mi nombre ya era indicativo.

Monique:

He oído muchas historias de hombres interesados en llevarme a la cama.

Zyan:

A veces solo necesito una sonrisa.

Monique:

Tienes una sonrisa encantadora, pero no tengo ganas de convertirme en la amante de algún tabloide.

Buena suerte con tu boda.

Zyan:

¡Monique!

Ella no contestó a ninguno más de mis mensajes, lo que me irritó y me hizo guardar el móvil.

Puede que me gustara el poder que me daría convertirme en Emir, pero no quería en absoluto una vida de casado, independientemente de que mi prometida me pareciera guapa o no. Me había mudado porque me gustaba la libertad de no tener a nadie que controlara mi vida, de tener que responder solo ante mí mismo. La idea de que eso cambiara me incomodaba mucho.

Seguía existiendo el deseo de abandonarlo todo y regresar a Europa, pero sabía que cada vez era menos probable.



REGINA

Capítulo quince

Una semana después...

Aquella mañana me llamaron a mi habitación y me dijeron que el padre de Zyan había muerto. No supe inmediatamente quién era, pero lo recordé por una foto que vi cuando llegamos al funeral.

A lo lejos, donde la gente se reunía para rezar, vi a tres mujeres que parecían ser sus esposas, vestidas de negro y con el niqab cubriéndoles el rostro. Las oraciones eran contenidas y no había llantos ni gritos, porque creían que los muertos sufrían con el dolor de los vivos, porque no se podía hacer nada más para traerlos de vuelta.

El cuerpo estaba en un recipiente, envuelto en un sudario y vuelto hacia La Meca. Tras su muerte el día anterior, había sido preparado y el entierro tendría lugar rápidamente, como dictaba la tradición.

El sol era aún más fuerte aquel día y notaba cómo me sudaba la cara bajo el hiyab negro que me cubría el pelo y me envolvía el cuello.

Seguí en completo silencio a mi padre, a los hombres que le acompañaban, a mis hermanos, a mi madre y a las demás esposas.

Me costó contener la curiosidad al pensar en mi prometido y mis ojos recorrieron el lugar buscándolo. Tardé un rato en encontrarlo cerca de otros hombres que hablaban con él. Estaba demasiado lejos para oír lo que pudieran estar diciendo y ni siquiera me arriesgué a llamarle la atención, por mucho que quisiera que me mirara.

Ahora mi prometido iba a convertirse en rey, en Emir como lo había sido mi padre desde la muerte de su hermano. Esa era sin duda la razón por la que quería que me casara con aquel hombre, sin tener en cuenta nada más, sobre todo su belleza.

Cuando se giró en mi dirección, me encogí, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas y me avergonzaba ligeramente, sin importarme que nadie pudiera oír los pensamientos que solo

estaban en mi mente.

Después de la nota que recibí de Nedja, aunque no había más información, me sentí aliviada porque sentía que mi prima estaba bien. Quería más noticias que una nota vacía que ni siquiera me decía dónde estaba, pero comprendía los riesgos, si sabía que mi padre podría querer sacarme esa información y mi prima acabaría de nuevo en peligro.

El hecho de que estuviera viva era lo que importaba, al menos eso me consolaba porque lo que había hecho por ella había garantizado que Nedja al menos tuviera una oportunidad y no acabara con el mismo destino que su padre.

—Vamos a presentar nuestros respetos al jeque. —Mi padre nos condujo hacia mi prometido y mi corazón latió con fuerza cuando nos miró.

Dejó de hablar con los hombres que le rodeaban y éstos se apartaron cuando mi padre y mis hermanos se acercaron. Los hombres se miraron y mantuvieron la postura hasta que mi padre rompió el silencio.

—Siento mucho tu pérdida, Zyan. Tu padre era muy apreciado por todos nosotros y siempre fue un gran amigo mío, pero con la boda que sepas que serás muy bienvenida en mi familia y podrás tenerme como padre si lo deseas.

Ni siquiera era bueno con nosotros, sus verdaderos hijos, y mucho menos un buen hermano. Sin embargo, podía entender por qué le hablaba así a mi prometido. Zyan estaba ahora a cargo de un Emirato y mi padre quería tener influencia sobre él.

Solo esperaba que mi futuro marido no fuera tan ingenuo como para dejarse manipular por mi padre.

Movió la cabeza hacia un lado y nos miramos fijamente durante un puñado de segundos. Fue demasiado rápido, pero me pareció suficiente para dejarme la boca seca y el corazón aún más acelerado. Aquellos profundos ojos marrones eran como arenas movedizas en las que podría hundirme fácilmente.

En el fondo, tenía miedo de lo que podría significar toda esa atracción cuando finalmente nos casáramos.



ZYAN

Capítulo dieciséis

Tras la muerte de mi padre vinieron a verme muchas personas, la mayoría de las cuales ni siquiera sabía quiénes eran. Me hablaron mucho, me mostraron sentimientos que yo sabía que eran falsos y me dijeron que estarían a mi lado para lo que necesitara.

Como llevaba muchos años en el mundo de la moda, había aprendido a lidiar con la falsedad y sabía detectarla muy bien. Ahora que era el hombre más poderoso de aquel territorio, todo el mundo deseaba acercarse a mí, pero tenía que tener mucho cuidado con aquellas serpientes, o podía acabar picado.

Mi futuro suegro era sin duda una de esas personas. Quizá pensara que, como yo era joven y había pasado mucho tiempo separado, era fácilmente influenciable, pero el hecho de que fuera tan buen amigo de mi padre ya indicaba que tendríamos muchas opiniones diferentes. Aún era pronto, pero le haría comprender que era yo quien mandaba en Qasir.

Me gustara o no, aquel territorio era mío ahora y tenía que aprender a gobernarlo según mis propios ideales.

Cuando mis ojos se encontraron con los de mi prometida, vi formarse una sutil sonrisa en sus labios. Tenía ese efecto con las mujeres y no podía imaginar que con ella sería diferente. Desde un punto de vista, esta boda no sería demasiado sacrificio para mí, la joven era delicada y hermosa incluso sin una buena dosis de maquillaje.

Teniendo en cuenta la educación que sin duda había tenido, la chica era virgen, intacta y completamente inexperta en lo que se refiere a los placeres de la carne en los que yo ya me había entregado lo suficiente como para creerme un experto.

La inocencia que destilaba contrastaba con el aura de pecado que me impregnaba, y mis entrañas se retorcían ansiosas por corromperla. Por desgracia, no se me permitiría tocarla hasta después de la boda. Ni siquiera podría ver o tocar su pelo, y mucho menos llegar a su vagina.

Cuando se dieron cuenta de que la miraba demasiado, una de las mujeres, que supuse que era su madre porque era difícil estar seguro con la cara tapada, se la llevó con la excusa de unirse a las demás para rezar.

No había tenido sexo con nadie desde que había llegado y la abstinencia ya me estaba haciendo delirar hasta el punto de desear que la boda llegara pronto.

La conversación con su padre acabó distrayendo mi imaginación, que había empezado a fantasear con sus muslos en unas bragas muy pequeñas.

—Si necesitas mi ayuda... —La voz de mi futuro suegro se perdía mientras yo no le prestaba mucha atención.

—Tengo a Said. —Señalé al hombre que había estado a mi lado todo el tiempo. El viejo felpudo de mi padre me sería muy útil en aquel momento de transición—. Siempre estuvo al lado del viejo emir, siguiendo todas las necesidades de Qasir. Estoy seguro de que sabrá aconsejarme muy bien.

—Por supuesto. —A Yussef no pareció gustarle mucho mi respuesta, pero se esforzó por no demostrarlo—. Pero siempre es bueno tener más opiniones.

—Sí.

Me estaba mostrando esquivo, al mismo tiempo que no quería comprometerme, me esforzaba por que el hombre no supiera que no era su mayor fan en ese momento. Sabía que el juego de la política podía ser mucho más delicado que al que me enfrentaba en la pasarela, pero mi suerte era que aprendía rápido y no quería convertirme en un peón en manos de nadie.

—¿Me disculpa? —Hice un gesto con la mano, pidiendo paso, y él asintió.

Seguí a Said y me dirigí hacia las viudas de mi padre, para acompañar los ritos del entierro.

En cuanto terminaran las celebraciones de la muerte, me encargaría de que las llevaran a las residencias que habían recibido de mi padre y de que pudieran vivir de la dote que se les había pagado en el momento de casarse. Mi madre sería la única a la que permitiría seguir viviendo en palacio, siempre que no se entrometiera demasiado en mi vida. Tenía una hermana menor que se quedaría conmigo, la otra hermanastra que aún estaba soltera se iría con su madre a la nueva residencia hasta que le arreglaran un matrimonio.

Como único hombre, tenía aún más responsabilidades hacia esa familia. No había

escapado antes y con la muerte de mi padre decidí que no habría manera, así que tuve que aceptar que Qasir era mi hogar.



REGINA

Capítulo diecisiete

No volví a verlo en las semanas siguientes al funeral de su padre hasta ese día, que iba a ser nuestra boda.

La noche pasó sin que pudiera dormir, estaba demasiado angustiada para cerrar los ojos, la idea de dejar mi casa, mi familia y trasladarme a otro palacio era angustiosa, pero al mismo tiempo me daba esperanzas de abandonar los dominios de mi padre.

Las preguntas que más me hacía eran: *¿Estaría a salvo o viviría una pesadilla aún peor?*

Aquel matrimonio me atormentaba tanto que apenas podía respirar. El corazón se me oprimía como si hubiera alguien invisible con la fuerza de cien hombres presionándolo.

Nedja me decía a veces que tenía que ver el lado positivo de las situaciones, que no todo era siempre tan terrible como pensábamos, pero que probablemente el optimismo había sido aplastado por la crueldad de todo lo que había sufrido.

Me senté en la cama y me abracé las rodillas contra el pecho, sintiendo que el pelo me resbalaba al mover la cabeza hacia delante. La angustia pareció aliviarse un poco, pero no podía quedarme en esa posición para siempre.

La puerta de la habitación se abrió y me sobresalté al ver entrar a mi madre y a algunas criadas.

—¡Es el gran día! —Sin duda, ella estaba mucho más emocionada que yo.

Solté un largo suspiro y ella tiró de mi mano, haciendo que me arrastrara fuera de la cama.

—¡Vamos, anímate! Vas a casarte con un rey y vas a ser su primera esposa. Así que pase lo que pase, la opinión más importante siempre será la tuya.

—¿Primera esposa? —Repetí la frase intentando procesar mejor la información.

De hecho, no le había visto con otra mujer en el funeral de su padre, pero nadie me había transmitido esta información para estar segura.

—Sí —confirmó mi madre con una sonrisa aún más grande—. Vivió mucho tiempo en

Europa y aún no se ha casado con nadie. Podría haber sido cualquiera de tus otras hermanas, pero tu padre te eligió a ti. ¿No te das cuenta de la suerte que has tenido, sobre todo después de lo que has hecho?

Podría haberse referido a la vez que liberé a mi prima, pero no fue más específica y yo también la ignoré, porque no me arrepentía de lo que había hecho para ayudar a Nedja.

Mi madre no fue la primera esposa de mi padre y a veces pensaba que eso le molestaba, pero Zulmira nunca le dio hijos varones, solo había una mujer que ya se había casado, así que pensaba que estaba lejos de ser la favorita, aparte de ser la mayor.

Varias esposas compitiendo por la atención de un hombre al que, desde luego, no parecía importarle ninguna de ellas. El corazón se me estrujó de nuevo al pensar que la historia podía repetirse conmigo.

No me parecía que mi futuro marido fuera a ser como mi tío Mohammed, que amaba tanto a su mujer que nunca volvió a casarse, aunque no tuvo hijos varones. Tal vez si hubiera hecho un príncipe habría evitado que mi padre adoptara una actitud tan brutal, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

—Nos dirigimos al baño para comenzar el ritual de purificación antes de detenernos para la oración del mediodía.

La boda no tendría lugar hasta última hora de la tarde, en torno a la puesta de sol, pero sabía que los preparativos durarían todo el día, y probablemente serían incluso más profundos que el día de la cena de compromiso. No sería una ceremonia reservada como aquella cena, mi padre invitaría a tanta gente como fuera posible para demostrar el poder que ahora tenía al reforzar la alianza con Qasir.

Estaba seguro de que la única razón por la que no me había castigado terriblemente por liberar a Nedja era porque yo seguía siendo una pieza importante en el juego de poder que estaba jugando.

Había una mujer rezando mientras me duchaba y me purificaba antes de que empezara la laboriosa pintura con henna. Esta vez, no se detuvo en mis manos y el principio del brazo, sino que subió hasta partes de mi cuerpo que normalmente estaban ocultas y nunca eran vistas por

ojos masculinos.

Me puse aún más tensa al pensar en lo que podría ocurrirme después de aquella ceremonia. Estaría unida a un hombre y mi principal obligación sería darle hijos, pero para tener hijos necesitaría...

Negué con la cabeza y me dieron una palmada en el hombro por casi estropear el cuadro que me estaban pintando.

Aunque tenía mucha curiosidad por saber cómo sería la vida de casada y la intimidad con un hombre, también tenía miedo de cómo sería estar por fin sola con mi marido.

Si era un hombre como mi padre, podía ser rudo y asustadizo, y yo solo lo descubriría cuando nos pusieran realmente en la misma habitación.



ZYAN

Capítulo dieciocho

Me preparé para la boda y fui al palacio de la familia de la novia, donde tendría lugar la ceremonia. Said estaba muy emocionado y mi madre también, pero no me atreví a decir nada, ya que mis palabras no les gustarían.

Me moría de ganas de sexo y solo quería una mujer para hacerlo sin que me miraran con reproche, pero eso no significaba que fuera a ser un santo. Estaba dispuesto a hacerlo todo a mi manera, incluido mi matrimonio.

En las últimas semanas había estudiado un poco más Qasir y me había dado cuenta de hasta qué punto mi padre seguía anclado en el pasado. A él solo le importaba la extracción de petróleo, pero la ciudad seguía pareciendo una aldea medieval, ya que había sido fundada hacía siglos, a diferencia de Dubai y otros Emiratos, la modernidad de Occidente aún no había llegado a Qasir y yo pretendía cambiar eso. Solo tenía que averiguar cómo, porque Said no parecía muy entusiasmado con mis propuestas y pensamientos. Como mi padre, era un viejo retrógrado anclado en el pasado. Pensaba que con el petróleo no necesitábamos preocuparnos de nada más.

Ya era consciente del avance de la tecnología verde en el mundo y de la búsqueda de formas de combustible menos contaminantes, y creía que con el tiempo el petróleo no sería un oro negro tan valioso en el mercado.

Necesitaba otras formas de ganar dinero o pronto todos los recursos que teníamos no servirían para nada. Era hora de poner en práctica la universidad y estudiar los años que me había perdido.

La verdad era que me entusiasmaba la idea de hacerme cargo de la administración del Emirato y poder llevarlo a lo que yo creía que sería lo mejor. Mi padre podía no estar de acuerdo, pero ya no estaba allí para decir nada y el reinado era mío.

Había varios vehículos aparcados en la entrada, muchos más que en la cena de compromiso. Todo el mundo estaba interesado en ver la boda. Los invitados no eran los únicos que se amontonaban, también había muchos fotógrafos y pronto el mundo entero me miraría de otra manera. Los clics y los flashes ya no serían para el modelo, sino para Emir.

Quien aún no conociera mis orígenes o ignorara el hecho de que era un jeque, pronto descubriría la posición que ahora ocuparía. Puede que Monique no quisiera compartirme, pero apuesto a que habría encontrado otras mujeres interesadas.

Cuando bajé de la limusina, los fotógrafos intentaron acercarse, pero fueron detenidos por los guardias de seguridad, que los mantuvieron detrás del cordón. Me giré discretamente hacia ellos y dejé que me hicieran fotos en un ángulo que me favorecía más.

Mi madre vino y se acercó a mí, mientras Said se adelantaba para comprobar que todo era como esperaba. Desde que yo me había hecho cargo, el hombre se esforzaba aún más por ser servicial, sobre todo por nuestras diferencias de opinión.

Fuimos a la sala donde tendría lugar la celebración de la boda y el jeque representante de la iglesia ya estaba allí para celebrar nuestra unión.

Mi mamá se detuvo frente a mí en cuanto estuve acomodada en la entrada y me acomodó la ropa, mostrando un poco de su nerviosismo. A diferencia de ella, yo estaba relajada por el momento, ya había participado en muchos espectáculos para agradar a la gente y este sería uno más de ellos.

En cuanto me indicaron que podía entrar, me dirigí al salón al son de una música animada que atrajo la atención de todos. Llevaba tanto tiempo rodeado de sonidos occidentales que había olvidado el ritmo.

Ya estaban todos allí, excepto la novia, y su padre me miraba con mucha atención. Sabía que me estaba analizando y que probablemente tendría que tener mucho cuidado con él en el futuro, pero ya había tratado antes con mi padre y sabía muy bien cómo enfrentarme a hombres como él.

En cuanto me acomodé, todos se volvieron para esperar la entrada de la novia, que entró por una puerta lateral, guiada por otras mujeres. Llevaba un largo vestido blanco sin escote, pero muy bordado con oro y piedras preciosas. Llevaba el pelo cubierto con un paño blanco y un velo sujeto a una corona que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Afortunadamente, tenía la cara descubierta, lo que me aseguró que era la misma mujer con la que me había prometido.

Se puso a mi lado y nos giramos para escuchar el sermón del celebrante, que habló de

nuestro matrimonio ante Alá y lo bendijo. Tras pronunciar las palabras apropiadas, me entregó un bolígrafo para que firmara el contrato preestablecido entre nuestras familias. Mi padre ya había negociado la dote y otras condiciones. Como gran parte del acuerdo me favorecía, no discutí.

Firmé y le entregué el bolígrafo; era la primera vez que nuestras manos se acercaban, pero no se tocaban.

Me consumía la ansiedad de que todo este protocolo de pudor terminara pronto. De nada servía estar con una mujer hermosa si no podía tocarla a mi antojo.

Nada más firmar el contrato, hice un gesto a Said para que se acercara y me trajo una caja de terciopelo. Se la entregué a mi mujer con la llave de la casa que había comprado para ella y una tarjeta de acceso a la cuenta bancaria que contenía el dinero que podía garantizarle una vida cómoda incluso sin mis otros recursos.

—Gracias. —Ella levantó las manos para tomar la caja y finalmente nuestros dedos se tocaron, haciendo que sus mejillas se sonrojaran, mostrando su ingenuidad ante un hombre.

No dije nada, me quedé mirándola hasta que la apartaron de mí. No podíamos estar juntos como me hubiera gustado, las mujeres eran llevadas a otro salón, donde celebrarían separadas de los hombres, lo que les permitía bailar y divertirse sin ser observadas por el sexo opuesto.

Acababa de casarme con la chica y no podía estar cerca de ella en las próximas horas.



REGINA

Capítulo diecinueve

La música a todo volumen resonaba mientras algunas de las mujeres bailaban y las demás se servían del festín. Yo aún sostenía en mis manos la caja que representaba mi dote y el terciopelo estaba cada vez más húmedo por mi sudor.

Hasta que mi madre se me acercó y se ofreció a custodiarlo.

—Déjame ponerlo en tu habitación.

—Yo... —Quería decir que me lo quería quedar, pero no había justificación para ello, así que acabé entregándoselo.

En cuanto se alejó, una de mis hermanas, Soraia, un año menor que yo, se acercó y se sentó a mi lado.

—Tu marido es muy guapo.

—Gracias —respondí un poco incómoda, porque me di cuenta de que podía haber algo más detrás de su afirmación y lo supe enseguida.

—Después de lo que le hiciste a nuestro padre, no deberías ser tú —dijo soltando su despecho y yo luché por mantener la postura, aunque me sentía incómoda con sus palabras.

Después de lo que había hecho, ¿no podían ver los demás miembros de mi familia la barbaridad que había cometido mi padre? Tras el asesinato de mi tío, nadie habló de nada, lo silenciaron y lo trataron como si hubiera sido un simple accidente y no un golpe.

Por suerte para mí, no tendría que quedarme allí mucho más tiempo, solo sería esa noche, y luego me iría a vivir a casa de mi marido.



ZYAN

Capítulo veinte

Solo la vi de nuevo cuando nos pusieron una toalla blanca sobre la cabeza y rezaron oraciones para bendecir nuestro matrimonio, pero el momento de cercanía no duró mucho, solo fue hasta que se reanudó la fiesta y duró hasta altas horas de la noche.

No quería dormir separado de ella en nuestra primera noche juntos, tenía planes, pero tendrían que esperar aún más, a la espera de lo que dictara la tradición. Los novios no pasaban su primera noche juntos, dormían en habitaciones separadas en casa de la familia de la novia.

Me prepararon una habitación cómoda, con fruta, bebidas dulces y shisha para que pudiera pasar la noche de la mejor manera posible.

—Hubiera sido mejor que me entregaran a la chica enseguida —murmuré para mis adentros al ver el tapiz y sentarme en el borde de la cama.

—Ya conoces la tradición. —Me sorprendió Said en la puerta y sobre todo porque me había oído, pero para su desgracia, no era alguien a quien buscara complacer en ese momento.

—A la mierda la tradición.

—Mi rey, me doy cuenta de que has estado fuera mucho tiempo, pero tienes que recordar cómo funciona todo por aquí.

—Said, tengo los huevos morados, no he tenido sexo con nadie desde que llegué a este puto lugar. Si no quieres salir a buscar una puta que me haga una paja, mejor te callas.

Resoplé, moviendo el cuerpo hacia atrás y mirándome la verga dentro del pantalón. El problema era que la expectativa me había dejado con aún más ganas. Cerré los ojos e imaginé aquella delicada boquita haciéndome una mamada o estremeciéndose mientras penetraba su estrecha vagina. Si había aceptado este matrimonio, era para tener sexo, pero aún no había recibido lo que quería.

—Buenas noches, señor. Hasta mañana. —Se despidió y cerró la puerta, dejándome solo en la habitación.

Si no hubiera pensado que corría el riesgo de que me descubrieran, me habría atrevido a buscar su habitación y me habría llevado la recompensa que esperaba recibir de aquel matrimonio. Estaba sin aliento, tanto tiempo sin sexo estaba mermando mi racionalidad. En Europa tenía todas las mujeres que quería, a todo momento, pero la sequía del desierto también había afectado a mis relaciones sexuales.

No había mentido cuando le dije a Said que estaba loco por una paja. ¿Serían capaces esos delicados dedos de ejercer suficiente presión para hacerme eyacular?

No dejaba de pensar en mi joven esposa, que estaba en otra habitación en vez de en la misma cama que yo, y lo siguiente que supe fue que me estaba pasando la mano por el bulto que se me había formado en los pantalones. La quería en mi regazo, frotándose contra mí y sus pechos rozándome la cara mientras mi verga estaba dentro de ella.

Me bajé la cremallera del pantalón y me saqué el pene de los calzoncillos, mis planes de quitarle la virginidad a aquella inocente chica tendrían que esperar un poco más mientras tenía que conformarme con mis propios dedos aquella noche. Necesitaba coger demasiado como para quedarme mirando al techo sin hacer nada.

Mis dedos se enroscaron alrededor de mi verga mientras imaginaba aquel pañuelo cayendo finalmente de su cabeza, dejando su pelo suelto, revoloteando salvajemente alrededor de su cara mientras tiraba de ella hacia mí y la acomodaba en mi regazo. El canal estrecho, pero deliciosamente apretado de forma que me permitiera deslizarme dentro con facilidad, pero saboreando las contracciones que ella provocaría en mí cuando la sujetara por el culo y la hiciera rodar y rebotar sobre mí.

Con los ojos cerrados y la mente llena de fantasías, mis manos se movieron cada vez más rápido hasta que no pude aguantar más y eyaculé mi semen en el suelo. Mi leche goteó sobre el borde de una de las alfombras y me vi obligado a limpiarlo antes de que alguien lo viera, pero disfruté de las sensaciones del momento antes de preocuparme.

Una paja no era lo que más deseaba para satisfacer mis ganas de sexo, pero era lo que tenía por esa noche, al menos me permitía irme a dormir menos frustrado por la situación.



REGINA

Capítulo veintiuno

Fue otra noche de insomnio. Mis expectativas de mudarme al día siguiente se hacían aún mayores a medida que nos acercábamos. Sabía que él estaba en otra habitación del palacio, pero después de ese día seríamos oficialmente marido y mujer y nos permitirían estar solos.

Tenía hermanas, pero la única persona con la que compartía información íntima era Nedja. Me contaba cosas que me hacían sentir mejor, y eso me hacía extrañarla. Pero sabía que era egoísta por mi parte querer que estuviera allí sabiendo el peligro que corría con mi padre.

Ya estaba de pie cuando mi madre y otras mujeres entraron en la habitación.

—¿Has organizado todo lo que quieres llevarte?

Asentí con la cabeza.

Había guardado en el fondo de mi bolso las hojas de papel que tenía y algunos trozos de lápiz que había recogido por el palacio, y esperaba tenerlos a mano cuando me sintiera más sola.

—No pude encontrar ningún vestido.

—Deben estar todos empacados en las maletas que llevarán al palacio de Qasir.

—De acuerdo.

Mi madre se acercó y me analizó de pies a cabeza, como si buscara algo.

—Tus ojos están muy hundidos.

No quería discutir la razón de mis ojeras, así que pensé que era mejor no decir nada.

—Vamos a ponerte polvos en la cara para que estés más guapa cuando venga a verte tu marido.

Empezó a moverse, mirando a su alrededor, e hizo un gesto a una de las mujeres que la acompañaban para que le trajera su kit de maquillaje.

—Ahora serás una reina. La primera —recalcó para que no lo olvidara—. Podrás gobernar ese palacio y no dejes que tu suegra te manipule. Ella intentará hacerlo y si eres demasiado

servicial, acabarás bajando la voz. ¿Me has oído bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Regina?

—Te he oído, mamá.

—Bien hecho. —Sonrió y parecía feliz—. Vamos a ponernos un vestido bonito y un hiyab a juego.

Antes de salir de la habitación aquella vez, me aseguré de llevarme todo lo que pudiera echar de menos. Mi hogar ya no estaría allí y esperaba que fuera un buen cambio.

Solo vi a mi marido cuando los autos ya estaban posicionados afuera para viajar al palacio de él, en otro Emirato a unas horas de distancia.

Cuando mi padre se acercó a mí, parecía muy contento y me dedicó una sonrisa que en nada se parecía a su expresión de furia el día que Nedja se escapó.

—Sé una buena esposa y haz feliz a tu marido.

—Sí. —Le di la razón porque sabía que era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Mi padre quería que Zyan fuera un aliado fuerte y apoyara su poder, pero eso dependía mucho del éxito de nuestro matrimonio.

Cuando entramos en los coches, mi marido volvió a mirarme y me dedicó una sonrisa que hizo que mis mejillas se sonrojaran. Era demasiado seductor para no desconcertarme cuando sus ojos se posaban en mí.

Mi familia fue en una limusina y la suya en otra, viajando durante horas hasta Qasir. Nunca había salido de Mamlaka y sería mi primera oportunidad de ver otros lugares y paisajes, aunque la mayor parte era desierto. Mucha arena en todas direcciones.

Mi padre hablaba con uno de mis hermanos en el coche, el príncipe que había elegido como heredero, sobre sus planes para Mamlaka y, en especial, sobre los beneficios que podría aportar Zyan. Pensaba que Occidente se había entrometido demasiado en asuntos que no le incumbían y quería desterrar a esos hombres de nuestras tierras.

No sabía hasta qué punto ese pensamiento podría concretarse, pero temía que pudiera significar la muerte de otras personas.

De repente, mi viaje dejó de ser emocionante y volvió a ser preocupante. Esperaba que Zyan no estuviera de acuerdo y esperaba que mi opinión fuera relevante para mi marido de alguna manera.

Tras horas de viaje, nos acercamos a otro pueblo con edificios marrones y casas de arquitectura similar a Mamlaka. Esperaba ver los enormes edificios de los que había hablado Nedja, pero no encontré ninguno.

Nos quedamos en el coche mientras Zyan y su familia entraban primero en el palacio, esperamos un rato y eso me puso aún más ansiosa. Me froté las manos sudorosas para intentar disipar las sensaciones, pero no hicieron más que intensificarse.

Después de un tiempo que no pude medir, pudieron ser minutos u horas, mi padre dijo que podíamos bajar y entramos en el palacio.



ZYAN

Capítulo veintidós

Mi madre había organizado un banquete para recibir a la familia de la novia para comer y yo solo podía pensar en el momento en que por fin pudiera servirme.

En cuanto entraron en el vestíbulo, su padre fue el primero en acercarse a mí. Me saludó y yo hice lo mismo, manteniendo una postura rígida mientras mi mirada buscaba la suya. Ella estaba callada, retraída, pero había una mirada curiosa en su rostro cuando se fijó en el edificio que la rodeaba. No era muy diferente de donde ella vivía, pero los elementos y las formas diferentes le llamaron la atención.

—Regina —llamó su padre para que se acercara.

—Sí.

Nos pusimos uno frente al otro y él alternó su mirada entre los dos.

—Le deseo suerte, felicidad y prosperidad en su matrimonio. Ojalá pronto tenga noticias de nietos.

Por fin. Vibré pensativo ante la situación que se había prolongado demasiado. Solo quería saber cuándo podría llevarla a su habitación, pero no sería en ese momento.

El hombre me dejó tocar su mano, sentí los delicados dedos y pude besar el dorso de la misma, pero antes de que pudiera disfrutar del contacto, mi madre interrumpió.

—Bienvenida.

—Gracias —dijo Regina con cierto desconcierto.

—¡Vamos al banquete!

Les hice un gesto para que nos siguieran y llegamos al salón, donde la mesa ya estaba puesta. Regina se sentó a mi lado y empezamos a comer y beber mientras sonaba música a todo volumen con ritmo festivo.

Mi madre había preparado un espectáculo de danza con espadas y fuego que gustó mucho a los invitados y los mantuvo distraídos.

Cuando me di cuenta de que miraban el fuego que giraba en el aire y aplaudían al ritmo danzante de la música, bajé una de mis manos por debajo de la mesa y la puse sobre el muslo de Regina.

Ella abrió los ojos y se retorció, mostrando su incomodidad; era demasiado ingenua, incluso para disimularlo.

Asegurándome de que nadie se había dado cuenta, aparté la mano y me incliné un poco para hablar en voz baja en un tono que solo ella oyera.

—Aún tengo mucho que enseñarte.

No dijo nada, pero sus mejillas se pusieron tan rojas como los tomates de la mesa, lo que indicaba que había oído muy bien.

Tendría que esperar a que terminara toda aquella celebración y a que su familia se marchara por fin para poder tenerla para mí solo, pero saber que esa noche podría cumplir mi deseo aliviaba un poco mi ansiedad.



REGINA

Capítulo veintitrés

Ya no tenía a mi madre, ni a mis hermanas, ni a las criadas a las que estaba acostumbrada; este lugar era completamente nuevo y me llevaría un tiempo adaptarme.

Después de comer mucho y disfrutar de varios espectáculos, mi familia se marchó cuando era casi de tarde y el sol ya empezaba a ponerse tras las dunas del desierto.

Volví a dejarme llevar por sensaciones contradictorias cuando recordé la vergüenza de que la mano de mi marido me tocara indecorosamente el muslo por debajo de la mesa. Nadie podía verlo, pero él se arriesgó de todos modos, lo que me hizo preguntarme qué me esperaba cuando por fin estuviéramos solos.

Después de que mi familia me dejara allí, mi suegra me llevó a mi habitación del palacio, que estaba bellamente decorada con muchas flores, parecía un jardín y desprendía un perfume muy armonioso.

—Han traído aquí tus pertenencias, están todas allí. —Señaló las maletas y cajas que había en una esquina de la habitación.

—Muchas gracias.

—No dudes en darte un baño. Hay varias esencias en el baño y creo que algunas te pueden gustar. Si me necesitas para algo, puedes preguntar por mí. Mañana, cuando estés descansada, hablaremos de la rutina de palacio.

Asentí, cruzando involuntariamente las manos delante de mí un poco avergonzada, y ella cerró la puerta, encerrándome dentro de la habitación.

Me acerqué a uno de los arreglos florales y percibí su aroma, estaban frescas, casi como recién recogidas. No recordaba la última vez que había visto flores así, porque eran muy raras ante toda la sequedad del desierto.

Bebí un poco de agua de una jarra que encontré en uno de los muebles y respiré hondo. Hasta el momento había sido muy bien recibida y esperaba que así continuara. Sin la presencia de mi padre, podría haber encontrado un refugio.

Segura de que estaba sola, me quité el hiyab y dejé que el pelo me cayera por la espalda. Estaba aún más ondulado por la forma en que lo había atado.

Me quité el vestido que llevaba puesto y toda la ropa, poniéndola doblada en un rincón de la cama antes de ir al baño. Había una bañera pequeña, pero con espacio suficiente para una persona. Abrí el grifo para llenarla y miré los aceites y esencias que había en una cesta sobre el lavabo. Elegí sales de jazmín y lavanda.

Lo vertí en el agua y me metí en ella cuando me di cuenta de que la bañera estaba suficientemente llena.

Dejé escapar un suspiro de satisfacción cuando el calor me envolvió y me hizo relajarme un poco. Era delicioso experimentar aquella temperatura.

Había estado tan estresada en los últimos días que estar sola en un baño refrescante me hizo olvidar mis problemas recurrentes, al menos por unos momentos, y fue maravilloso.

Apoyé la cabeza en el borde de la bañera y se me mojaron las puntas del pelo, pero no me importó.

Estaba somnolienta y casi cerré los ojos, pero los abrí cuando oí unos golpes en la puerta que me despertaron de aquel momento de paz, reventando mi burbuja.

—¡Regina!

Esa voz...

Me estremecí al pensar que era él. Mi marido estaba al otro lado de la puerta y me llamaba.

—Regina. —Volvió a llamar.

—¡Un momento! Estoy en el baño.

—Puedo unirme a ti.

Cuando oí sus palabras, no parecían una broma e hicieron que se me acelerara el corazón y me temblaran las piernas. Nunca había estado sola así, ni siquiera con un hombre de mi familia, y no tenía ni idea de cómo sería. Mi madre siempre había sido demasiado tímida para hablarme de la relación entre un hombre y una mujer y yo nunca había tenido el valor de preguntarle

ciertas cosas a mi prima Nedja por miedo a que se riera de mí.

Salí de la bañera, sintiendo el agua correr por mi cuerpo, y miré por la habitación hasta que encontré una bata colgada en un rincón. Me la puse para cubrirme el cuerpo y utilicé la toalla para esconderme el pelo, luego me dirigí a la puerta.

En cuanto la abrí, vi a Zyan de pie en el pasillo. Llevaba un atuendo muy diferente al que le había visto antes. Los trajes tradicionales habían sido sustituidos por pantalones cortos y una camisa blanca con dos botones abiertos. Se pasó la mano por la parte superior de su pelo castaño, atrayendo aún más mi atención hacia sus ojos, que eran tan profundos y enigmáticos que parecían atraparme por completo.

—¿Puedo pasar? —Me indicó el interior de la habitación, esperando mi permiso para pasar.

—Yo... —Abrí la boca unos segundos, sintiendo que me temblaban los labios, y me pregunté si realmente debía hacerlo.

Zyan era mi marido, pero aún tenía que acostumbrarme a esa relación.

—No querrás que me quede aquí fuera, ¿verdad? —Tenía una voz firme, gruesa pero melodiosa, que me ponía los pelos de punta y me daba ganas de mirarle la boca.

Esa cercanía me desconcertaba por completo.

—¿Puedo? —insistió y yo no podía pensar con claridad.

Entonces recordé a mi madre hablando de lo importante que era que le obedeciera, así que di un paso atrás, dejándole pasar y Zyan se acercó a mí, rodeándome la cintura con sus brazos y cerrando la puerta tras nosotros, asegurándose de que nadie nos veía.

Dejé de respirar cuando me pasó la mano libre por la cara, me rodeó la mejilla y empujó la toalla para que cayera al suelo, dejándole al descubierto mi pelo.

—Mucho mejor así. —Amplió su sonrisa mientras me analizaba—. Eres más guapa de lo que imaginaba.

—Gracias —dije torpemente, apartando la mirada, pero él me bajó la mano del pelo y me sujetó el mentón, obligándome a seguir mirándolo.

—Eres preciosa y he esperado demasiado este momento.

¿Esperado? La pregunta se redujo a un pensamiento porque no tuve tiempo de verbalizarla antes de que Zyan bajara la cabeza y apretara nuestros labios.

Nunca me había tocado un hombre que no fuera mi padre, y mucho menos me había besado uno. No sabía qué hacer, así que me paralicé por completo.

—Abre la boca para mí. —Él aún tenía la mano en mi mentón cuando susurró contra mis labios y los separé, permitiéndole deslizar su lengua hasta la mía.

El sabor era tan bueno que, a pesar de la tensión, me relajé y quise mover mi lengua hacia la suya, casi como en una danza.

Me rodeó la cintura con ambos brazos y me apretó más contra su pecho, ralentizándome la respiración pero haciéndome desear besarle aún más.

Su boca se separó de la mía y bajó por mi cuello, haciéndome inclinar involuntariamente la cabeza hacia atrás, dándole más acceso para continuar. Las sensaciones eran aún mejores de lo que había imaginado cuando pensé en cómo sería ser tocada íntimamente por un hombre.

Me estaba poniendo caliente, como si él fuera el mismísimo sol de verano, mientras que al mismo tiempo cada uno de sus besos me enviaba una ola de frío como una descarga que me hacía estremecer.

No podía pensar en nada racional que no fuera un salvaje deseo de que continuara. No había estado preparada para ese momento, pero era como si cada parte de mí supiera que lo único que necesitaba era dejarme llevar por él.

Me mordió la base de la garganta y solté un grito que no pude contener y me retorcí entre sus brazos. Me costaba respirar y no sabía si derretirme o ponerme completamente rígida.

Su boca fue bajando hasta abrir las partes de la bata, adentrándose más en zonas inexploradas de mi cuerpo. Me sentí tan bien que quise que bajara más, mi piel en la zona donde se acercaba palpitaba, ansiosa de que pasara su boca sobre ella.

Estaba completamente intoxicada y demasiado implicada y tardé un rato en darme cuenta de que me había abierto la bata y se me había caído. Estaba desnuda y él no parecía tener ningún

reparo en seguir tocando mi cuerpo, como si supiera exactamente lo que tenía que hacer.

Por reflejo, le clavé las uñas en el brazo cuando me agarró un pezón y empezó a chupármelo. Chupó y jugó con la punta de la lengua, excitándome aún más.

Empecé a sentir una sensación inusual entre mis muslos, una necesidad que crecía más y más, pidiendo su atención en esta parte específica de mi cuerpo, casi como si quisiera que sus manos, su boca y quién sabe qué más llegaran allí.

—Zyan... —murmuré un poco temerosa.

—¿Qué pasa? —Me mordisqueó el pezón antes de levantar la cabeza y mirarme.

Tenía las pupilas muy dilatadas y parecía jadear discretamente, lo que demostraba que yo no era la única que sentía los efectos de aquellas caricias.

—¿No te gusta que haga eso? —Presionó con su lengua uno de mis pezones, haciéndome sentir de nuevo los efectos de aquel contacto.

—Me gusta...

—Entonces déjame continuar. —Me pasó la mano por el interior del muslo y se detuvo justo antes de la ingle, aumentando aún más la palpitación.

Ni siquiera podía explicar la necesidad que tenía de que moviera su mano un poco más arriba y tocara la intimidad entre mis muslos.

—No sé si deberíamos —expresé mi preocupación.

—Ya hemos esperado bastante. Ahora eres mi mujer y tenemos derecho. —Finalmente levantó la mano y pasó los dedos por el exterior de mi sexo, casi como si estuviera jugando conmigo.

Arqueé la espalda y gemí cuando esa parte de mi cuerpo gritó de necesidad.

Zyan volvió a acercar su boca a mi oreja. Mordisqueó el lóbulo antes de hablar con voz aún más seductora.

—Ambos podemos disfrutarlo mucho.

Solo pude emitir un sonido inconexo cuando acepté.

Se levantó y me hizo girar rápidamente, tomándome por sorpresa, y volvió a rodearme la cintura con los brazos, acercándome más a su cuerpo. Con la otra mano me apartó el pelo y acercó su boca a mi nuca. Los escalofríos aumentaron cuando subió hasta el comienzo de mi cabello.

No me había dado cuenta de que podía ser tan cautivador y seductor estar bajo los efectos de las caricias y provocaciones de mi marido.

Me raspó con los dientes el principio de la espalda y me estremecí al sentir el escalofrío que despertó en mí.

Me incliné hacia delante por reflejo y sentí mi trasero presionado contra algo duro en sus pantalones, un bulto que no parecía estar ahí cuando empezó a tocarme y besarme.

La mano que me rodeaba la cintura subió hasta mis pechos, los apretó y estrujó antes de descender de nuevo al interior de mis muslos en el momento en que me mordisqueó el cuello. Mordisqueaba y raspaba con los dientes mi piel mientras sus dedos seguían bajando.

Por pudor, apreté los muslos, pero eso no bastó para detener el avance de su mano.

—Ábrete —me ordenó, con la voz amortiguada por mi piel en su boca.

—Zyan...

—Prometo hacer que te guste si me dejas tocarte. Solo abre las piernas para mí...

Era imposible seguir siendo racional ante aquel tono. Abrí un poco las piernas y él bajó el dedo. Empujé el culo hacia fuera, chocando de nuevo con el bulto de su ropa, y la necesidad que latía en mi sexo pareció satisfacerse cuando su dedo encontró mi clítoris. La presión fue moderada, con un movimiento circular que me hizo desear frotarme contra él.

—¿Te gusta?

—Sí... —dije en voz baja, todavía con una mezcla de vergüenza y decoro.

—Acabamos de empezar. —Se inclinó hacia delante y apretó el bulto contra mí.

—¿Qué es eso? —pregunté en el colmo de mi ingenuidad.

—Quiero metértela pronto.

—Nunca lo he hecho —dije con inquietud.

—Lo sé. —Me lamió el cuello hasta que estuvo cerca de mi oreja otra vez—. Así que vamos a tomarlo con calma.

Zyan aumentó el ritmo de la mano que me estimulaba y sentí aún más ganas de apretarla, mi cuerpo perdía el equilibrio y cada vez me costaba más mantenerme erguida, pero al mismo tiempo me sentía tan bien.

Cuando se dio cuenta de que me caía, me sujetó y me guió hasta la cama, haciéndome tumbarme en ella para que pudiera verlo allí de pie, desnudándose ante mis ojos. Zyan era fuerte, de pecho ancho y músculos bien definidos. Sus ojos se clavaron en mí mientras se quitaba todo, incluido su bóxer negro.

En cuanto vi el bulto entre sus piernas, por reflejo aparté la cara y cerré los ojos.

—Regina —me llamó, obligándome a mirarle de nuevo—. ¿Vas a decirme que nunca habías visto un pene?

—Solo en una foto una vez, cuando mi prima y yo éramos más jóvenes y muy curiosas.

Resopló, como si no fuera exactamente la información que esperaba, y eso me sorprendió.

—Puedes agarrarlo.

—Pero...

—¿No quieres tocarme? —Se acarició, pasando la mano por todas partes—. No te pasará nada malo si me tocas un poco. Ven aquí.

Siguió animándome y tardé unos instantes en sentirme lo bastante cómoda para sentarme en la cama. Me incliné hacia delante y levanté mi mano temblorosa. La apretó un poco más hasta que mis dedos envolvieron su miembro. Estaba rígido y las venas sobresalían de la carne, palpitando sobre mi piel, y parecía agrandarse a cada momento que pasaba tocándolo. Una gota de líquido transparente apareció en la punta y él gimió cuando moví los dedos a lo largo de su longitud.

Al mismo tiempo que me desconcertaba, la zona entre mis muslos empezó a pedirlo de nuevo.

Zyan me empujó por los hombros y lo solté justo cuando mi marido se inclinaba para tumbarse. Me besó de nuevo, mordisqueándome el labio inferior mientras su peso se asentaba sobre mí.

Sentía sus pesadas manos recorriendo mis costados, presionando mis muslos mientras se encajaba entre mis piernas. Me sujetaba la cara con una mano, obligándome a mirarlo, y con la otra se frotaba contra mi sexo. Me retorcí bajo él y mi pulso se volvió aún más frenético, como si la fricción exterior no fuera suficiente.

—¿Te gusta?

—Sí... —Me vi obligada a confesar con la voz estrangulada por aquella necesidad desconocida y completamente inusual.

Me tomó la boca y el beso volvió a envolverme, distrayéndome hasta que sentí una punzada y, cuando empezó el dolor, me di cuenta de que intentaba penetrarme.

—Ouch... —gemí de dolor.

Frotó un poco más por fuera y volví a relajarme, sintiendo de nuevo placer y necesidad.

—Estás mojada, lista para mí. —Me lamió los labios—. Voy a empujar un poco más fuerte. —Volvió a empujar y yo me retorcí, gritando por el dolor momentáneo cuando entró.

Sentí que me desgarraba y me agarré a sus hombros, clavando las uñas con toda la fuerza que necesitaba para intentar librarme del malestar.

—Ahí... —Murmuró mientras se giraba para mirarme—. Tu virginidad ha desaparecido, así que solo nos queda la parte divertida.

—Todavía duele...

No dijo nada más, se limitó a besarme de nuevo y la forma en que su boca devoraba la mía y su cuerpo se frotaba contra el mío me hizo relajarme poco a poco hasta el punto en que el terrible dolor se convirtió en una molestia tolerable.

Apoyó una de sus manos en el colchón de la cama y comenzó a moverse. La sensación de su boca sobre la mía y el roce de mis pechos contra su pecho firme y varonil me envolvieron cada vez más, hasta el punto de que empecé a disfrutar de nuevo del momento.

Podía oír sus gemidos, su piel sudando mientras se movía. Zyan se distanció un poco más de mi cuerpo e introdujo su otra mano entre nosotros, tocando de nuevo mi botón del placer. Cuando empezó a estimularlo, el dolor dejó de importar y me invadieron sensaciones buenas y placenteras.

Le miré fijamente y Zyan me devolvió la mirada hasta que vi que apretaba los labios, los juntó y un líquido caliente llenó mi vientre. Dejó de moverse dentro de mí, pero su mano continuó. Yo quería más y acerqué mi cuerpo al suyo. Zyan aumentó la presión y el ritmo hasta que todo explotó.

Era una sensación de plenitud tan increíble que ni siquiera podía expresarla con palabras. Cada parte de mí parecía flotar en algún lugar lejano del mundo, mientras que al mismo tiempo me sentía completa en aquella cama.

Yo seguía jadeando y soltando gemidos bajos cuando Zyan se apartó de mí y se puso de lado. Tomó una larga bocanada de aire.



ZYAN

Capítulo veinticuatro

Me hundí en el colchón, satisfecho.

Eso es exactamente lo que necesitaba.

Después de la sequía que había soportado desde el momento en que llegué a Qasir, sin haber tenido la oportunidad de mirar a mi alrededor ni de coquetear con una sola mujer, por fin había echado un buen polvo.

Regina era preciosa. Desnuda era aún mejor. Tenía un cuerpo que me excitaba, pero el hecho de que fuera virgen significaba que tendría mucho que enseñarle. Podríamos divertirnos mucho más si ella no tuviera tanta vergüenza, pero para eso tendría que ser un poco más paciente, esperaba que se adaptara al sexo como todas las otras mujeres con las que había tenido relaciones.

Ya no estábamos en una época en la que hubiera que casarse para tener relaciones sexuales, al menos no en Occidente, pero de momento tendría que acostumbrarme a la situación. Me había convertido en Emir y mi lugar estaría allí al menos durante los próximos años.

Me volví hacia Regina, tumbándome de lado en la cama y apoyando la cabeza en una de sus palmas, y ella se acurrucó, cruzando los brazos sobre sus pechos de tamaño moderado y retrayendo las piernas.

—Sabes que lo he visto todo, ¿verdad?

—Sí. —Tragó en seco, aún avergonzada.

Me incliné hacia ella, tiré de su brazo y besé su pecho, lo que hizo que pusiera los ojos en blanco, demostrando que le gustaba mi contacto.

—Te criaron para esconderte y avergonzarte, pero no quiero que seas así conmigo.

—Pero...

—Que se jodan los demás. —la interrumpí—. Al menos cuando estés conmigo, quiero verte desnuda, quiero oír tus gemidos cuando tengas orgasmos y quiero que no te dé vergüenza

tomar mi verga. Puede que incluso te la metas en la boca. —Mi sonrisa se intensificó al pensar que una mamada no estaría de más.

—Zyan...

—¿Qué pasa? —Le sujeté el mentón y volvió a sonrojarse—. Háblame.

—Es inapropiado...

—¿Cómo crees que se hacen los bebés? —Volví a meterle la mano entre los muslos, sin molestarme en mancharla con mi semen.

La penetré con uno de mis dedos y Regina arqueó la espalda.

—¿Te gusta?

Ella se limitó a asentir, aún avergonzada.

—Cada vez será mejor.

Mi verga estaba dura de nuevo y me apetecía reanudar el acto, pero era su primera vez y mejor me lo tomaría con calma.

Ella soltó un gemido ahogado y yo aparté la mano.

Me levanté y fui al baño a limpiarme y la dejé en la cama, aún recuperándose del sexo.

Ninguna de las mujeres que habían estado en mis brazos se había quejado, y estaba seguro de que pronto ella también disfrutaría y vendría a pedirme más.

Al menos hasta que quede embarazada...

¡Embarazada!

Esa palabra se gritó en mi mente y volví a mirarla, con mi semen y el resto de mi sangre. Yo había utilizado preservativos y otros métodos anticonceptivos antes, pero no eran habituales en un matrimonio según nuestras tradiciones. Los hombres en una posición como la mía solían tener muchos hijos, mi padre incluso lo había intentado, pero aparte de mí solo había tenido mujeres.

Ahora yo... Nunca había pensado mucho en tener hijos o en comprometerme a algo así,

pero igual que mi padre había necesitado a alguien que lo heredara todo, a mí también me llegaría el turno. Tendría que tener un heredero.

Parecía patético y quién iba a pensar que en algún momento me encontraría en una situación así, pero en cuanto a producir un heredero... Bueno, esa era una tarea que creía que no decepcionaría.



REGINA

Capítulo veinticinco

Intercambiamos media docena de palabras mientras me recomponía, y luego salió de la habitación.

Todavía estaba asimilando la idea de que habíamos tenido sexo y lo mucho que lo había disfrutado. No solo era guapo, sino que me hizo vivir una experiencia mejor de lo que había imaginado, a pesar del dolor fue bueno, y Zyan dijo que mejoraría con el tiempo.

De repente quise averiguar...

Desde luego, mi padre no había hecho esa elección pensando en la felicidad que yo podría tener en ese matrimonio, pero ¿era posible?

Necesitaba otra ducha para quitarme el poco de sangre y líquido viscoso que tenía entre los muslos. Todavía me sonrojaba al recordar la visión de él sin ropa. Ese cuerpo tan firme y rígido...

Quería poder hablar con alguien de aquellos descubrimientos, mientras imaginaba que Nedja se estaría riendo de mí. ¿Había visto mi prima alguna vez a un hombre desnudo?

Sacudí la cabeza al salir del baño y alejé esos pensamientos. No debería haberme preocupado por eso, sino por su paradero, por su seguridad. Si la nota que había recibido era real, Nedja había encontrado refugio, pero aún no podía estar segura de que fuera en Sahra.

¿Zyan me llevaría allí?

En cuanto consideré la posibilidad, la descarté. Mi marido aún podía contárselo a mi padre y acabar poniendo en peligro la seguridad de mi prima. Tendría que contener mi necesidad de saber de ella en favor de su seguridad.

Una de las doncellas de palacio llamó a mi puerta para decirme que la cena estaba servida y me dispuse a ir al salón. Habíamos almorzado allí en compañía de mi padre y el resto de mi familia, así que conocía el camino y me atreví a intentar encontrarlo.

Giré por un pasillo, luego por otro, y cuando me di cuenta de que me había perdido, di media vuelta y probé otra ruta, encontrando finalmente la sala.

En cuanto entré, vi a Zyan y sentí cómo se me sonrojaban las mejillas por los recuerdos aún vivos y frescos en mi mente. Su madre y una de sus hermanas también estaban en la habitación y todas se volvieron hacia mí.

—Hola. —Forcé una sonrisa porque aún me sentía incómoda.

—Ven, siéntate. —Mi suegra me hizo un gesto para que me acercara.

—Gracias. —Me acomodé junto a Zyan como ella me había indicado, y solo su respiración cercana me desconcertó.

—¿Te gustaron las flores? —Mi suegra siguió dándome conversación.

—Son muy bonitas.

—Mis favoritas son los tulipanes, pero son muy difíciles de conseguir.

—Imagino que sí.

—Podrías llevar a tu mujer al Jardín Milagroso de Dubai —sugirió la hermana menor de Zyan.

—Podría ser. —Esquivó, sin hacer promesas.

—Me encantaría ir también —replicó la hermana.

—¡Radja! —le reprochó mamá.

—Tenía muchas ganas de salir un rato de este lugar y dar un paseo.

—¿Por qué no vas a estudiar allí? —Cuando Zyan le hizo esa pregunta a su hermana, su madre y yo pusimos cara de sorpresa ante la sugerencia.

—Estás de broma, ¿no? —Radja también se sorprendió.

—No. —Zyan se encogió de hombros, tomó un cigarro de hoja de uva y le dio un mordisco, masticando despreocupadamente—. Puedes encontrar una universidad interesante a la que ir, un trabajo, no tienes que quedarte aquí esperando una boda y la obligación de cuidar de una familia.

—Zyan, ¿de qué estás hablando? —Su madre se enfadó—. Tu padre nunca aprobaría algo

así.

—Mi padre ha muerto. —Utilizó un tono firme que hizo tragar saliva a la mujer—. Lo que aprobaba o no aprobaba moría con él.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? ¡Lo deshonras!

—Lo he deshonrado demasiado en la vida como para dejar de preocuparme.

—Ahora que eres el tutor de tu hermana, tienes que encontrarle un buen marido en vez de llenarle la cabeza de historias.

—Economía, medicina... —Empezó a sugerir—. ¿Qué te gusta más?

—No lo sé. —La adolescente reflexionó un momento—. Quizá la ciencia.

—Sería divertido tener una hermana científica.

—¿De verdad vas a dejarme ir a la universidad?

Movió la cabeza en señal de afirmación.

—Puedes hacer lo que quieras, Radja. Solo te casarás cuando quieras y con quien quieras.

—¡Zyan! —Su madre se puso roja y no sabía si era de vergüenza o furia.

Radja tenía una enorme sonrisa en la cara, lo que me hizo aún más feliz por ese matrimonio. Pensaba que mi marido sería exactamente igual que mi padre, pero me estaba dando cuenta de que había indicios de que se parecía mucho más a mi tío.

—Apuesto a que disfrutas estudiando. —Me giré hacia la chica, que asintió sonriendo en mi dirección.

—Estoy segura de ello. ¿Has ido alguna vez a estudiar allí?

—No. —Me encogí al recordar cómo actuaba mi padre y lo mucho que juzgaba a mi tío por sus actitudes permisivas con mi prima—. No me lo permitían.

—Lo comprendo. Mi padre nunca me dejaría tampoco. Por suerte, Zyan es diferente—. Ella saludó a su hermano.

En mi mente teoricé y se me ocurrió una respuesta a por qué mi padre había accedido a

aquel matrimonio. El padre de Zyan era igual que él, pero no pensó que su hijo pensaría diferente.

Probablemente tuve más suerte en esa negociación de lo que podría haber previsto.

—Zyan... —La mujer se inclinó hacia su hijo.

—Come, mamá. —Indicó el pequeño festín que teníamos delante—. Yo cuidaré de Radja. —Le guiñó un ojo a su hermana—. A mi manera.

—Gracias. —La hermana frunció los labios emocionada.

Zyan se encogió de hombros.

Tomé un poco de tabulé y lo puse sobre un trozo de pan de pita con dados de ternera, masticando sin hacer comentarios. Todavía no tenía una posición familiar que expresar, pero me gustó mucho su decisión.

Nedja siempre hablaba de la lotería que podían ser esos matrimonios concertados. *Afortunadamente, existe el divorcio,* me recordaba riendo. Pero parecía que yo había tenido suerte, por improbable que fuera.

Después de cenar, la madre de Zyan le dijo a su hermana que se fuera a su habitación y se acercó a él, con las manos en la cintura y el pecho hinchado.

—Si tu hermana se queda soltera, es culpa tuya.

—Está bien. —Zyan se limpió las yemas de los dedos en una servilleta antes de levantarse, sin prestar verdadera atención a los gritos de su madre.

—Deberías estar pensando en su futuro.

—Lo estoy haciendo. Podrá tener una carrera, un trabajo.

—La obligación de mantener a la familia es del hombre.

—Eso no será más así...

—Has pasado demasiado tiempo en Occidente.

—Quizá también sería bueno aprender algunas cosas de allí. —Jugueteó con su hijab—.

Eso estaría bien.

—Entonces, ¿cuál estará tu hermana?

—Feliz.

La mujer apretó los dientes, pero su hijo continuó.

—Estamos en una época en que cada uno puede decidir su futuro. No es que eso me haya pasado necesariamente a mí. —Se rió entre dientes.

—Me voy a la cama. —Ella dejó de discutir con su hijo.

—Buenas noches —susurró y la mujer se marchó.

Yo estaba observándolo todo y me sobresalté cuando mi marido se giró hacia mí y pareció evaluarme.

—¿Está de acuerdo con ella?

—¿Sobre qué? —Me encogí hacia atrás, intentando analizar mejor la siguiente pregunta.

—¿Crees que Radja debería quedarse en palacio hasta que se entregue a alguien?

Me quedé en silencio un momento, pensando en cómo debía responderle. Podía estar poniéndome a prueba, como hacía mi padre tan a menudo, y eso me incomodaba.

—Bueno, eso es lo que te pasó a ti, así que supongo que...

—Ojalá yo hubiera tenido la suerte de ella —lo interrumpí.

Zyan volvió a sonreír y se inclinó para darme un beso rápido.

—¡Eh! —Volví a avergonzarme, temiendo que alguien me viera—. Puedes culparnos por eso.

—Que no me jodan. Es mi palacio.

Me eché a reír casi a carcajadas.

—Mucho mejor así. Tienes dientes bonitos, está bien mostrarlos.

—Gracias.

—¿Vamos al dormitorio? —Me tendió la mano.

Sabía lo que eso podía significar, pero acepté la invitación. Le tomé de la mano y dejé que me condujera por el pasillo del palacio hasta una habitación distinta de aquella en la que habíamos estado antes.

Cerró la puerta y mi corazón empezó a latir con fuerza, se calmó cuando me puso la mano en la nuca y me atrajo hacia sí para darme un beso, pero pronto volvió a acelerarse al aumentar la intensidad con la que rozaba mi boca con la suya.

Zyan empujó mi hiyab contra el suelo y me mordió el labio inferior, tirando un poco más fuerte de mi pelo de una forma que hizo que me doliera la piel, pero que provocó que el deseo palpitara a través de mí, derramándose por mis venas.

Frotó sus palmas contra mí, apretando y frotando, y jadeé cuando bajó las manos y me agarró el culo, encajando una de sus piernas entre las mías.

—Eso es... —Le apreté los hombros, dividida entre la razón y la necesidad de más.

—¿No te gusta? —Dejó de besarme para mirarme, pero mantuvo las manos en mi trasero.

—Me gusta...

—Eso es lo único que me importa... —Bajó la boca por mi cuello y tiró de mi piel con los dientes mientras sus manos me apretaban contra su muslo.

Las punzadas que sentía allí eran cada vez más intensas y empecé a sentir esa necesidad que había experimentado antes.

Me desabrochó la cremallera y me bajó el vestido por los brazos, tirándolo al suelo antes de levantarme y llevarme a la cama.

Mi pelo se desparramó sobre la almohada y pensé que iba a venir a tumbarse encima de mí, pero en lugar de eso me dio un beso rápido y bajó con la boca, pasando la lengua entre mis pechos y más abajo hasta detenerse en mi estómago, justo antes de la zona que palpitaba.

—Apuesto a que las mujeres como mi madre nunca han experimentado esto. —Esbozó una sonrisa traviesa que pronto se transformó en una expresión sexy al sentir su lengua explorando mi sexo.

Incliné el vientre hacia arriba y, por puro instinto, retorcí los dedos en la sábana, arrugándola entre las manos.

—Intenta mantener los ojos abiertos.

—Es difícil —dije con voz temblorosa.

—¿Quieres que pare? —Apartó los labios y yo chillé.

—No...

—Entonces mírame. Mírame mientras te la chupo.

Era completamente inapropiada la forma en que me hablaba, pero al mismo tiempo me hacía desearlo aún más. Era como si no tuviera vergüenza y aún menos miedo a ser juzgado.

Dejé de pensar racionalmente cuando introdujo un dedo en mí y lo sumó al movimiento de su lengua. Así no sentía dolor, solo un placer cada vez más latente.

Fue una misión muy difícil mantener los ojos abiertos mientras me pesaban las pupilas. Quería sumergirme en aquella niebla de efectos cada vez más intensos, pero pronto me envolvió y engulló, mientras experimentaba un pico aún mayor que el primero.

Mientras me estremecía, retorciéndome en la cama, Zyan se subió encima de mí y me besó, dejándome saborear en su boca.

Me tomó las manos y se las puso en la cintura, indicándome que quería que le quitara la ropa, y me dio libertad para tocarle la cara. Me gustó mucho lo que sentí, los músculos firmes, el abdomen bien definido y los movimientos de sus brazos cuando le quité la camisa.

Solté una risita, un poco angustiada, mientras me agachaba con dedos temblorosos para bajarle la cremallera de los pantalones.

—Ábrelo pronto.

—Tranquilízate.

—¡Vamos, Regina! Quítame la ropa.

Me dio aún más vergüenza oírselo decir en voz alta, pero aun así le bajé los calzoncillos.

Zyan saltó de la cama y terminó de deshacerse de las prendas. Pensé que iba a abalanzarse sobre mí, pero en lugar de eso me separó los muslos y me llevó al borde de la cama.

Con una de mis piernas bajada, apoyó la otra en su hombro y esta vez no me lo puso tan fácil. Me dolió un poco y me estremecí, pero me besó y me mordisqueó la pierna, lo que hizo que me relajara un poco.

Me miró y siguió notando cómo mis pechos se balanceaban mientras él se movía con más facilidad dentro de mí.

El dolor seguía ahí, no era terrible, pero me molestaba y a veces me encogía. Quizá mi cara le había indicado algo, porque él pareció darse cuenta.

—¡Tócate!

—¿Qué? —Me sorprendió—. Yo no...

—¿Nunca te has tocado?

Negué con la cabeza.

—No es difícil y sabrás si lo estás haciendo bien. —Bajó mi pierna para inclinarse sobre mí, pero no dejó de penetrarme, tiró de una de mis manos que estaba boca abajo sobre la cama y la colocó sobre mi sexo.

—Zyan...

—¡Hazlo! —Era difícil resistirse a esa mirada firme y a esa voz gruesa.

Bajé el dedo entre mis labios mayores y toqué mi clítoris, presionándolo. Cerré la boca para intentar contener un gemido, pero fue en vano, porque él me empujó con más fuerza y mis ganas de gritar eran aún mayores.

Empecé a tocarme, presionando y moviendo el dedo, descubriendo la mejor manera de darme placer. Mientras tanto, Zyan me miraba, parecía gustarle lo que veía y se movía aún más fuerte.

El dolor fue completamente abrumado por el placer que podía darme, como si mi cuerpo lo ignorara solo para concentrarse en las buenas sensaciones. Con la mano libre, retorcí la sábana y

mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras alcanzaba el clímax por segunda vez, completamente exhausta.

Zyan solo se movió un par de veces más hasta que sentí que volvía a derramarse dentro de mí. Se inclinó un poco hacia delante, apoyado en mi pierna de pie, y se recuperó durante unos minutos.

Poco después se apartó y se quedó con parte del cuerpo sobre la cama, mientras yo seguía completamente desmayada.

Zyan se acercó a una jarra y se sirvió un vaso de agua.

—Cuidado con mi madre.

Sus palabras me agarraron por sorpresa.

—¿Por qué?

—Hago muchas cosas que a ella no le gustan, así que puede que decida desquitarse contigo. Solo tienes que tener tus propias opiniones y no dejar que te manipule.

—De acuerdo.

Mi propia madre ya me había dado consejos como ese y el discurso de Zyan me recordó que debía estar alerta.

—¿Quieres un poco de agua?

—Sí. —Me levanté, sintiendo que las piernas me flaqueaban extrañamente, y moví los pies hasta que él me agarró por la cintura y me sostuvo con su propio cuerpo.

Aunque no era la primera vez, sentir mi piel tocar la suya directamente, sin ninguna protección, seguía dejándome desconcertada.

—Toma. —Me dio el vaso.

—Gracias. —Tomé unos sorbos para recomponerme y en ese momento mis piernas pudieron sostenerse solas.

—Preparémonos para ir a la cama.

—¿Voy a acostarme contigo? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Si no quieres, puedes volver a la otra habitación.

—Quiero... —Hablé tan rápido que casi me ahogo con el agua.

Sí, realmente quería estar cerca de él.



ZYAN

Capítulo veintiséis

Aquella mañana me levanté temprano y salí de la habitación mientras Regina aún dormía. Me habría gustado despertarla y aprovechar que tenía una esposa con la que acostarme cuanto quisiera, pero había otros compromisos que requerían mi atención en aquel palacio.

Fui a la oficina y cuando llegué Said ya me estaba esperando.

Rodeé la mesa y me senté en la silla de cuero que había detrás antes de encararme con el hombre.

—¿No duermes?

—Me levanto temprano, señor.

—¿Te refieres a que madrugas?

—Siempre estoy listo para servir a Qasir.

—Por supuesto. —Esbocé una sonrisa forzada y enderecé la postura—. Por cierto, tengo algunos temas importantes que me gustaría tratar contigo después del estudio de las reservas de petróleo que hiciste para mí la semana pasada.

—Aún nos queda mucho por extraer...

—Sí —lo interrumpí—. Estoy pensando en cuánto dinero podemos invertir en otras áreas.

—¿Invertir? —Alzó sus cejas grises.

—Sí, estamos cayendo en el pasado. La ciudad está formada por casas viejas, tenemos media docena de edificios, poca tecnología y un transporte público anticuado.

—Pero su padre...

—Mi padre era un viejo retrógrado. Yo ciertamente no seré como él. El petróleo no será el único recurso de Qasir. ¿Has estado alguna vez en Abu Dhabi o Dubai, Said?

—Sí, señor.

—La modernidad que aportaron a los Emiratos es exactamente lo que yo quiero aportar a los míos.

—Puede que las políticas prooccidentales de estos gobiernos no gusten a todas las familias de Qasir, sobre todo a las más tradicionales. Creo que debería reflexionar un poco antes de dar un paso tan drástico. Tal vez debería consultarlo con su suegro.

—Parece ser otro hombre atrapado en el pasado.

—Puede que no quieras ninguna fricción, mi rey.

—Lo que no quiero es que este lugar siga pareciendo una aldea medieval. Tenemos recursos y quiero invertirlos, empezando por la construcción de un aeropuerto comercial.

—Su padre construyó una pequeña pista de aterrizaje.

—Para sus vuelos privados. Quiero que otras personas puedan venir aquí. —Me incliné hacia él y lo miré—. ¿Sabes quién en el resto del mundo conoce a Qasir?

—No, Majestad.

—¡Así es! Yo tampoco. Quiero cambiar eso.

—Parece muy ambicioso.

—Soy muy ambicioso, Said. No voy a conformarme con gobernar un reino medieval mientras el resto del mundo sigue adelante.

—¿Qué piensa hacer?

—Buscar alianzas y fijar objetivos. Quiero que me organices una reunión con el rey de Sahra.

—¿Por qué?

—¿Por qué no dejas de hacer preguntas y empiezas a hacer lo que te he pedido? ¿No es ese tu trabajo?

—Mi rey, su suegro...

—Me importa un bledo mi suegro, Said. Aparte del hecho de que me acuesto con su hija,

nada más me interesa de ese hombre —solté, irritado, para que se callara de una vez por todas.

Los ojos de Said se abrieron de golpe ante mis palabras y yo resoplé, así que decidí continuar la conversación.

—Si quiere que Mamlaka se quede en el pasado, es su problema, pero Qasir tiene que dejar de ser un pueblo y convertirse en una ciudad.

—¿De verdad crees que es necesario? Hemos tenido una buena vida hasta ahora y los cambios muy drásticos pueden significar...

—Una evolución —interrumpí—. Eso es lo que pueden significar, una buena evolución. Si sigues discrepando así conmigo, es muy posible que encuentre un empleado que lo haga mejor que tú.

Tragó en seco y dio un paso atrás, su expresión mostraba que estaba seguro de que yo podía ir más allá de una amenaza. Said y mi padre esperaban que me hiciera con el Emirato, hicieron todo lo que estuvo en su mano para conseguirlo, pero si pensaban que yo actuaría exactamente igual que mi padre y los demás hombres que le precedieron, estaban terriblemente equivocados.

Mi mente estaba alineada con la tecnología, la globalización y el progreso. No iba a permitir que nos quedáramos en un mundo arcaico, anclados en formas y pensamientos antiguos. Todo tenía que evolucionar, incluido Qasir.



REGINA

Capítulo veintisiete

Cuando me desperté por la mañana, Zyan no estaba a mi lado en la cama ni había rastro de él. Por un momento llegué a considerar que lo de dormir juntos había sido una mera ensoñación mía, pero el hecho de que me dolieran mis partes íntimas me recordó que había estado lo bastante cerca como para marcar mi cuerpo con el suyo.

El sexo no era un tema del que se hablara a menudo, mi madre no me había preparado exactamente para esa parte de la vida matrimonial, pero mi marido parecía saber exactamente qué hacer y la experiencia había sido increíble.

¡Tócate!

Me sonrojé solo de pensar en aquel pedido. Me había hecho experimentar sensaciones y descubrimientos que nunca imaginé que experimentaría, y era increíble.

Tenía mucho miedo de esa boda antes de que ocurriera, pero en esos pocos momentos con Zyan, vi la posibilidad de algo diferente. Felicidad...

No era un hombre terrible como mi padre, desde luego no habría matado a su hermano por no estar de acuerdo con él, y el hecho de que permitiera estudiar a su hermana era prueba de ello.

Después del miedo que sentí con mi padre, de la educación reservada, de la muerte de mi tío y de la fuga de mi prima, por fin, aunque mi padre no lo hubiera querido, podría haber encontrado un refugio en ese matrimonio concertado.

Dejé de pensar cuando oí que llamaban a la puerta. Grité que iba a abrir y me apresuré a vestirme, buscando mi ropa por la habitación hasta que la puerta se abrió.

—Hola. —Tiré de la manilla un poco avergonzada y vi a la mujer de pie afuera, mirándome.

—Buenos días, señora.

—¡Buenos días! —Intenté sonreír un poco más.

—He venido a ordenar la habitación y cambiar las sábanas. ¿Puedo pasar?

—Sí. —Di un paso atrás y me alejé para que ella pudiera tener acceso.

Dejé que limpiara el lugar mientras buscaba la habitación donde estaban mis pertenencias para poder cambiarme.

Elegí un vestido limpio y un hiyab a juego en el mismo tono de rosa claro, y salí de la habitación. Mi padre se aseguraba de que mi madre y las demás esposas llevaran el niqab, decía que era para protegerlas de los ojos impuros, pero yo no pensaba que el comportamiento de mi marido significara lo mismo para mí.

Estaba acostumbrada a la forma opresiva en que mi padre trataba a sus esposas y la posibilidad de tener al menos una opción me hizo muy feliz. Seguía la religión, creía en ella y rezaba mis oraciones. Recordaba que mi prima me decía que había otras formas de ser fieles a lo que tenía sentido para nosotros sin dejarnos oprimir, y yo empezaba a verlo a través de Zyan.

Mi padre no creía que pudiera haber un mundo más allá de sus doctrinas extremistas, pero mi tío había seguido las escrituras sin ser tan rígido ni opresivo. Mientras mi tío fue rey, Mamlaka vivió una época más alentadora, pero no podía imaginar cómo sería ahora que mi padre había tomado el poder. El retroceso, sobre todo para las mujeres, podría ser muy grande, pero afortunadamente yo ya no estaba allí.

Cuando salí de la habitación y recorrí uno de los pasillos, me topé con mi suegra, que iba acompañada de dos criadas.

—¡Regina! —dijo mi nombre en voz alta para no ignorarla o fingir que no la había visto.

—Señora.

—¿Has pasado una buena noche?

Mis mejillas se sonrojaron y mi mente se inundó de imágenes, principalmente de su hijo desnudo, pero no era algo que fuera a comentar, así que me limité a asentir con la cabeza.

—Sé que te llevará un tiempo asimilarlo todo, pero quiero que empieces a entender la rutina del palacio. Es mucho para mí sola, así que espero que puedas ayudarme.

—Sería un placer y un honor asumir estas tareas, suegra. —Sonreí un poco torpemente.

—Maravilloso.

—¿La ayudaron las otras esposas?

—Sí. —Torció los labios y no pareció gustarle mucho mi pregunta.

Mi madre también trataba el tema con mucha animosidad. No tenía elección, pero si la hubiera tenido, habría sido sin duda la primera y la única esposa.

—Pero ellas ya no están aquí —continuó mi suegra—. Cuando murió mi marido, mi hijo les ordenó que se fueran a las propiedades que les habían dado como dote. Yo soy su madre, así que me quedé, y mientras él dirige Qasir, alguien tiene que ocuparse del palacio.

—Haré lo que pueda.

—Eso espero. —Ensanchó un poco más su sonrisa y me hizo sentir menos tensa.

Había recordado la advertencia que no solo mi madre sino también el propio Zyan me habían hecho y seguía desconfiando de la mujer, andando con pies de plomo y analizando sus movimientos para no acabar cayendo en alguna trampa.

—Empecemos por la cocina, ¿qué te parece? Puedes aprovechar y comer algo.

—Me parece una buena idea.

Ella me indicó el camino y fuimos juntas a la habitación situada al otro lado del palacio. Mi suegra empezó a explicarme y me habló del equipo encargado de producir la comida que alimentaba no solo a la familia del rey, sino también a todos los empleados de palacio, desde los guardias de seguridad hasta las limpiadoras. Todos eran de la ciudad y vivían en casas alrededor del castillo. Había una gran rutina, horarios que iban y venían, responsables de distintos sectores que tuve que aprender con el tiempo. En el palacio donde yo vivía ocurría lo mismo, pero no solía ser mi responsabilidad asegurarme de que la casa de mi familia funcionara a pleno rendimiento. Allí yo era la matriarca y tenía que asumir ese papel.

Pasamos toda la mañana en la cocina, había muchos detalles, como la compra de los ingredientes y la rutina de elaboración de la comida. Cuando llegó la hora de comer, pensé que vería a mi marido y me hizo mucha ilusión, pero Zyan no apareció.

Evité hacer preguntas a mi suegra que pudieran revelar mi malestar con la situación. Mi padre no dejaba que las mujeres fisgonearan demasiado en sus asuntos ni hicieran demasiadas

preguntas, pero eso no me bastaba para hacer frente a mi ansiedad.

Durante la tarde, mi suegra me enseñó la rutina de limpieza, presentándome a las criadas que se encargaban de ella y también dónde se guardaban todos los productos y quién debía avisarme de la necesidad de nuevas compras.

Cuando nos detuvimos un rato, ya me dolían los pies de caminar todo el día y una amable chica me ofreció un vaso de agua.

—Como puedes ver, hay muchos detalles.

—Sí. —Me incliné un poco hacia delante para volver a poner el vaso en la bandeja.

—Pero pronto te acostumbrarás a todo.

—Gracias por su atención.

—En absoluto. Será más difícil cuando nazcan tus hijos, así que será mejor que aprendas ahora.

—Voy a dedicarme a ello.

—Si estás atenta, lo conseguirás. Ahora te dejaré descansar un rato y podremos continuar mañana.

Asentí y mi suegra me sonrió. En el fondo, pasar el día con ella había sido mejor de lo que había imaginado. Podía estar equivocada, pero no tuve la sensación de que intentara manipularme ni nada por el estilo. Me estaba dando toda la información sobre el funcionamiento del palacio que le correspondía a la nueva esposa del rey y parecía hacerlo de buen grado, a pesar de que el día anterior había discutido con su hijo por la forma en que había decidido actuar con su hermana.

Se llevó a la criada en otra dirección y me dejó sola. Pensé en volver a mi habitación, buscar algo que hacer entre mis pertenencias o simplemente dibujar un poco, aunque solo fuera garabatear, como solía decir mi padre. Sin embargo, sentí que algo se agitaba en mi interior y pensé en la posibilidad de intentar encontrar a Zyan. No tenía ni idea de dónde podría estar mi marido, ya que no le había visto en todo el día, pero tenía la excusa de pasear por el lugar, conocer un poco más cada habitación de mi nueva casa mientras intentaba encontrarlo.

Seguí un pasillo por el que no había pasado con mi suegra. Si no le había visto en todo el día, supuse que estaría en algún sitio donde yo no había estado, cuando giré en una bifurcación y lo vi salir de una habitación, hablando con el hombre mayor que siempre le acompañaba. Antes de que se fijaran en mí, retrocedí unos pasos y me escondí detrás de una de las columnas, manteniéndome en la sombra para que no me vieran.

—Organizaré la reunión con el rey de Sahra como usted desee —dijo el hombre mayor. Said, si es que yo recordaba bien su nombre.

¿Sahra? ¡Nedja!

Sus palabras me recordaron inmediatamente a mi prima. Era en este Emirato donde iba a buscar refugio, y si hubiera llegado allí probablemente se habría escondido bajo la protección del hombre con el que mi marido quería hablar. Si no recordaba mal, el jeque Hassan Khan Al-Abadi no era mucho mayor que mi marido y tenía afinidad con mi tío en muchos temas. Si Zyan quería reunirse con él, significaba que tenían pensamientos similares y eso me entusiasmaba aún más.

Esperaba poder pedirle a mi marido que lo acompañara a esa reunión, y tal vez cuando viera al Emir de Sahra podría pedirle noticias de mi prima. Sería mucho más reconfortante estar segura de que realmente estaba bien y ya no corría peligro.

—Hazlo lo antes posible. Él puede ayudarme a alcanzar los objetivos que tengo para Qasir. También quiero poder reunirme con el rey de Abu Dhabi. Como presidente de los Emiratos y prooccidental, creo que puedo alinear varios asuntos con él y conseguir el apoyo y la alianza que necesito para los cambios que quiero hacer aquí.

—Señor, ¿no cree que sería mejor tomárselo con más calma?

—La calma no es una de mis virtudes favoritas, Said. Solo haz lo que te pido.

—Sí, mi rey. —Aunque estaba disgustado, el hombre acabó accediendo a las órdenes de mi marido. Al igual que la madre de Zyan, no parecía muy entusiasmado con los cambios que se iban a producir allí, pero a mí me gustaban todos—. ¿Y la boda, señor? —Cambió de tema, poniéndome tensa por el aspecto que estaba tomando la conversación—. ¿Está contento?

—Es bonita, dulce, pero podría ser mucho mejor cuando tenga una segunda.

—¿Tienes intención de elegir a otra? —dijo expresando exactamente la pregunta que yo quería hacerle y la espera de la respuesta me hizo sufrir de angustia.

Estaba contenta, satisfecha e ilusionada, imaginando que mi vida podría ser muy diferente de la que llevaba mi madre y de la que mi padre posiblemente había previsto para mí, pero la respuesta de Zyan que llegó poco después echó por tierra todas mis expectativas.

—¿No es esa la ventaja de la cultura de aquí, poder tener más de una? —Se rió como si fuera una broma, pero la frase me rompió el corazón.

Tener que compartir la atención, estar relegada a compartirlo con los demás y la disputa sobre quién era el más importante no era algo que quisiera.

Ni siquiera llegué a escuchar lo que venía a continuación, pero la parte que había oído fue suficiente para que las lágrimas, que no pude detener, corrieran por mi cara.

La ilusión de una buena vida, de felicidad y de un marido diferente a mi padre se desvanecía a medida que lloraba más y más profundamente. Mi breve estancia con Zyan me hizo creer que podía ser un hombre como mi tío Mohammed, alguien que había amado a su mujer y a su hija y les había dado una vida mejor. Pero, desde luego, el discurso de mi marido no se extendía a mí.

Pensé que quizás en cuanto me quedara embarazada podría ser simplemente una madre, sin presencia en su vida. Quizá incluso acabaría siendo enviada a vivir a la casa que él había comprado para mí.

Dejé de correr al llegar a una fuente de uno de los patios interiores. Me senté en el borde, frotándome los ojos mientras escuchaba el sonido del agua correr.

Lo que más me dolía no era el hecho de haberme casado con un hombre que tendría otras además de mí, había crecido así. Lo peor era darme cuenta de que me había dejado ilusionar con la posibilidad de que pudiera ser diferente. Que podría tener una vida feliz y que, además de guapo, sería un buen marido para mí.

¡Tonta!

Desde luego, mi padre no tomaría una decisión que me beneficiara tanto.

Golpeé el agua con la mano, haciendo que temblara y que volaran unas gotas. Me incliné hacia delante y volví a llorar. Quería un refugio, había fantaseado con ello, pero me di cuenta de lo tonta que había sido. Seguía siendo una pieza en el juego de intereses de mi padre y de otro hombre igual o más poderoso.

—Regina... —Me sorprendió oír la voz de mi suegra.

Me froté los ojos aún más fuerte, intentando ocultar mis lágrimas. No quería que se diera cuenta ni que supiera por qué lloraba.

La acompañaba una criada, a la que despidió, apartándola antes de acercarse a mí.

—¿Qué te pasa? —Se aventuró a sentarse en la fuente junto a mí.

—No es nada. —Sacudí la cabeza y sonreí, intentando que me creyera, pero desde luego no lo hice tan bien como me hubiera gustado.

—No se llora por nada.

—No tiene por qué preocuparse. —Me encogí de hombros.

—Eres la mujer de mi hijo. Así que creo que será mejor que me preocupe. Sé que es mucho para un solo día, pero con el tiempo te acostumbrarás a todas las tareas de palacio y fluirán con naturalidad, ya lo verás.

—Estoy seguro de que sí —le aseguré.

Al menos la conversación con mi suegra me distrajo de lo que me molestaba y me hizo dejar de llorar, pero mi respuesta pronto resultó insuficiente para la mujer, porque insistió.

—Parece que no es eso lo que te molesta. —Me observó un poco mejor, inclinándose hacia mí.

—¡Sí, es eso!

—No sabe mentir, señorita.

Me esforcé más por sonreír y creo que eso solo acentuó la expresión de lágrimas en mi rostro.

—Sigo creyendo que mi trabajo es cuidar bien de mis hijos y de este palacio, aunque a él no le guste mucho mi opinión —me dijo con tranquilidad.

—Ha hecho un buen trabajo. —Me aparté al recordar las advertencias de tener cuidado con ella.

—¿En serio?

—Es difícil.

—Pronto te darás cuenta de cuánto. —Me acarició el hombro con más suavidad.

En ese momento, sentí que tal vez no era tan terrible como había imaginado, pero que podía estar engañándome a mí misma otra vez. No pude evitar volver a llorar mientras mi intento de aparentar fracasaba por completo.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa? —Ella insistió.

No debería haber hablado, y mucho menos exponerme así, pero después de perder a mi prima Nedja me sentía más sola que nunca, era como si a nadie más en el mundo le importara mi bienestar.

—Me equivoqué.

—¿Con qué? —Arqueó el cuerpo y enarcó las cejas con marcado aire de curiosidad.

—Con la posibilidad de tener una vida diferente a la de mi madre, pero solo seré otra esposa de un hombre que impone demasiado y no nos deja otra opción.

Abrió la boca varias veces, asimilando lo que le había dicho, pero tardó en hablar de verdad.

—No estoy de acuerdo contigo. —Su respuesta me sorprendió aún más.

—¿Por qué?

—Mi hijo es un hombre impulsivo, pero no es como su padre.

—¿Usted cree eso? Le oí decir a Said que debería intentar encontrar otra esposa pronto. Puede que yo no fuera exactamente lo que él quería, ni tuviera opciones, pero acabábamos de

casarnos y no quería que hubiera otra... —Bajé la cara y mi llanto se hizo aún más intenso.

Había mostrado mi dolor y mi fragilidad a mi suegra, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Regina, sí tienes opciones.

—Pero...

—Mi hijo es joven. Por lo que sé, llevó una vida muy promiscua mientras estuvo fuera de aquí. Sin embargo, puede que aún no se haya dado cuenta de que tener varias esposas no es lo mismo que acostarse con varias mujeres. Tiene que responsabilizarse de cada una de ellas, protegerlas y ofrecerles lo mejor.

—No hay escasez de recursos y su padre tenía otras esposas además de ti. Igual que mi padre.

—Pero Zyan no es como su padre, por mucho que esto me preocupe por cómo va a llevarlo todo a partir de ahora, mi hijo ha convivido demasiado con occidentales como para creer que es uno de ellos. Recuérdalo. Mi marido nunca me escuchó bien, nunca pensó que mi opinión fuera relevante, yo solo era la madre de su heredero y, por suerte o por desgracia, mi marido nunca tuvo más hijos varones, aunque se casó con más de una mujer.

—No sé si me escucharía. —Estaba tan acostumbrada a mi padre que me daba miedo creer en esa posibilidad.

—Tienes que hacer que suceda. Recuérda que eres la primera esposa y depende de ti permitir una segunda.

—Pero no quiero.

—Entonces, recuérdaselo.

Me sorprendió su discurso, nunca imaginé que me animaría a actuar así. Si fuera mi madre, me habría dicho que cumpliera las órdenes de mi marido sin pensármelo dos veces.

—¿Y si no le gusta? —Todavía tenía miedo.

—Sé lo suficiente sobre él para saber que no te obligará a hacer algo que no quieres hacer.

—Gracias.

—Habrá retos por delante, así que será mejor que mantengas la cabeza alta.

La sonrisa que me dedicó me tranquilizó un poco el corazón. Puede que mi suegra estuviera jugando en mi contra, pero en aquel momento la creí porque quería que fuera verdad. Tener una vida diferente a la que llevaba bajo el gobierno de mi padre y una relación diferente era motivación más que suficiente.

No recordaba dónde, quizá en uno de los libros que me había regalado Nedja, había leído que había que encontrar una razón para luchar y la mía podía ser esa.



ZYAN

Capítulo veintiocho

Transformar un Emirato era una tarea mucho más grande de lo que había imaginado. Como él mismo había advertido, Said no era el único que iba en contra de mis deseos. Tendría que enfrentarme a otras familias importantes si quería introducir cambios importantes en el lugar. Para ellos, vivir del petróleo podría ser suficiente, pero no para mí.

Me había pasado todo el día discutiendo con Said, convenciéndole de que tenía que hacer lo que yo quería e intentando demostrarle lo bueno que podía llegar a ser. Ya que aún dependía de su conocimiento para administrar el lugar y no podía simplemente despedirlo.

Apenas tenía tiempo para comer, almorzaba en mi despacho mientras escribía planes e intentaba fijar objetivos. Era una vida mucho más dura de lo que estaba acostumbrado, pero había aceptado este reto y trabajaría duro para cumplirlo.

Estaba agotado cuando por fin decidí dar por terminado el día. Fui al dormitorio a darme una ducha y no vi allí a mi joven esposa. Seguramente mi madre estaría ocupando su tiempo y su mente con las actividades que considerara necesarias. No me importaba mientras Regina se sintiera cómoda con la situación. Mientras tanto, me hacía ilusión verla por las noches. Estábamos empezando a conectar en la cama y quería disfrutar de lo mucho que podía mejorar el sexo.

No tenía ninguna duda de que este era el beneficio del matrimonio.

Cuando fui a cenar, tampoco la encontré y eso fue aún más extraño. Pensé que habíamos pasado una buena noche y que ella quería quedarse conmigo. Las mujeres siempre querían...

—¿Dónde está Regina? —me atreví a preguntarle a mi madre.

—Comió y se fue a su habitación.

—Acabo de salir de allí y no la he visto. —Le señalé que no estaba en la mía como me hubiera gustado.

—Debe haber ido a la suya.

—Mamá, ¿qué has hecho?

—¿Yo? —Parecía sorprendida por mi pregunta—. ¿Por qué crees que podría haber hecho algo?

—Porque pasaste el día con ella.

—Instruyéndola, como es mi papel.

Torcí los labios y no me convenció.

—Imagino que estará cansada. —Se encogió de hombros y volvió a morder su trozo de pan—. Son muchos detalles para que los aprenda en tan poco tiempo.

—No seas dura con ella.

—No quiero asustarla.

—Tengo mis dudas.

—Tu mujer es una buena chica.

No quería que Regina fuera un juguete en manos de mi madre y la posibilidad de que eso ocurriera me asustaba. Toda la influencia que tenía sobre Radja era suficiente. No quería que mis hijas, cuando las tuviera, fueran mujeres criadas solo para casarse. El mundo ya no era así.

Después de cenar, fui a su habitación y llamé a la puerta.

Esperé a oír algo, aunque solo fuera para que me dijera que esperara un poco, pero no contestó.

—¿Regina?

Pasó un rato y no oí nada.

—¿Regina? —insistí, llamando a la puerta.

—Estoy cansada, necesito dormir —por fin dijo algo y no era lo que yo quería.

—¿Estás segura? —Me apoyé en la puerta, esperando motivarla.

—Sí.

—De acuerdo.

Por lo general, a las mujeres que pasaban una noche conmigo les gustaba lo suficiente como para querer más, y yo imaginaba que la había hecho sentir placer para que así fuera, pero ¿me había equivocado? ¿O mi madre le había llenado la cabeza con alguna tontería anticuada?

Como no estaba dispuesto a pasar la noche llamando a las puertas, tendría que esperar hasta el día siguiente para averiguarlo.



REGINA

Capítulo veintinueve

Tal vez debería haberle abierto la puerta y decirle que estaba disgustada, que no quería que tuviera otra esposa como mi mamá me había dicho, pero no pude. Necesitaba ese momento para estar sola, para pensar un rato y asegurarme de que tenía el valor de enfrentarme a él así.

Claro que tenía miedo, mi educación me había hecho creer que no debía imponerme contra la voluntad de un hombre. Mi suegra podía estar equivocada y eso podía hacer que él se enfadara conmigo, cosa que yo tampoco quería.

Mi corazón estaba tan lleno de sensaciones y sentimientos perturbadores que apenas podía controlarlos.

No sé cuándo, pero acabé quedándome dormida, acurrucada en la cama. Dormí hasta el amanecer y me levanté casi en cuanto llegó el personal para las rutinas de la nueva mañana. Desayuné charlando con la gente de la cocina y conociéndolos mejor. Por mucho que insistieran en que me sirvieran en la mesa como se debe tratar a la esposa del rey, dije que quería quedarme allí y eso hizo que les gustara aún más. Demostré que podía ser amable y sencilla, pero la verdad era que quería alejarme un poco más de Zyan. Tenía miedo de que delante de él pudiera echarme a llorar o ilusionarme con sueños que pronto podrían hacerse añicos.

Solo vi a su madre cuando apareció en la cocina.

—Te estaba buscando. —Me sonrió.

—Me estoy adaptando a la rutina.

—¡Qué bien!

Me miró de pies a cabeza, parecía analizarme, pero como no estábamos solas no se arriesgó a hacerme preguntas íntimas sobre mi relación con su hijo. Eso no era asunto del personal.

Pasamos otro día juntas, mientras ella continuaba con la orientación que consideraba necesaria y yo me esforzaba por absorberla. Por mucho que siguiera lidiando con las ilusiones que había creado, poder encontrar mi función en aquel palacio también era bueno y me ayudaría

a mantener la mente ocupada y el cuerpo funcional.



ZYAN

Capítulo treinta

Me tomé un descanso de los asuntos emiratíes para comer con mi madre, mi hermana y, sobre todo, mi mujer, pero ese día eran ellas las que parecían ocupadas, casi como si ese desencuentro fuera intencional.

Como a media tarde tenía una reunión con uno de los representantes de una importante familia Qasir para hablar de mis objetivos, no tuve tiempo de ir tras ellas, pero eso no significaba que me hubiera rendido.

Después de pasar varias horas discutiendo con el hombre e intentando que se diera cuenta de que mi plan era bueno, se marchó y yo sentí que al menos había plantado una semilla para que reflexionara.

—Fue un buen día hoy, mi rey. —Said estaba tratando de motivarme.

—No estoy tan seguro de ello. —No me he sentido tan firme como me hubiera gustado y he sentido que tenía que mantener un pie atrás, sobre todo con los hombres más fieles a los objetivos de mi padre—. Pero ya veremos cómo va con el tiempo.

—Si sigue tan decidido, puede que los convenza.

—Primero tengo que convencerte a ti. —Hice una mueca y lo miré con severidad, pero luego me eché a reír y la expresión de Said se aligeró—. Ahora, si me disculpas. —Dirigí mi cuerpo hacia la salida de la habitación—. Tengo que encontrar a mi mujer.

Caminé por los pasillos, buscándola, mirando a todos lados, hasta que la vi yendo sola a su habitación. Fui tras ella y la seguí más de cerca, pero me di cuenta de que había acelerado el paso, entrando en la habitación casi como si no quisiera que me acercara.

Tiró de la puerta, pero antes de que pudiera cerrarla, me abalancé sobre ella, agarrándola y usando mi cuerpo para impedir que la cerrara antes de que me hablara.

—¿Por qué me evitas? —La miré con seriedad y entré en el dormitorio, dejando que la puerta se cerrara definitivamente, quedándonos solos en la habitación.

—No te evito. —Negó, cruzando los brazos delante de ella en una posición claramente tímida.

—Sí, lo estás haciendo. ¿Qué ha pasado?

—Nada. —Por mucho que su cabeza lo negara, no era suficiente para que lo creyera.

—¿Por qué las mujeres dicen que no pasa nada cuando es obvio que hay algo que las preocupa?

—No tienes por qué preocuparte.

—Regina... —resoplé. Era obvio que tenía que preocuparme. Si ella no quería acostarse conmigo, era obvio que algo estaba pasando y necesitaba arreglarlo para que pudiéramos tener lo que más buscaba en ese matrimonio—. ¿Te he hecho daño?

Negó con la cabeza.

—¿Así que mi madre te ha estado envenenando contra mí? Mira, realmente no estoy de acuerdo con muchos puntos de la visión retrógrada que mi padre le impuso.

—No eres tan diferente de tu padre. —Apretó los dientes, le temblaban los labios y me di cuenta de que podía haber tocado un punto sensible.

—¡Claro que somos diferentes! —Me enfadé.

—¡No, no lo son! Apenas te has casado conmigo y ya estás pensando en buscar otra esposa.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté impulsivamente, sin pensar con claridad al dejarme llevar por la discusión.

—Te oí decírselo a Said.

Iba a preguntarle cuándo, pero entonces recordé un comentario que le había hecho a mi empleado sobre mi matrimonio. Se lo había dicho sin pensarlo realmente, pero en el fondo era cierto. Pensaba que podría tener otras esposas, y sobre todo, otras mujeres en mi cama.

Si hubiera sido cualquier otra persona con la que me hubiera relacionado, podría decir que había llevado la vida que quería, era libre de hacerlo, o solía serlo. Regina no era cualquiera con

la que me había acostado después de un desfile y de la que ni siquiera recordaba su nombre, sino una mujer que había aceptado que se convirtiera en mi esposa.

Esposa...

Esa palabra resonó en mi mente con un significado aún más intenso del que había considerado hasta ese momento.

Regina no era solo uno de mis casos, aunque no la había elegido por amor, la había aceptado delante de todos.

—Puedes hacer como hizo tu padre con tu madre, obligándola a aceptar a otras para poder tener todas las que quieras. Tienes el dinero para hacerlo y nadie lo cuestionará porque está permitido, especialmente para los hombres muy poderosos. —Se puso a llorar y me desconcertó por completo—. Al final, no tengo elección, nunca la tuve. —Sus lágrimas se intensificaron aún más—. Algunos dicen que la primera esposa debe aceptar a las otras, aunque en la práctica es muy diferente. Quiero que sepas que no lo acepto, pero sé que mi opinión es completamente irrelevante.

—Regina... —susurré su nombre y no pude decir nada más porque sus palabras y su llanto me hicieron sentir como un completo idiota.

Me había casado pensando que aquella situación era una broma, que podría seguir divirtiéndome como en Europa, pero el matrimonio era muy distinto a tener una lista de contactos disponibles siempre que me interesara. No solía comprometerme como lo había hecho con aquella chica.

Me la había llevado a la cama y me había acostado con ella como si fuera una chica más. Le quité la virginidad sin preocuparme de lo que pudiera significar para ella.

Pensaba que mi padre era un cabrón, un machista y un idiota. Frente a mí, mi joven esposa me demostraba que yo no era tan diferente.

—¿Puedo estar sola? —sollozaba mientras seguía intentando controlar sus lágrimas.

Había roto varios corazones antes, pero ninguno de ellos era el de mi mujer.

Sentí que tenía que decirle algo, para parecer menos estúpido, pero no encontraba las

palabras adecuadas.

—Por supuesto. —Sacudí la cabeza y salí de la habitación.

Tal vez debería haberme quedado, consolarla y hacerle creer lo que me repetía a mí mismo: que yo no era como mi padre. Salvo que había tratado a mi mujer exactamente como él trataba a la suya.

Me di cuenta de que no había aceptado el matrimonio como debía.

¿Cómo iba a llevar la modernidad a Qasir si seguía tratando a las mujeres como objetos que podía acumular? Quería que mi hermana estudiara, que fuera libre, que mis hijas, si alguna vez las tenía, tuvieran más oportunidades, pero mira lo que le estaba haciendo a mi mujer...

Deambulé hasta sentarme en uno de los patios exteriores del palacio. Había una amplia vista del desierto donde se ponía el sol.

Me agaché para recoger un puñado de arena y dejé que se me escapara de la mano, flotando con el viento.

—¿Por qué esa cara? —Me sorprendió mi hermana cuando se sentó a mi lado.

—Nada. —Me reí para mis adentros cuando me di cuenta de que había actuado de la misma manera que Regina.

—Pareces deprimido.

—Acabo de darme cuenta de que no soy tan diferente de nuestro padre como me gustaría.

La adolescente se dio la vuelta, deteniéndose frente a mí con las manos en la cintura y tapándose el sol.

—¡Sí, eres diferente de nuestro padre! Él nunca me dejaría estudiar en Dubai. A menos que me hayas mentido.

—No te mentí, Radja.

—¿Entonces?

—Pero puede que me haya mentido a mí mismo.

—No tiene sentido.

—No creo que puedas entenderlo.

—Si no lo intentas, no lo sabremos.

—Bueno. —Me reí.

Puede que mi hermana pequeña no sea tan ingenua como yo pensaba, y no me gustaría que lo fuera.

—Tenía la intención de tener otras esposas...

—¿Querías? ¿Significa eso que ya no quieres?

—Me acabo de dar cuenta de que le duele a Regina.

—¡Claro que sí! ¡Idiota!

—Cuida cómo hablas con tu rey.

—En este momento estoy hablando con mi hermano. He oído que en la mayor parte del mundo ya no es bien visto tener más de una boda. Y eso no significa que a las mujeres les guste, simplemente se ven obligadas a tolerarlo. Igual que tenemos que aceptar muchas otras cosas.

Pensé en el matrimonio en Occidente y en cómo funcionaba antes, y reflexioné en silencio durante un rato.

—No amo a Regina.

La verdad era que apenas la conocía, así que ¿cómo podía tener ese sentimiento? En Occidente se decía que el matrimonio era por amor, y la mayoría de las veces podía serlo, pero yo me había metido en él por conveniencia, pensando solo en la parte buena, el sexo. Dejando de lado todas mis otras necesidades y las de ella.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Dejarla en paz o divorciarte?

—Yo... —Me quedé sin palabras otra vez.

Hacerlo sería tirarlo a la basura como si no tuviera ningún valor, y además podría parecerle una ofensa al padre de Regina. Nunca había amado a ninguna otra mujer y había vivido muy bien

sin ese sentimiento, sin saber siquiera si era real.

Dejarla sola e involucrarse con otras podría ser incluso peor que casarse con otra mujer.

La verdad es que solo quería todo esto por el sexo, el placer y las buenas sensaciones, pero, ¿solo Regina podía satisfacerme?

Era preciosa, tenía un cuerpo que me excitaba y era innegable que había mucha química. Sin toda esa ropa podría mirarla toda la noche.

—Sé honesto, Zyan. ¿Realmente necesitas a otras esposas? —La pregunta de mi hermana me agarró desprevenido y tardé un rato en contestar.

—No lo creo —admití.

—¿Y eso no puede ser suficiente para que al menos lo intentes? Estaría bien que fueran una pareja feliz. —Ella suspiró.

—Ahora estás pidiendo demasiado.

—¿No puedo hacerme ilusiones? —dijo con una leve sonrisa.

No respondí a su pregunta porque aún estaba pensando. Recordé las lágrimas de Regina y eso me oprimió aún más el pecho. No quería ser responsable de su martirio, sobre todo porque sabía que ella no tenía elección y había tenido que aceptar casarse conmigo porque su padre se lo había impuesto.

Era innegable que estábamos casados, pero ¿podría llevar una relación con una mujer más allá de una o dos noches de sexo?

—¿Aún quieres ir al Jardín Milagroso? —le pregunté a mi hermana.

—¡Sí, quiero! —Le brillaron los ojos.

—Entonces ve y prepárate.

—¿Hablas en serio?

Asentí y me levanté.

Radja se marchó urgente y desapareció de la vista rápidamente.



REGINA

Capítulo treinta y uno

Todavía no había conseguido dormir. Mis sollozos no habían cesado y tenía hambre, pero no me arriesgué a salir de la habitación. La reacción de Zyan fue extraña y no sabía exactamente qué me pasaría a continuación, pero me sentí bien al sacar a la luz lo que sentía.

Al menos no se había mostrado agresivo ni había empezado a gritarme, imponiéndome que le respetara, y por un lado eso parecía bueno. Era probable que solo hubiera creado expectativas sobre una situación que no iba a suceder e imaginado una vida que nunca había tenido y que probablemente no iba a tener.

Oí unos golpes en la puerta que me tomaron por sorpresa y me inquietaron, aumentando la opresión en mi pecho al oír su voz.

—Regina.

Permanecí en silencio, abrazada a mis rodillas en posición fetal sobre la cama.

—Sé que estás ahí y admito que tienes razón. Casarme con otra mujer sin tu consentimiento me hace como mi padre. No tengo derecho a detestar al hombre que fue si me comporto de la misma manera.

Su frase me hizo darme la vuelta y levantarme, abriendo la puerta.

—¿Qué me estás diciendo? —Hinché el pecho y me armé de valor para mirarlo a la cara, pero me estremecí cuando mis ojos se cruzaron con los suyos.

—Que tienes razón, la primera esposa debe permitirlo.

—No quiero —volví a decir—. Eso significa... —Ni siquiera tuve el valor de terminar la pregunta porque sentía una gran opresión en el pecho.

—No puedo volver a casarme.

No sabía si sentirme aliviada o aún más tensa ante su declaración.

Estábamos callados hasta que el silencio empezó a incomodarnos y Zyan se atrevió a romperlo.

—Tengo una pregunta para ti.

—¿Cuál?

—¿Quieres intentar que este matrimonio funcione o prefieres que te deje libre? No pretendo dejarte en la indigencia, creo que la dote es suficiente para que tengas una buena vida, pero puedo darte más dinero...

—¿Y si quiero que funcione? —me aventuré a preguntar.

Esbozó una sonrisa que alivió la presión de mi pecho.

—Haz las maletas, esposa. Nos vamos de viaje.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido, disolviendo todas mis tensiones y ahuyentando mis lágrimas antes de desaparecer por el pasillo.



ZYAN

Capítulo treinta y dos

Nunca había entendido realmente el significado de un viejo refrán que dice que quien estaba en la lluvia, estaba para mojarse. Me había casado con Regina, y antes de divorciarme de ella solo porque quería sexo, podía disfrutar mejor de la hermosa mujer que era.

No podía ser bien visto por los dirigentes locales llenando el palacio de prostitutas y mujeres fáciles, así que inevitablemente tendría que cambiar de vida. En contra de mi instinto y de muchos de mis deseos, había decidido quedarme y gobernar el lugar. Me había casado con Regina en un acuerdo hecho por mi familia, como era común en el país donde había nacido. No me había enamorado de ella, ni había llegado a conocerla mejor y a salir con ella, como ocurría en Occidente, pero si hubiera pasado toda mi vida allá, eso nunca habría podido ocurrir de todos modos.

Antes de condenar completamente mi matrimonio y dejar sufrir a la mujer que había elegido para mí, sus lágrimas me hicieron dar un paso atrás y recapacitar. Debería darle una oportunidad.

—¿Vas a una cita? —preguntó mi madre en cuanto me vio salir de la habitación con un traje en lugar de la típica ropa a la que ya no estaba tan acostumbrado.

—Me voy a Dubai, tengo intención de quedarme allí unos días. Said se ocupará de todo aquí mientras estoy fuera.

—¿Quieres hacer negocios? —Mi madre tenía más curiosidad de la debida, pero yo estaba de relativo buen humor para responder a sus preguntas.

—Voy a llevar a Regina y Radja a dar un paseo.

—¿Paseo? —Se sorprendió aún más.

—Sí, mamá, pero no te preocupes, volverán enteras. Espero que puedas ocuparte de los detalles aquí mientras tanto.

—Sí... —Seguía pensándoselo, pero pasé frente a ella sin esperar otra pregunta.

Mi madre no aprobaba gran parte de mi estilo de vida ni las actividades que más me gustaban, pero eso no significaba que fuera a cambiarlas por ella.

Radja ya estaba preparada, llevando con una pequeña maleta, cuando pasé junto a ella y avancé por el pasillo hasta la habitación de Regina. En cuanto levanté la mano para llamar a la puerta, ella la abrió y me encontró allí de pie.

—Hola... —Esbozó una media sonrisa que me hizo notar que sus mejillas enrojecían aún más.

—¿Estás preparada?

Asintió con la cabeza.

Extendió la mano para sacar una maleta de detrás de ella y yo hice el mismo movimiento, acabando por colocar mi mano sobre la suya. Regina apartó la mirada y me di cuenta de que estaba desconcertada por mi simple contacto. Su ingenuidad me hizo desear que descubriera aún más lo que podía sentir conmigo.

—Te la llevaré.

—Gracias. —Soltó la correa de la maleta, pero antes de que se alejara demasiado, yo hice lo mismo para poder rodearle la cintura con los brazos.

—Zyan... —Jadeó mientras ponía ambas manos en mi pecho.

—Mírame.

Todavía avergonzada, movió la cabeza de un lado a otro y tardó un rato en armarse de valor para levantar los ojos y mirarme. Sus pupilas se dilataron, oscureciendo aún más el marrón de sus ojos, y sus labios se torcieron, atrayendo mi atención hacia ellos.

Era tan dulce y virginal que hizo aflorar aún más el depredador que hay en mí.

La apreté más contra mi pecho, haciéndola jadear, y tomé una de sus manos de mi cintura, atrayendo su cara hacia mí. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, le metí la lengua en la boca. Ella soltó un leve gemido, pero pronto cedió, demostrando que también quería el beso.

Después de la noche que me había evitado, tenía aún más sed de probarla. Mi mano en su

cintura bajó por la línea de su espalda, agarrando su nalga. Haciendo que presionara sus dedos contra mi pecho.

—Zyan... Aquí no. —Consiguió separarse de mi beso para decir.

—No hay nadie mirando. —Le apreté un poco más el culo y le dejé sentir el bulto que se había formado en mis pantalones. Mi verga estaba dura y, si por mí fuera, nos echaríamos un polvo rápido antes del viaje.

—¡Ah! —jadeó cuando bajé la boca, mordisqueando y besando la línea de su cuello, hasta el principio de su vestido, que para mi disgusto no tenía escote. No me habría importado que llevara ropa menos tradicional.

La hice retroceder, empujándola más hacia el interior de la habitación, y Regina dio un paso tambaleante. Sin embargo, antes de que pudiera cerrar la puerta, la voz de mi hermana fue como un cubo de agua fría muy desagradable.

—¡Zyan!

Regina me empujó con más fuerza y me tocó retroceder.

Mi mujer intentó enderezarse rápidamente cuando mi hermana se acercó a nosotros.

Intenté recomponerme en una mezcla de irritación y decepción, pero esperaba que mi hermana no bajara mucho la mirada, porque mi calentura delataría mi erección.

—¿Qué te pasa? —pregunté en un tono más áspero.

—Los empleados preguntan a qué hora tienes intención de irnos.

Me volví hacia Regina, que seguía desconcertada. Esperaba que mi mujer fuera a pedirme más tiempo, teníamos asuntos pendientes, pero agarró el asa de la maleta y la empujó hacia delante.

—Estoy lista.

—Diles que ya vamos. —Hice un gesto para que Radja nos guiara.

Regina no me miró directamente mientras seguía a mi hermana y yo no me atreví a decir ni una palabra más, aunque seguía un poco frustrado. Supuse que habíamos llegado a un acuerdo

y quería volver a disfrutar de mi matrimonio. Sin embargo, Regina aún no estaba acostumbrada a mis avances y yo tenía que aprender a estar un poco más tranquilo.

El coche que nos iba a llevar y la escolta ya estaban preparados cuando bajamos a la entrada del palacio. El conductor tomó el equipaje de Regina y lo metió en el maletero junto con el mío y el de mi hermana.

Esperaba que tuviéramos un paseo agradable y que pudiera entender mejor qué esperar de aquella boda.



REGINA

Capítulo treinta y tres

Sentada delante de nosotros en la limusina, la hermana de mi marido hablaba del viaje y se hacía muchas ilusiones. Al igual que me ocurría a mí, su padre no parecía permitirle salir de palacio y ver mundo por su cuenta. El hecho de que Zyan fuera responsable de ella en aquel momento parecía haber cambiado mucho su vida.

No solo la suya...

Mi suegra tenía razón cuando decía que Zyan era un hombre diferente a su padre, me escuchaba cuando yo creía que no lo haría y tenía en cuenta mis sentimientos y deseos de una forma a la que no estaba acostumbrada. Eso me hizo inmensamente feliz y me devolvió la ilusión de que este matrimonio podía ser bueno para mí.

Tenía muchas ganas de contarle la experiencia a Nedja, pero seguía sin tener noticias de mi prima. Aunque por un lado la situación me angustiaba un poco, por otro me di cuenta de que desaparecer podía ser lo mejor para ella. Mi prima era la única que tenía el valor y la motivación para instigar la atrocidad que mi padre había cometido contra su propio hermano.

—¡Mira! —Radja me dio un codazo cuando los altos edificios empezaron a aparecer en el horizonte.

Era de noche y había muchas luces que parecían tocar el cielo.

Me sentí como si me hubieran transportado a otro mundo, uno mucho más parecido a las películas que había visto varias veces con mi prima. Nedja ya me había descrito la ciudad, pero verla era completamente distinta a lo que imaginaba.

—Nunca habías estado aquí, ¿verdad? —Zyan se inclinó hacia mí.

—Nunca. —Seguía tan encantada que me costaba prestar atención a lo que decía para contestarle.

—¿Te gusta lo que ves?

—Es precioso.

—Quiero transformar Qasir de esta manera.

—¿Con edificios?

—Edificios, transporte público, tiendas occidentales, modernidad y negocios.

—Me parece una idea estupenda.

—Por desgracia, no todo el mundo está de acuerdo.

—¿Por qué dices eso? —Incliné la cabeza para mirarlo mejor y pude ver las luces de los altos edificios reflejándose en sus ojos oscuros.

—No solo tu padre y el mío siguen anclados en viejas costumbres y tradiciones. Tendré que convencer a muchos hombres importantes de Qasir antes de levantar el primer rascacielos.

—Lo conseguirás.

—Gracias. —Mi marido me sonrió.

Volví a mirar fuera del coche, observando las amplias avenidas, los demás vehículos que nos adelantaban, la gente que paseaba por las calles y las enormes tiendas con vidrieras muy llamativas.

No sabía qué había planeado Zyan al llevarnos allí, pero la experiencia fue increíble. Era la primera vez que experimentaba algo de la libertad de la que tanto me había hablado Nedja.

El mundo es demasiado grande para que vivamos solos en este palacio...

Tantas veces quise que fuera más sencillo, que yo pudiera experimentar el mundo como ella lo describía, pero mi padre era muy diferente al suyo y no lo permitía. Pero ya no era rehén de mi padre.

—¿Adónde vamos ahora, hermano? —preguntó Radja, expresando la misma pregunta que yo me hacía, pero no tuve el valor de hacérsela.

—Al hotel.

—¿Hotel? —La adolescente torció los labios.

—Sí, es tarde. Muchos de los sitios a los que quiero llevarte ya han cerrado. Así que será

mejor que durmamos un poco para poder madrugar mañana.

—¡De acuerdo!

Permanecí en silencio, mirando los carteles de las calles que estaban escritos en árabe y en inglés, un idioma que conocía vagamente por las lecciones que me había dado mi prima.

El mundo globalizado habla inglés, me dijo, asegurándome que nunca olvidaría la necesidad de aprender, aunque pensaba que era poco probable que yo tuviera la experiencia de conocer el resto del mundo como ella.

Nos detuvimos frente a un hotel que parecía una enorme torre, que llegaba hasta la cima, donde las luces parecían pequeños puntos.

Un hombre con el uniforme del sitio se acercó y ayudó a nuestro conductor a sacar las maletas. Las puso en un carrito y las llevó a recepción.

Mientras Zyan hablaba con uno de los hombres que nos habían acompañado hasta allí para garantizar nuestra seguridad, Radja se acercó a mí.

—¡Qué lámpara más bonita!

Sus palabras condujeron mis ojos a la enorme pieza de cristal que había en el centro de la habitación. Había otras iguales y también diversos adornos que hacían de la estancia un lugar lujoso y digno de un rey como mi marido.

Un hombre vestido con un traje rojo oscuro salió de una de las puertas laterales y se acercó a saludar personalmente a Zyan. Se inclinó durante un breve segundo antes de hacernos un gesto para que lo siguiéramos.

El chico nos llevó a un ascensor detrás de la recepción. Luego subimos a la última planta.

Me fijé en todo y no era como la arquitectura de ninguno de los palacios, era más moderna, sin tantas tallas y pinturas en el suelo y las paredes, pero aun así tenía un aspecto exquisito y lujoso.

Entramos en un enorme salón con sofás, televisión e incluso una mesa de comedor. Nuestras maletas estaban en un rincón y Zyan se despidió de los hombres, dejándonos solos a los tres.

—¿Les ha gustado? —Se volvió hacia nosotras.

—¡Es precioso! —suspiré.

—¿Dónde voy a dormir? —Radja movió la cabeza de un lado a otro.

—El piso es muy espacioso. Puedes tomar esa habitación de ahí. —Señaló una de las puertas—. Si necesitas algo, puedes preguntar al personal del hotel en el teléfono que debería estar junto a tu cama. También hay uno por allí. —Señaló el aparato que estaba sobre uno de los muebles de la sala.

—Ah, gracias. —Radja tomó su maleta y la sacó de la habitación.

En cuanto su hermana se fue, Zyan se volvió hacia mí con una mirada tan profunda que me produjo un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—Al fin solos... —Amplió su sonrisa.

—Sí... —El aire me atrapó y me di cuenta de que había perdido el aliento.

—¿Todavía quieres huir de mí?

—¿Huir? —Repetí la palabra, procesando exactamente lo que quería decir con ella.

—Ven conmigo. —Zyan me tendió la mano y pude suponer exactamente lo que quería de mí, pero mi cuerpo se calentó y me di cuenta de que también quería estar a solas con él.

Le agarré los dedos y tiró de mí hacia otra puerta, abriéndola y cerrándola rápidamente tras nosotros. Cuando sus ojos volvieron a posarse en mí, el corazón se me aceleró como si fuera a salírseme del pecho, y temblé mientras esperaba a que me tocara.

Zyan sonrió ampliamente antes de inclinarse sobre mí. Una de sus manos me rodeó la nuca y la otra me quitó el hiyab, tirándolo al suelo y haciendo que el pelo me cayera por la espalda. Los dedos que habían estado en mi nuca subieron hasta mi pelo, tirando de los mechones de una forma que me hizo gemir antes de que su boca se posara en la mía, dominándome por completo.

Respondí al beso mientras su lengua buscaba la mía. Me tomó del pelo, me rodeó la cintura con los brazos y volvió a apretarme contra su pecho firme. Subí las manos por sus hombros con una necesidad insana de acercarlo.

Había huido de él en medio del dolor y de la posibilidad de llevar una vida parecida a la de mi madre o mi suegra, pero si Zyan era realmente tan diferente como él se esforzaba en hacer creer, yo quería poder creerlo. No quería el divorcio, como él me había ofrecido si lo deseaba, sino tenerlo para mí sola.

El deseo latente me abrumó cuando el peso de su palma apretó mi trasero bajo las capas de ropa sin ningún reparo. Zyan no tenía miedo ni vergüenza de tocarme por completo y hacerme experimentar los efectos que podía provocar el contacto íntimo entre un hombre y una mujer.

Encontró la cremallera de mi espalda y me bajó el vestido de manga larga, empujándolo hasta el suelo y dejando al descubierto una camiseta pequeña y unos shorts más ajustados.

—¿No te parece demasiada ropa para el calor del desierto? —Se apartó para mirarme momentáneamente.

—Solo estoy protegiendo mi cuerpo.

—No tienes que protegerlo de mí. —Me puso las manos en la cintura y volví a encararlo mientras mi marido me quitaba la camisa y, por último, el sujetador.

Zyan me agarró el mentón y volvió a besarme, devorando mi boca de una forma hambrienta que me calentaba cada vez más mientras su otra mano empujaba el resto de mi ropa hacia abajo hasta que cayó a mis pies.

Tiró de mí y me levantó, y por acto reflejo le rodeé la cintura con las piernas para evitar que se cayera. Sentí la fría madera de uno de los muebles cuando mi marido me sentó en él. Vi cómo Zyan se abría los botones de la chaqueta y la tiraba al suelo, haciendo lo mismo con su camisa blanca.

Mi curiosidad era tan grande que mi vergüenza no me impidió escudriñar el cuerpo que me mostraba. Su abdomen, los músculos de sus brazos y su amplio pecho. Salivé sin entender muy bien el efecto y levanté la cabeza cuando mis ojos alcanzaron el bulto de sus pantalones.

No se quitó la ropa interior antes de ponerse en cuclillas delante de mí de una forma para la que no estaba preparada. Sus manos firmes me apretaron los muslos y me acercó con fuerza al borde del mueble.

Nos miramos fijamente antes de que Zyan mordisqueara una de mis piernas, acercando su aliento a mi pantorrilla, pasando a mi rodilla y luego deslizando su lengua por el interior de mi cuerpo.

Me hizo arder por completo y me agarré al mueble, clavándome las uñas y tratando de impedir que me revolcara mientras mi núcleo quería estremecerse de placer y necesidad. Se detuvo con la boca en la línea de mi ingle, de modo que su aliento jadeante rozó mi intimidad.

—Zyan... —Me incliné hacia delante, incapaz de controlar el impulso.

La zona entre mis muslos palpitaba en una súplica desesperada para que se diera prisa en llegar. Tenía muchas ganas de volver a sentir su boca saboreándome así.

—¿La quieres? —Habló con la boca muy cerca y la vibración del aire bastó para hacerme perder un poco la cabeza.

—Ya mismo. —Apoyándome en el mueble, incliné un poco más mi cuerpo hacia delante, casi llegando a su boca.

Yo era completamente inexperta en lo que se refería al sexo, mi padre prohibía contenidos que hablaran explícitamente de ello y mi madre siempre se mostraba vaga y temerosa de darme las explicaciones adecuadas. Sin embargo, mi cuerpo parecía conocer muy bien esa necesidad y mostrarme lo que debía hacer.

Las llamas de calor que salían de mi vientre se intensificaron cuando Zyan me agarró por fin de los muslos y llevó su lengua a la zona palpitante, ansioso por saborearla.

Me eché hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared, poniendo los ojos en blanco como si toda la habitación diera vueltas en el momento en que su lengua empezó a bailar sobre mí. Mi cuerpo se derritió para remodelarse bajo aquella deliciosa y suave presión sobre mi mayor punto de placer.

Zyan me estaba saboreando, besando y chupando ahí abajo de una forma tan rotunda que no había miedo por su parte al hacerlo, lo que aumentaba aún más el placer que estaba sintiendo.

Cuando me introdujo un dedo, me incliné hacia delante y le tiré del pelo en un movimiento irreflexivo, pero a él no pareció importarle, siguió con su boca sobre mí.

Sentí que su pulso crecía, la necesidad de que fuera más rápido, más preciso, y le tiré del pelo, animándole a continuar. Mi marido no paró hasta que todo mi cuerpo estalló en un éxtasis tan profundo que me dejó completamente flácida. Mi mano cayó de su cabeza mientras jadeaba, intentando recuperarme de la descarga.

Zyan se levantó, se lamió los labios y se colocó frente a mí. Me besó antes de empezar a bajarse la cremallera de los pantalones y yo me preparé para el momento. Pensé que íbamos a conectar allí mismo, encima del mueble, pero tiró de mí hacia abajo.

—Ven aquí. —Tomó mi mano y la puso sobre el bulto de sus calzoncillos.

—Zyan...

—Te dije que no te avergonzaras de tocarme. —Era completamente imposible resistirse a ese tono de voz.

Admito que también había mucha curiosidad y ganas de probarlo en mí. Lo miré fijamente, temerosa de su reacción mientras mis dedos se abrían paso alrededor de su miembro bajo el ajustado bóxer blanco.

Dejó escapar sutiles gemidos que me instaron a continuar.

Me atreví a deslizar la mano dentro de sus pantalones y tocarle directamente. Esperé una reprimenda, pero en lugar de eso me sonrió y terminó de quitarse los pantalones. Miré a mi marido desnudo mientras lo tocaba y volví a sentir esa necesidad de él, aunque acababa de alcanzar su punto álgido.

Zyan puso su mano sobre la mía, envolviendo mis dedos en los suyos, enseñándome a presionar más fuerte y a moverme más rápido.

—¿Te gustaría devolverme el favor?

—¿Devolverte el favor?

—Sí. —Su sonrisa se hizo aún más amplia y llena de intenciones que yo no entendía, dejándome más asustada.

—¿Cómo? —Había en mí una curiosidad y una necesidad de más que era imposible reprimir.

—Arrodíllate.

Miré al suelo enmoquetado mientras me deslizaba hasta doblar las rodillas frente a él.

Zyan me sujetó el mentón y me levantó la cabeza para que pudiera mirarlo.

—Mucho mejor así.

La vergüenza me consumió cuando me di cuenta de que estaba tan cerca de su miembro que casi me tocaba la cara. Parecía aún más grande y el decoro me desconcertó.

Con la otra mano aún sobre la mía, dirigió la punta para que tocara mis labios.

—Zyan... —Tenía miedo de lo que parecía querer de mí. En aquella posición podía mirarlo bien, su volumen, su textura y las venas que le salían por todas partes. Era indecoroso y al mismo tiempo me hacía salivar la boca.

Me soltó la mano y solo mantuvo la que me tocaba la cara.

—¿Quieres levantarte? No voy a obligarte a hacer nada.

—¿Qué pasa si quiero hacerlo? —Había miedo, pero también mucha curiosidad en mi pregunta.

—Me dará mucho placer tener tu boca sobre mí.

—¿Tanto como lo haces conmigo?

—Demasiado.

Me había dicho que no hacía falta, pero para entonces mi boca estaba salivando tanto y mi curiosidad parecía tan incontrolable que me incliné hacia él y lo besé brevemente.

—Abre la boca. —Me ordenó—. Déjame deslizarme sobre tu lengua.

Seguí sus instrucciones y le dejé avanzar hasta que tocó el principio de mi garganta. Zyan me agarró el pelo con los dedos y me movió la cabeza hacia delante y hacia atrás, indicándome cuáles debían ser los movimientos y luego dejándome hacerlo sola.

Los gemidos que soltó me dijeron que iba por buen camino.

A medida que el miedo se desvanecía, pude disfrutar más del momento, degustando su

sabor y sintiendo de nuevo mi palpitar íntimo. Era delicioso tenerlo en mi lengua, pero había otra parte de mi cuerpo que lo necesitaba más.

—Zyan... —Me humedecí los labios al dejar de chupársela y me encontré con su mirada suplicante.

No dije lo que quería explícitamente, pero fue suficiente para que lo entendiera.

Me tomó de la mano y me hizo levantarme, llevándome hasta la cama. En lugar de estar frente a él como las otras veces, Zyan me hizo tumbarme boca abajo y apoyar las manos en la suave almohada. Mi marido se subió encima de mí y cubrió mi cuerpo con el suyo, así como mis manos con las suyas. Me revolvió el pelo para poder acercar su boca a mi cuello y esto me provocó un profundo gemido mientras su cuerpo se acomodaba contra mi culo y su miembro se abría paso en mi canal.

Se deslizó con facilidad, acomodándose deliciosamente en mi interior y esta vez no sentí dolor alguno. Era delicioso y retorcí mi cuerpo, frotando mi culo contra él, pidiendo más, cuando Zyan empezó a moverse, frotando su cuerpo contra mi espalda y deslizándose dentro y fuera de mí.

Me entregué a las oleadas de efectos que me abrumaban por completo. Era tan delicioso tenerlo así dentro de mí que parecía imposible de describir.

Mordí la sábana cuando se deslizó casi hasta el fondo y me penetró de golpe, haciendo vibrar mi culo con el impacto. Me contraje, envolviéndole con cada embestida e inclinándome todo lo que pude para permitirle llegar más hondo.

Siguió moviéndose, frotándose contra mí y pude sentir cómo se deslizaba con facilidad, no solo porque mi sexo estaba húmedo, sino por el calor provocado por el ejercicio y la fricción de nuestros cuerpos que nos hacía sudar.

Zyan soltó una de mis manos y me agarró una nalga, aumentando la incidencia con la que me penetraba hasta que sentí su semen salir a borbotones. Tras recuperar el control de su cuerpo, se dio la vuelta, tumbándose boca abajo a mi lado en la cama.

—Ven aquí. —Me agarró de la cintura y me hizo girar para que estuviera a su lado.

Pensé que nos íbamos a quedar así, pero Zyan bajó su mano hasta el interior de mis muslos. No me esperaba su movimiento, así que acabé cerrando las piernas, haciéndolo reír.

—¿No quieres que te toque?

—Sí quiero... —admití, mirando hacia otro lado.

—Entonces déjame hacerlo.

Separé más las piernas, abriéndolas de par en par, mientras mi marido bajaba el dedo y empezaba a estimularme. Me agarré a su pecho con una mano y retorcí la sábana con la otra mientras me dejaba estimular. Mi cuerpo quería más, sentía la necesidad de volver a alcanzar esa sensación y Zyan sabía muy bien cómo conseguirlo. Con su boca en mi oreja y la estimulación en mi sexo, pronto no pude resistirme, entregándome por completo al orgasmo cuando me dominó.

Yo aún jadeaba, completamente satisfecha, cuando él se inclinó hacia mí y me dio un besito, luego tomó unos pañuelos de papel de la mesilla de noche para que me limpiara.

Esos momentos fueron maravillosos.



ZYAN

Capítulo treinta y cuatro

Me desperté con ella desnuda en mis brazos.

No era raro que durmiera con mujeres, nunca las echaba de la cama después de acostarnos, aunque no me importara saber cómo se sentían al día siguiente. Pero tener a Regina allí y pensar en todas las responsabilidades que había asumido en relación con ella, aunque no hubiera querido, hacía que todo fuera diferente.

No era como las otras, que podía abandonarlas y no volver a verlas, Regina dependía de mí, de mi cuidado y protección. Había sido educada para casarse con un hombre que se lo proporcionara todo y cada vez parecía más merecedora de que la tratara como a mi reina. Aunque no existía la pasión arrolladora que unía a muchas parejas, ni el amor descrito en libros y películas, me estaba dando cuenta de que podíamos acostumbrarnos el uno al otro en aquella comodidad.

Regina era hermosa, encantadora y atractiva, podía darle un matrimonio estable sin otras mujeres mientras mi cama permaneciera caliente.

Comenzó a agitarse hasta que abrió lentamente los ojos.

—¿Me quedé dormida? —Parecía un poco avergonzada cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

Sacudí la cabeza y dije que no.

—¿Cuándo nos vamos?

—No te preocupes. Puedes descansar un poco más si quieres.

—Tengo muchas ganas de conocer la ciudad e imagino que Radja también.

—En cuanto la matricule en una escuela de aquí, mi hermana tendrá mucho tiempo para explorar el lugar.

—Seguro que estará encantada con la noticia.

—Estoy de acuerdo.

Regina se levantó de la cama y seguí su desnudez con la mirada hasta que se detuvo junto a su maleta, la tomó y la abrió sobre la mesita.

La vi juguetear con algunas piezas, pero no presté atención a qué exactamente hasta que se volvió hacia mí con aire avergonzado y me llamó la atención.

—Zyan...

—¿Qué ocurre?

Me di cuenta de que sostenía un paño negro en las manos y alternaba su mirada entre él y yo antes de aventurarse a hablar.

—Mi madre me regaló un niqab, ahora que soy una mujer casada supongo que querrás que lo use en lugares públicos...

Rodé de la cama, llamando su atención y caminé hacia ella, deteniéndome a su lado y sosteniendo la tela en su mano de modo que mis dedos tocaran los suyos y los otros descansaran sobre su suave mejilla.

—En mi opinión, tu cara es demasiado bonita para taparla. No deberías llevar...

—Pero... —Parecía un poco sorprendida por mi respuesta—. Pensé que te importaría.

Asentí con la cabeza.

—Para mí no necesitas usar nada, si es tu voluntad puedes salir a la calle con el cabello suelto. Eres hermosa.

—Pero he aprendido que...

—Sé que todavía hay muchas normas y leyes que rigen el comportamiento de la gente aquí, pero no voy a imponer nada.

Me dedicó una gran sonrisa y dejó que la tela oscura volviera a la maleta mientras ella elegía tonos más claros y vivos.

Yo también fui a cambiarme, a vestirme para pasar el día con ella y mi hermana, y cuando salí del baño la vi increíblemente guapa con un vestido amarillo y un hiyab blanco que resaltaba la delicadeza y pureza de sus rasgos faciales.

—¿Qué te parece? —Señaló su cuerpo con un poco de timidez.

—¡Estás preciosa!

—Gracias. ¿Se ha despertado ya tu hermana? —Cambió de tema.

—Eso espero.

—¿La invitamos a desayunar en el restaurante del hotel o prefieres que traigan el desayuno aquí?

—Podríamos ir al restaurante. —Ella sonrió, parecía entusiasmada con la posibilidad.

Me resultaba inconcebible cómo ella, mi hermana y tantas otras mujeres se habían criado ajenas al mundo y a lo que ocurría más allá de los muros de aquellos enormes palacios en el desierto.

Salí de la habitación y vi a Radja sentada en uno de los sofás, hojeando una revista que debía de haber encontrado en alguna parte.

—Me alegro de que estés despierta.

—Llevo aquí mucho tiempo. Me preguntaba cuándo iban a salir de esa habitación. —Por su tono me di cuenta de que mi hermana quizá no era tan ingenua como yo pensaba.

—¡Regina! —Llamé a mi mujer y pronto apareció a mi lado.

Las conduje afuera y bajamos a la planta donde estaba el restaurante. Nos sentamos en una mesa con espacio para cuatro y me di cuenta de que las dos miraban todo lo que les rodeaba, absorbiendo cada detalle.

Fui el primero en servirme en el bufé. Estaba más que acostumbrado a sitios así, sobre todo durante mi época de modelo viajando por toda Europa.

Luego aprendieron de mi ejemplo y se sirvieron ellas mismas, volviendo a la mesa con sus respectivos platos.

—Hermano, ¿adónde vamos hoy?

—Milagro Gardem, ¿no fue tu sugerencia?

Movió la cabeza afirmativamente y esbozó una enorme sonrisa.

—¡Sí!

—He oído hablar de eso —dijo Regina, sorprendiéndome.

—¿Lo has oído? —Era mi turno de sorprenderme. Me detuve con el pan árabe a medio camino, sin llevármelo a la boca.

—Mi prima solía visitarlo cuando estudiaba aquí en Dubai y me contaba lo bonito que era.

—¿Tienes alguna prima que haya estudiado aquí? —Mi expresión de asombro no hizo sino aumentar; teniendo en cuenta la forma en que había sido educada, imaginé que a todas las mujeres de su familia se les aplicaban las mismas restricciones.

Regina movió la cabeza afirmativamente, pero no dijo nada más.

—¿Sigue aquí?

—No sé dónde está. —Sus palabras sonaron frías y doloridas de un modo que me alarmó.

—¿Cómo puedes no saberlo? —le tocó a Radja unirse a la conversación.

—Ella... —Regina se inclinó hacia delante con labios temblorosos y empezó a llorar, tomándome completamente por sorpresa porque no me había esperado ese tipo de reacción.

—¿Qué ha pasado? —Le tomé la mano, sin preocuparme de lo que pensaran los demás comensales.

—No quiero hablar de ello. —Apartó la mano.

Su respuesta no me satisfizo, pero no era el momento ni el lugar de enfadarla y causarle otra herida evidente.

—En cuanto terminemos de comer, nos vamos. —Les dediqué una sonrisa a las dos antes de volver a concentrarme en mi desayuno.



REGINA

Capítulo treinta y cinco

Acompañados por los hombres de seguridad, nos dirigimos a nuestro destino. Estaba muy emocionada por visitar uno de los lugares que mi prima me había descrito varias veces como uno de los más bonitos y románticos de Dubai.

Aunque me sentía muy feliz, recordarla y lidiar con las preguntas de Zyan hicieron que mi pecho se sintiera increíblemente apretado. Después de esa nota no tuve más noticias de ella, ni un susurro en el viento. Por mucho que supiera lo importante que era para ella permanecer oculta de mi padre, lidiar con la falta de noticias seguía siendo agonizante.

Pensé en contarle la verdad a Zyan, decirle todo lo que había pasado en palacio y cómo mi padre había dado un golpe de Estado, había matado a su hermano y se había apoderado del Emirato de forma brutal, pero aún no sabía si era correcto decírselo o si debía pasar el tiempo para fiarme en él lo suficiente como para confiarle lo que había hecho para salvar a mi prima.

Por mucho que nos lleváramos bien, temía que aún pudiera contárselo a mi padre y poner a Nedja en peligro otra vez...

—Hemos llegado. —En cuanto lo anunció, mis pensamientos se interrumpieron y miré al exterior. Había un aparcamiento enorme con mucha gente llegando y saliendo, así como una cola enorme en las taquillas.

Vi la entrada, pero me di cuenta de que el lugar estaba rodeado por un alto muro que me impedía ver más allá. Había guardias de seguridad por todas partes, casi como si los nuestros fueran a mezclarse con los que ya estaban allí.

Zyan nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Uno de los hombres que nos acompañaba se acercó a la seguridad del recinto y nos indicaron un lugar por el que podíamos pasar sin tener que hacer cola. Nos dieron a todos un trato especial y no esperaba nada diferente de un hombre como Zyan. No era solo un jeque, era un Emir y un rey.

—¡Wow! —exclamó Radja.

Mi joven cuñada no fue la única que quedó completamente deslumbrada por el entorno.

Había muchas flores en estructuras que iban desde arcos a casas. Eran preciosas, estaban bien cuidadas y parecían transportarnos a un lugar muy mágico que me hizo olvidar que estábamos en el desierto.

Radja iba delante, mirando a un lado y a otro y absorbiendo cada detalle.

—No te alejes demasiado de nosotros —advirtió su hermano en un tono más paternal, temeroso de que la adolescente se perdiera entre tantos turistas.

—De acuerdo. —Se acercó a un lago, con algunos árboles falsos en el centro de los que brotaba un montón de agua en un impresionante despliegue. Las ramas de metal tenían un montón de flores de colores, pero en su mayoría en un tono rosado.

—¡Es precioso! —Radja se volvió hacia mí cuando me detuve a su lado.

—Mucho.

—¡Es él! —Escuché gritar a alguien—. No puedo creer que sea él.

Como hablaban en inglés, no les presté atención hasta que Radja me dio un codazo y me giré, viendo a dos de nuestros hombres de seguridad impidiendo que una mujer se acercara a mi marido.

—¡Suéltame! —Intentó zafarse, estirando la cabeza en dirección a Zyan—. Eres aún más guapo en persona, he estado en varios de tus desfiles de moda.

—¿Desfiles? —pregunté sin entender, no lo bastante alto para que me oyera mi marido.

—¡Zyan Ahmad! —La mujer intentó abrirse paso a la fuerza y todo el mundo la miraba, sobre todo yo—. Hazte una foto conmigo.

—Llévensela, por favor —dijo a los hombres que la sujetaban.

—¿Qué fue aquello? —Me acerqué más a él, olvidándome por completo del jardín que me rodeaba para tratar de lidiar con una sensación que no asimilé de inmediato.

—Debe de ser una fan. —Esbozó una sonrisa amarilla.

—¿Fan?

—¿Qué te parece si nos tomamos un jugo? —Señaló un pequeño merendero en uno de los laterales y nos hizo un gesto a su hermana y a mí para que le siguiéramos. Nos sentamos en una de las mesas redondas bajo un arco de plantas y flores, ocultándonos del sol.

—Ve y pide el menú, Radja.

—¿Por qué yo? —Se enfadó.

—Porque te lo estoy pidiendo. —Puso una expresión seria.

Su hermana refunfuñó en voz baja, pero acabó accediendo y se levantó para hablar con uno de los asistentes.

Zyan se inclinó hacia mí y me llamó la atención.

—Trabajé como modelo mientras estuve en Europa.

—¿Modelo? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Fue una buena forma de mantenerme en marcha mientras le daba la espalda a mi padre.

—¿Pero él lo aprobó?

—Por supuesto que no. —Se rió Zyan—. Fue difícil convencerlo de que me dejara estudiar en Inglaterra, pero como varios otros príncipes herederos lo hicieron, al final cedió, pero no se alegró cuando decidí quedarme allí y no regresar.

—¿Y esa mujer? —Moví la cabeza, intentando buscarla, pero no la encontré.

—Seguro que me ha visto en alguno de mis desfiles de moda. Hubo muchos, no solo en Inglaterra, sino en toda Europa.

—¿La conoces?

—¿A esa?

Asentí.

—No.

Era tal el malestar que me revolvía el estómago que ni siquiera podía disimularlo.

—Regina. —Me tomó de la mano y no le importaba que nos vieran; aunque estuviéramos casados, tocarnos en público era inapropiado y podía hacer que nos castigaran—. Tuve una colección de aventuras.

—Debería habérmelo imaginado. —Tragué saliva y retiré la mano para esquivar.

—El hecho de que me haya casado contigo no cambia lo que yo era.

—Lo sé...

Sí, lo sabía, pero no fue suficiente para evitar que se me estrujara el corazón. Recordé lo que le había oído decir a Said acerca de querer tener otras esposas y tuve que concentrarme para evitar que las lágrimas inoportunas corrieran por mi rostro.

—¡Eh! —gritó, haciéndome mirarla—. Soy un hombre de palabra. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos?

Afirmé con la cabeza.

—Sigo dispuesto a hacer que funcione, pero también depende de ti.

—Quiero que funcione.

—¡Estupendo! Puede que aparezcan otras mujeres así como estas, no podré evitarlo, sobre todo si vamos a Europa, donde mi cara ha aparecido impresa en muchas tiendas y anuncios.

—No quiero que te involucres con ellas.

—Cumpliré mi palabra. —Su postura era tan firme que me convenció e hizo que mi corazón se sintiera más ligero—. Te besaría ahora.

—¡No puedes!

—Esta es una de las cosas que sin duda echo de menos de Europa.

—¿Iremos alguna vez allí?

—Si te gusta esa idea…

—Me gustaría...

—Zyan, ¿has terminado de hablar? —La hermana apareció sosteniendo un menú e

interrumpió nuestro momento.

—¿Qué hay tan sabroso ahí? —Me volví hacia ella cuando su hermano resopló.

—Pensé en pedir un batido.

—Nunca he probado uno —confesé.

—Yo tampoco. —Ella se rió.

—Pide uno para mí también. —Zyan asintió y dejó que su hermana regresara a la tienda, haciendo un gesto a uno de los guardias para que la acompañara.

—Este lugar es precioso. —Volví a mirar a mi alrededor.

—Aún no lo has visto todo. Tomemos un batido y continuemos la visita.

Asentí y le sonreí.

Paseamos por el jardín tomando una bebida fría mientras contemplábamos las esculturas hechas con flores y monumentos como castillos y torres. Fue maravilloso, un paseo digno de los cuentos de hadas.

Quería memorizar cada detalle de aquel lugar para poder recordarlo en mis sueños y en los momentos más difíciles. Porque si había un jardín tan hermoso como aquel en medio del desierto, todo era posible.

Almorzamos allí y disfrutamos del lugar el mayor tiempo posible.

Cuando Zyan nos llamó para irnos, Radja gimoteó un poco, haciendo una mueca que intentaba convencer a su hermano de que cambiara de opinión.

—¿Crees que nos mudaremos aquí? —La miró con expresión seria.

—No estaría mal.

—Graciosita.

—Volvamos al hotel y descansemos un poco.

—Quizás podemos hacer otro programa para más tarde.

—Sí, quién sabe. —No disgustó a su hermana, pero tampoco prometió nada.

Volvimos al vehículo donde nos esperaba el conductor y nos dirigimos de nuevo al hotel donde nos alojábamos durante nuestra estancia allí.

Estaba completamente encantada y sin duda había sido el viaje más increíble que había hecho nunca, pero en el fondo sentía que mi marido podía sorprenderme aún más.



ZYAN

Capítulo treinta y seis

Estábamos en la limusina de vuelta al hotel, con Regina y mi hermana completamente absortas en la vista a través de la ventanilla del vehículo, cuando empezó a sonar mi teléfono móvil.

—Hola —respondí en tono firme.

—Mi rey.

—¿Qué pasa, Said? —pregunté, reconociendo la voz del hombre al otro lado de la línea.

—Me habías informado de tu deseo de reunirte con el jeque de Sahra.

—Sí.

—Estuve en contacto con sus asesores y me dijeron que el jeque se encuentra en Dubai, en la sede de la empresa que posee. Si quiere...

—¡Sí, quiero! —Ni siquiera le dejé terminar la frase—. Organiza una cena o una reunión para que pueda conocer a ese hombre lo antes posible. Tengo muchas cosas que quiero discutir con él.

—Lo haré.

—Genial, avísame dónde nos vemos.

—Tan pronto como sea posible, mi rey.

—Que tengas un buen día, Said. —Colgué la llamada y me di cuenta de que mi mujer me miraba de forma observadora y curiosa.

—¿Hay algún problema? —se aventuró a preguntar.

—No. Hay un hombre que he estado siguiendo su trabajo aquí en los Emiratos y quiero conocerlo. Creo que juntos podemos alinear algunas ideas que pueden traer modernidad a Qasir.

—Parecen buenas noticias. —No entendía muy bien de qué le hablaba, pero aun así estaba motivada.

—Será excelente si todo sale como espero.

—Genial.

En cuanto llegamos al hotel, fuimos al piso y dejé que mi hermana desapareciera en la habitación reservada para ella. Regina no era la única que disfrutaba de la excursión. Pensé que yo también podía aprovechar la ocasión para arreglar los detalles de los estudios de mi hermana.

Radja había pasado mucho tiempo alejada de la civilización y era bueno que experimentara el conocimiento y otras visiones del mundo antes de que mi madre la convenciera de entregarla a un hombre al que la niña apenas conocía.

Cerré la puerta y Regina dio un respingo al darse cuenta de que estábamos solos.

—¿Qué te pasa? —Me acerqué a ella y le puse la mano en la cintura, haciendo que me mirara.

—Estaba distraída, pensando...

—¿Sobre qué? —Insistí en que hablara.

—No es gran cosa.

—Seguro que es algo.

—Tu vida en Europa. —Apartó la mirada, pero acabó confesando.

—¿Qué pasa exactamente con mi vida en Europa?

—Las cosas que hiciste allí.

—Bueno... —Pensé en lo que iba a decir—. Hice mucho allí.

—¿Te gustaba cuando modelabas?

—Me encantaba mi carrera y la vida que llevaba en todos los aspectos. Era libre y vivía lejos de las costumbres de aquí.

—Me he dado cuenta de que no rezas tus oraciones diarias como el resto de nosotros, ¿te has convertido a otra religión?

—Simplemente prefiero creer que quien está ahí arriba es menos rígido y escucha mis

súplicas de otra manera.

Noté que me miraba fijamente mientras asimilaba mi discurso.

Mi padre solía ser fundamentalista, retrógrado y a veces incluso ciego en su forma de juzgar el mundo que le rodeaba. Hombres como él eran sin duda responsables de la visión distorsionada que Occidente tendía a tener de las personas con nuestros orígenes. Cuando me fui de casa, lo único que no quería era ser como él. Nunca dejé de creer en Alá, pero pensaba que podía haber otros caminos.

—Imagino que es difícil de entender para ti, ya que no conoces la diferencia cultural.

—Espero que aún tenga tiempo de conocerla.

—Sí, lo tendrás. —Le sonreí. Me alegré de su discurso y la agarré del mentón, atrayéndola hacia mí.

En el momento en que mi cara se curvó y nuestros labios se tocaron, estaba a punto de profundizar el beso cuando mi móvil empezó a vibrar en mi bolsillo. Maldije, enfadándome aún más, sobre todo cuando ella se apartó.

—¿No vas a contestar?

—Voy a... —Solté un suspiro agudo y descolgué el auricular—. ¡Habla!

—¿Mi rey?

—¿Qué pasa, Said?

—El jeque Hassan Khan Al-Abadi te ha invitado a cenar. ¿Debo decirle que acepta o tiene otro compromiso esta noche?

—¿Cenar esta noche? —pregunté para asegurarme antes de reflexionar.

—Sí, señor.

—Un momento. —Tapé el micrófono del móvil con el dedo y me volví hacia Regina, que me observaba atentamente.

—¿Qué tal si me acompañas a una cena de negocios?

—Nunca he estado en una. —Parecía asustada.

—Estoy segura de que te portarás bien. —Le dediqué una sonrisa, animándola.

Regina asintió y acabó aceptando. Aún estaba un poco avergonzada, pero en el fondo parecía tentada de ir.

El Emir de Sahra, así como los de Dubai y Abu Dhabi, tenían una reputación más progresista que la que yo buscaba para Qasir, si lograba que mi Emirato fuera al menos la mitad de lo que eran esos otros tres, parte de mi misión se completaría a mi muerte y esperaba que los hijos que tuviera pudieran continuar mi legado.

—Dile que iremos —le dije a Said, que seguía esperándome en la línea.

—Sí, lo haré. Que tengan una buena reunión, señor.

—Espero lo mejor de esa cita —alardeé antes de que colgara.

En cuanto volví a guardarme el móvil en el bolsillo, tiré de Regina por la cintura y la hice acercarse a mí.

—¿Dónde habíamos quedado? —Me reí mientras bajaba la boca, pero antes de que nuestros labios se tocaran, ella se apartó de mí.

—Tengo que prepararme.

—Puedes hacerlo en un rato.

—No quiero retrasarme para una reunión tan importante.

—No te retrasarás.

—Tengo que ducharme primero...

—Podemos ducharnos juntos. —Me incliné para hablarle al oído y la forma en que se le pusieron los pelos de punta y puso los ojos en blanco indicaron que había sentido los efectos de mi aproximación.

No quería perder esa oportunidad. Sería genial si pudiera hacer negocios con el otro Emir. Y no solo eso. Creía que una buena conversación con él podría proporcionarme muchos consejos

importantes para mi propio gobierno. Alguien que ya había transformado un Emirato que antes había sido como el mío tenía mucho que enseñarme. Tal vez se le escaparan estrategias que a mí nunca se me habrían ocurrido.

—No sé si deberíamos.

—Ahora estamos casados, Regina.

—Lo sé. —Se sonrojó, pero esbozó una sonrisa que demostraba que le gustaba que se lo recordara.

Teníamos al menos dos horas hasta la cena y esperaba dividir ese tiempo entre una larga ducha y vestirme.

Tiré de ella por la cintura y Regina inclinó la cabeza hacia atrás, dejando su cuello expuesto para que yo lo mordiera. Me subió las manos por los antebrazos y apretó los dedos mientras yo subía hasta su oreja.

Ella misma se quitó el hiyab y su pelo se alborotó y adquirió volumen, atrayendo aún más mi mirada. Aunque no me importaba que la tela cubriera su pelo, sentí una enorme excitación cuando se lo quitó. Como si se revelara completamente ante mí.

Me agaché, agarrándola por los muslos y el rápido movimiento hizo que me rodeara el cuello con los brazos, intentando no caerse, por mucho que yo no fuera a dejar que eso ocurriera. La levanté y la llevé al cuarto de baño, dejándola sobre la alfombra que había fuera de la ducha. También había una bañera al otro lado, pero tendría que dejarla para disfrutarla en otro momento.

Le quité el vestido y empecé a abrirme la chaqueta, sonriendo cuando me di cuenta de que se había ofrecido a ayudarme a quitármela. Me saqué toda la ropa y Regina me ayudó, doblándola y poniéndola sobre el fregadero.

Era como si con cada momento que pasaba comprendiera mejor cómo funcionaba el sexo y fuera capaz de disfrutarlo de una forma que realmente me excitaba. Tuve que confesarme a mí mismo que aunque no me acostaba con una o más chicas diferentes por noche, estaba saciado. El hecho de que le estuviera enseñando, su curiosidad e interés me motivaban a buscar más y ofrecerle más.

Antes pensaba que el sexo en el matrimonio podía ser muy aburrido, pero me estaba dando cuenta de que no era así.

Con una mano abrí la puerta de cristal de la ducha y con la otra la rodeé por la cintura para que pudiera entrar conmigo. Abrí la ducha y dejé que el agua corriera sobre nosotros y mojara mi cuerpo y el suyo.

Sonrió al ver que se nos mojaba el pelo y me quedé mirándola unos instantes, antes de darle la vuelta y hacer que apoyara las manos en la pared de azulejos.

—Zyan... —gimió mi nombre, sorprendido por el movimiento.

No dije nada, solo tiré de su pelo hacia un lado para dejar paso a mi boca y acercarme a su oreja. Apreté mi cuerpo contra el suyo, sintiendo que su trasero me tocaba antes de soplar aire caliente contra su oreja, haciéndola estremecerse entera.

Regina inclinó un poco la cabeza hacia atrás, apoyándola contra mi pecho de forma que pude ver cómo ponía los ojos en blanco mientras sus uñas arañaban la pared.

Mordisqueé su oreja, saboreé su cuello y bajé más hasta su hombro, lamiendo un poco del agua que mojaba nuestros cuerpos.

Ella frotó su trasero contra mí en respuesta a mis caricias y eso solo me puso aún más caliente. Por muy inocente que fuera con el sexo, Regina tenía un cuerpo hermoso y sabroso que en sí mismo era una invitación a la que no podía resistirme.

Levanté una mano, le toqué el vientre hasta acercarme a sus pechos, rodeé los pezones con el pulgar y sentí cómo se endurecían bajo mis caricias. Sus pechos no eran muy grandes, pero encajaban perfectamente en mis manos y me animaban a apretarlos.

Regina intentó contener unos gemidos cuando las agarré a las dos y sus espaldas quedaron apretadas contra mi pecho.

Me froté contra ella, dejándole sentir mi bulto, mi erección y toda la excitación que me producía estar así. Mi boca seguía recorriendo su cuello y su hombro cuando una de mis manos bajó hasta el interior de sus muslos. Regina los separó un poco más, permitiéndome el acceso, y bajé el dedo hasta encontrar su punto de placer. Gimió más fuerte cuando empecé a estimularla

con movimientos circulares.

Mi verga palpitaba enloquecida por entrar dentro de ella, mientras su redondo culo se frotaba contra mí cada vez más en medio de los rebotes provocados por el placer de la masturbación.

Esos gemidos me alimentaban, sus ojos en blanco y su boca entreabierta, intentando respirar mejor, me indicaban que estaba en el camino correcto hacia su placer.

Mi mano, que había estado en su pecho, se movió hacia su cintura y la hice inclinar su trasero hacia mí. Noté la curva y lo bonito que era, pero me contuve para no ir más allá y asustarla. Tal vez lo conseguiría en otra ocasión.

Tiré de ella un poco más hacia atrás y gemimos juntos mientras me deslizaba lentamente, llenando su estrecho y húmedo canal. Ella estaba excitada y esto nos dio un ajuste perfecto sin resistencia.

Agarrándola por la cintura, tiré de ella hacia mí, haciendo que su hermoso culo chocara contra mi pelvis y crepitara por el agua que se derramaba sobre nosotros, salpicando gotas en todas direcciones. Solo mi otra mano permanecía entre sus muslos. Mientras seguía moviéndome de un lado a otro, mi dedo estimulaba su clítoris, aumentando su placer y, en consecuencia, el mío, porque con cada estimulación, su canal me apretaba aún más deliciosamente.

En medio de intensas contracciones y del delicioso roce de nuestros cuerpos, no pude contenerme mucho tiempo y acabé eyaculando. No estaba acostumbrado a dejar que mi semen llenara a una mujer, siempre usaba preservativo, pero con Regina fue diferente.

Crucé mi brazo sobre sus pechos y la estreché contra mí. Seguí estimulándola hasta que sus suspiros se convirtieron en fuertes gemidos, indicando que ella también había llegado a su punto álgido. Además, los movimientos de su vagina terminaron por expulsarme.

Le di la vuelta y la besé, captando los jadeos de su clímax mientras se recuperaba del orgasmo.

Abrió la boca varias veces, pero pareció quedarse sin palabras porque no dijo nada.

—Ahora vamos a prepararnos.

Solo asintió brevemente, apoyándose en la pared porque aún parecía temblorosa.

Ciertamente me encantaba dejar a una mujer así, porque significaba que había hecho un buen trabajo.



REGINA

Capítulo treinta y siete

Me había distraído con el paseo y luego con el sexo, pero cuando subimos al coche para ir a la cena de negocios de mi marido, recordé quién era el hombre con el que habíamos quedado. Lo había visto varias veces con mi tío, eran amigos, compartían ideas y era bajo la protección de este jeque donde teóricamente se había refugiado mi prima.

La posibilidad de verlo llenaba mi corazón de esperanza. Podría tener más noticias de mi prima, asegurarme de que estaba bien, a salvo y feliz. Después de todo lo que había pasado, se lo merecía.

Todavía no había compartido nada de estos sucesos con Zyan, pero cada vez estábamos más involucrados de una forma que ni siquiera sabía si necesitaba guardarle secretos. Sin embargo, por mucho que mi pasión por mi marido se hiciera evidente, no era mi vida la que corría peligro, sino la de mi prima, y aún así tenía que tener cuidado. Si mi padre descubría de algún modo su paradero, Nedja volvería a estar en peligro.

No podía permitirlo. Este pensamiento se hacía cada vez más intenso en mi cabeza. Por mucho que ansiara desesperadamente tener noticias, me corroía por dentro. Si iba a arriesgarme a hacerle alguna pregunta al jeque, tenía que ser muy discreta y no dejar que mi marido se enterara.

—¿Va todo bien? —Zyan se inclinó hacia mí, haciéndome mirarlo.

Me limité a asentir.

—Estás callada.

—Observando las vistas. —Dirigí mi mirada hacia los enormes y hermosos edificios que podía ver a través de la ventana.

—Si mis planes se materializan, habrá varios como ellos en Qasir.

—Estoy seguro de que los habrán.

Zyan me sonrió, pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, me di cuenta de que el vehículo se había detenido. Era el otro jeque quien había elegido el lugar de la cena, pero no

podía tener una vista más hermosa. Me alegré mucho cuando se abrió la puerta y Zyan me tomó de la mano para que pudiera bajar.

Vi un cartel que decía Dubai Marina y había mucha gente yendo y viniendo y haciéndose fotos en algunos de los monumentos decorativos hechos al efecto. En el agua vi barcos preciosos y lujosos, unos más bonitos que otros. Eran encantadores y me dejaron sin palabras.

—¿Vamos a cenar en uno de estos barcos? —Tenía tanta curiosidad que se lo pregunté a mi marido.

—No. —Señaló uno de los edificios del paseo marítimo—. Vamos allí.

Levanté la vista y vi un edificio luminoso con un diseño que parecía una pirámide en lo alto, pero lo que más destacaba era una palabra escrita en grande y muy brillante.

—¿Qué es Ammal?

—Es el nombre de la empresa del jeque Hassan.

—Entendido.

—Vamos. —Zyan indicó con la mano y yo le seguí delante, caminando hacia la entrada del edificio que estaba a pocos metros.

Nos recibió un hombre trajeado con cara seria que nos llevó directamente a uno de los ascensores.

Estaba muy ansiosa, frotándome las manos, tanto como creía que necesitaba para disimular. Así mi marido se daría cuenta de que me pasaba algo, cosa que yo no quería.

—No hay por qué avergonzarse. —Me animó—. Estoy seguro de que lo harás bien.

—Gracias.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, me di cuenta de que estábamos en la última planta del edificio y de que el jeque en persona había venido a recibirnos. Era obvio, porque mi marido tenía un cargo similar y no se merecía menos. Sin embargo, aquel tipo era algo más que un hombre poderoso, podía tener información muy valiosa para mí en aquel momento. Si no la tenía, podría significar que Nedja no había encontrado el refugio que esperaba y que la nota que

yo había recibido era falsa.

Seguía teniendo el mismo aspecto que la última vez que lo había visto con mi tío, el mismo pelo castaño y la misma mirada amable. También era joven, no debía tener muchos años más que mi propio marido y eso habría animado a Zyan a acercarse aún más.

A su lado había una mujer que llevaba un bonito traje bien cortado, con pantalones largos y una chaqueta que le rozaba la cintura. Pero lo que más me sorprendió fue que no llevaba el pelo cubierto de ninguna manera. Llevaba el pelo castaño, brillante y bien peinado. El maquillaje, discreto pero bien hecho, realzaba aún más su belleza.

Me habían educado para seguir las costumbres y no pensar de forma diferente en ningún sentido, pero la mujer que tenía delante no actuaba así.

—Hassan, es un placer conocerte por fin en persona. —Mi marido extendió la mano para estrechársela al otro jeque.

—El placer es mío. —El hombre sonrió con aire amistoso—. No era muy amigo de tu padre y confieso que me sorprendió cuando me dijeron que querías conocerme.

—Yo tampoco estaba muy unido a mi padre. —Zyan se rió como si le hiciera gracia—. Pero ahora que se ha ido y he tenido que hacerme cargo de Qasir, tengo otros planes para el Emirato. Sigo tu trabajo y creo que puedo inspirarme en ti o incluso asociarme contigo para que hagamos algunos negocios.

—Son buenas noticias. —Sonrió—. Sería estupendo hablar más de ello, pero antes me gustaría presentarte a mi mujer. Rosimeire lleva trabajando conmigo en el desarrollo de Ammal desde que nos casamos y sigue de cerca todos nuestros esfuerzos.

—¿Trabajando? —Zyan parecía sorprendido.

—Sí. —Ella sonrió amablemente—. Sé que aquí no es muy común que haya mujeres, sobre todo la esposa de un jeque, pero de donde yo vengo todo el mundo trabaja, independientemente de su sexo. Imagino que eso no será un problema para Su Majestad.

—Desde luego que no. —Zyan tenía una mirada más distante—. Trabajé mucho tiempo en Europa y traté con muchas mujeres en altos cargos. Son muy competentes.

—Muchas gracias. Por desgracia, no todo el mundo piensa así.

—Aún nos queda mucho por evolucionar y precisamente por eso estoy aquí. Creo que podemos compartir ideas que contribuirán a mi Emirato. —Zyan hizo una breve pausa antes de señalarme—. Esta es mi esposa, Regina.

—Es un placer. —La mujer del otro jeque me saludó con un abrazo que me agarró un poco desprevenida y su marido se limitó a asentir y saludar—. Lo siento. —Dio un paso atrás—. Es la costumbre.

—No hay problema.

En el fondo, tenía mucha curiosidad por saber más sobre ella. ¿De dónde era? ¿Se había casado con el jeque en un matrimonio concertado como el mío, o había algo más? Por último, ¿tendría noticias de mi prima?

Fuimos a sentarnos a una mesa en el centro de la sala y observé el entorno. La estructura era piramidal, de cristal, y permitía ver el cielo y el horizonte, sobre todo los barcos amarrados en el puerto deportivo.

—Este espacio es increíble. —Zyan expresó lo que yo estaba pensando.

—Es uno de mis edificios favoritos —comentó Rosimeire—. No es tan alto como el Burj Khalifa, pero gracias a la terraza acristalada ofrece una vista privilegiada de la ciudad. Estamos construyendo uno parecido en Sahra.

—Son edificios como este los que quiero ver en Qasir. —Los ojos brillantes de mi marido mostraban lo entusiasmado que estaba con la idea—. Mi padre y otros dirigentes familiares pensaban que el petróleo era todo lo que necesitábamos para mantener nuestros recursos, pero yo creo que tenemos que prepararnos para el futuro. Proporcionar mejores instalaciones para los lugareños y los turistas. Por desgracia, seguimos siendo un pueblo en medio del desierto y espero que podamos cambiarlo.

—Mi padre siempre tuvo el deseo de cambiar, fue él quien fundó Ammal hace muchos años, pero se enfrentó a muchos retos. Yo los afronto hasta hoy, pero con cada edificio inaugurado vemos la recompensa.

—Imagino que sí.

Un camarero se acercó con nuestra cena y yo me desplomé contra el respaldo de mi silla, esperando a que me sirvieran antes de tomar una servilleta y colocarla sobre mi regazo.

Mientras los tres charlaban, hablando de un tema que sin duda motivaba a mi marido, yo permanecí en silencio, limitándome a observar. Pensé que era mejor así, ya que no podía añadir nada. Sin embargo, la mujer del otro jeque provocó mi curiosidad. Parecía libre y espontánea de un modo que me recordaba a Nedja. Tal vez la mujer que tenía delante tuviera más control de sí misma que mi prima.

—¿Y qué temas le atraen más?

Me sorprendió su pregunta.

—¿Temas?

—Sí. ¿Qué te gusta hacer?

—Yo... —Me agarró desprevenida esa pregunta porque no se me ocurrió una respuesta inmediata.

—Lo siento. —Dio un paso atrás, pero mantuvo su sonrisa—. No quería ser invasiva.

—No, está bien. Me gustaba leer alguno de los libros que me traía mi prima y también dibujar.

—También me encantan los libros, pero ahora leo más libros infantiles debido a mis hijos. Entre el trabajo y criarlos, no me queda mucho tiempo.

—Me imagino, pero pareces feliz.

—Mucho. —Miró a su marido con tanta pasión que me hizo suspirar.

Por la forma en que estábamos casados y por cómo había visto las relaciones de mi padre, imaginaba que ese tipo de sentimiento era imposible.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Me incliné hacia ella con un aire de curiosidad mayor que mi vergüenza.

—Sí, por supuesto.

—Has dicho que no eres de aquí. ¿Vienes de Arabia o de otro país?

—Vengo de otro país, pero no de Asia. Soy de Brasil.

—¿Brasil? —Repetí el nombre del país, tratando de recordar si lo había oído en algún otro momento anterior.

—América del Sur. En Occidente.

—¡Ah! —Me sentí incómoda porque no sabía dónde estaba, pero preferí no insistir e hice otra pregunta—. Debes de tener una familia muy influyente para haberte casado con un rey.

—La verdad es que no.

Enarqué una ceja sorprendida por su respuesta, pero antes de que pudiera preguntárselo, Rosimeire continuó:

—Mi familia es sencilla y no vive en un palacio. Conocí a Hassan cuando vine aquí de vacaciones con una amiga.

—¿No era un matrimonio concertado? —Me sorprendió aún más.

—Yo la elegí —dijo el jeque, orgulloso de ello.

—Y fue muy insistente —dijo su mujer.

—Valió la pena.

—Sí. —Recuperó el aliento y pensé que iba a inclinarse para besarle, pero se detuvo al darse cuenta de que estábamos cerca.

—¡Qué bonito!

Sin duda, un hombre que eligió una esposa de otro país y religión debería proteger a mi prima de las atrocidades de mi padre. Quise preguntar por ella, pero me contuve.

Volví a quedarme quieta mientras comía, tomé unos sorbos de mi jugo y mientras los tres volvieron a hablar de negocios.

—¿Va todo bien? —Rosimeire volvió a inclinarse hacia mí.

Pensé que podría ser mi oportunidad.

—Me gustaría ver más de cerca las vistas, ¿podrías acompañarme?

—Por supuesto. —Apartó su silla, se levantó y me siguió hasta la pared de cristal, desde donde podía ver el puerto deportivo y los barcos amarrados en lo alto—. ¿No es una vista preciosa?

—Muy... —Contuve un poco la respiración y las palabras parecían atascadas en mi garganta, como si fuera completamente imposible sacarlas.

—¿Ocurre algo? —Pareció darse cuenta de mi confusión.

—En realidad, sí —logré decir.

—¿Qué pasa?

—Mi prima... —Tenía miedo de hacer esa pregunta, pero al mismo tiempo los riesgos de que esa mujer hablara con mi padre parecían bajos—. Quería saber si había llegado a Sahra. Si estaba bien.

—Eres Regina de Mamlaka, ¿verdad? —Ella me analizó.

—Lo soy.

—Tu prima me habló de ti. Que la ayudaste a escapar de su padre.

—¿Te habló de mí? —Mi corazón se llenó de esperanza cuando oí eso—. ¿Cómo está? ¿Escondiéndose en tu palacio?

—Está bien, pero ya no está con nosotros.

—¿No? —Volví a tensarme.

—Su padre la ha estado buscando porque aún la considera una amenaza para su gobierno. Ningún emirato está a salvo y, además, existía el peligro de alterar las viejas relaciones entre Sahra y Mamlaka.

—¿Dónde está?

—Dejó Asia.

—¿Adónde se fue?

—Lo siento, pero es mejor que no lo sepas.

—Comprendo. —Bajé la cabeza. Al mismo tiempo que se me oprimía el pecho, enterarme de esta noticia sobre mi prima me hizo sentir mucho mejor. Puede que no estuviera en Asia, pero al menos estaba viva y a salvo.

—¿No quieren postre? —gritó Hassan.

—Sí, vamos para allá. —Rosimeire me hizo una señal para que volviéramos con nuestros maridos.

Durante la cena, no tuve ocasión de preguntar por mi prima, pues me di cuenta de que Rosimeire ya me había contado todo lo que podía. Saber exactamente dónde estaba Nedja podría calmar mi corazón, pero la pondría en peligro de una forma que no deseaba.



ZYAN

Capítulo treinta y ocho

—Me ha encantado la cena —exclamé emocionado mientras nos acomodábamos en el coche para volver al hotel—. Hassan es exactamente el tipo de hombre con el que necesito aliarme. Ve el futuro, la modernidad y no se queda anclado en el pasado.

—Me alegro de que te haya gustado. —Regina se sentó a mi lado.

—¡Mucho! Me imaginaba que también te gustaba su mujer. Una brasileña, ¿quién lo diría?

Aparte de la belleza de la mujer, lo que más me llamó la atención fue que estaba realmente implicada en el negocio de su marido, ayudándole a construir y dirigir aquel imperio. Fue bueno que Regina la conociera para que se diera cuenta de que no tenía por qué ser como mi madre o la suya. Había otras perspectivas.

—Me cae bien. Mi tío hablaba muy bien del jeque Hassan, hicieron negocios juntos.

—¿Tu tío?

Tragó saliva cuando se dio cuenta de que le había preguntado por aquel hombre. Cuando dejé los Emiratos, hace muchos años, recordé que el Emir de Mamlaka no era el padre de Regina, sino su hermano mayor. Solo que para mí era un misterio lo que le había ocurrido a aquel hombre y mi padre eludía mis preguntas.

—Sí.

—¿Qué le ha pasado?

—Un terrible accidente. Se cayó por una de las escaleras del palacio.

—¿Un hombre sobrio cayendo por unas escaleras? —La interrogué más porque aquella explicación me parecía extraña y, para desgracia de mi mujer, no era buena mentirosa. En sus ojos estaba claro que algo iba mal.

—Eso es lo que dicen. Yo no lo vi. —Intentó esquivar mi pregunta, pero necesitaría más que eso para convencerme.

—¿Quién dice eso?

Giró su cara, mostrando incomodidad. Por mucho que no quisiera decírmelo, pensé que sería mejor insistir en averiguarlo.

—Zyan...

—¿Qué sabes que no quieres decirme?

—No sé nada.

—Regina. —Me incliné hacia ella, le sujeté la cara y atraje su mirada hacia mí, haciéndola sentir aún más incómoda.

—Por favor... —Gimió, con los ojos llorosos.

—¿Por qué no me lo dices?

—¿No te lo ha dicho mi padre? Son aliados...

—¡Hey! Pensé que este tiempo juntos había sido suficiente para que te dieras cuenta de que no soy aliado de tu padre. El mío lo era, pero yo no lo soy.

—¿Quién me lo garantiza?

—Te lo garantizo. —Le acaricié la mejilla con el pulgar—. ¿No te he demostrado que puedes confiar en mí?

—No se trata solo de mí.

—Ciertamente se trata de tu tío.

—Sí...

—¿Lo mató tu padre? —Hice esa suposición queriendo saber y parecía cada vez más evidente por la incomodidad de mi esposa con el tema.

Regina tragó saliva y permaneció retraída.

—Confía en mí.

—Si te lo digo, podría pasar algo terrible.

—Créeme, no estoy tan loco como para desafiar a tu padre, pero me dirías con quién me

estoy metiendo para tener más cuidado.

Respiró hondo y yo la acerqué más, apoyándola en mi pecho para que se sintiera segura y pudiera hablar.

—Mi tío pensaba lo mismo que tú y Hassan. Quería que Mamlaka fuera más moderna y defendía el derecho de las mujeres a elegir su propia vida, a trabajar y a estudiar. Mi prima vivió aquí muchos años, fue a la universidad, conoció otra cultura y otra gente. Era hija única y su padre la mantenía. Mi tío quería tanto a su mujer que no pudo volver a casarse ni tuvo más hijos. Nedja era su princesa y mi prima fue muy feliz durante el tiempo que vivió su padre. Ella me transmitió parte de esa felicidad. Pero el mío siempre pensó que su hermano era débil, que no gobernaba como Mamlaka necesitaba y que no estaba de acuerdo con las ideas relacionadas con Occidente. Aún recuerdo sus discusiones, eran muy frecuentes, pero nunca pensé que fuera a ir más allá hasta que mi padre tomó la terrible decisión de matar a su hermano y hacerse con el poder.

—¿De verdad mató a tu tío? —Me quedé estupefacto.

¿Cómo podía un hombre tan cruel ser el padre de una mujer tan dulce y cariñosa como Regina?

Ella se limitó a asentir.

—¿Y qué le pasó a tu prima? —Quería saber más—. ¿Tu tío la casó con uno de sus aliados?

Mi mujer volvió a ponerse tensa. Me di cuenta de que hablar de su prima le molestaba, pero podía confiar en mí, de ninguna manera iba a hacer nada que les perjudicara y yo seguía conmocionado por sus revelaciones sobre la muerte de su tío.

—No se lo diré a nadie.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. Imagino que mi padre aprobó lo que hizo el tuyo, pero créeme, yo no soy así.

—Mi padre la encarceló en una de las celdas del palacio.

—¿Sigue encerrada? —Mi asombro fue en aumento.

—No. —Regina negó con la cabeza—. La ayudé a escapar. Huyó al desierto y no supe mucho de ella.

—¿Crees que sigue viva?

—Sí, lo está.

Tu respuesta me hizo unir algunos puntos en mi cabeza. Siempre he sido muy observador y de repente tenía sentido que mi mujer se fuera con la mujer de Hassan lejos de nosotros. Si Hassan era un aliado, podría proteger a su prima.

—¿Está con el jeque de Sahra?

Regina abrió los ojos ante mi suposición.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Ni siquiera conocías a su mujer y de repente estabas cuchicheando con ella. Eres demasiado tímida para hacer amigas tan rápido, sobre todo con una mujer tan diferente.

Regina abrió la boca varias veces sorprendida por mi conclusión, pero no salió ningún sonido mientras pensaba.

—No puedes decírselo a nadie.

—No lo haré —le aseguré—. Quizá podamos verla si visitamos Sahra.

—Ya no está allí.

—¿Por qué no?

—Rosimeire me dijo que no era seguro, mi padre la está buscando. Cree que mi prima podría hacer algo contra su gobierno. Si la encuentra, puede que no la vuelva a ver con vida.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. —Por tu tono me di cuenta de que decía la verdad—. Es mejor que yo no lo sepa.

—No dejaré que tu padre te haga daño —prometí en tono enfático y decidido.

—Eso no se puede garantizar.

—Sí que puedo. No es el único con un ejército. Puede que tenga aliados, pero yo también haré algunos. Además de muchos en Occidente que me apoyarían. Lo más importante de todo es que te has casado conmigo, ya no eres de su propiedad. Estarás a salvo.

Regina me miró fijamente, con los ojos entornados y los labios torcidos, antes de inclinarse y darme un beso. Aunque estábamos solos en la parte trasera de la limusina, su actitud me sorprendió. Normalmente era yo quien buscaba sus caricias y toqueteos, pero su beso demostró que confiaba en mí.

No estaba hablando en vano, Regina era mi mujer y no iba a permitir que le ocurriera ninguna atrocidad, aunque tuviera que enfrentarme a su padre.



REGINA

Capítulo treinta y nueve

Quizá no debía confiar en él, Zyan aún podía intentar sacarme información, pero cada vez era más protector y lo único que necesitaba era un puerto seguro. Aunque había muchas razones para mi miedo, lo necesitaba a él. Era feliz y solo quería que fuera verdad.

Cuando entramos en la habitación del hotel, Radja se levantó del sofá y vino hacia nosotros.

—¿Qué tal la cena?

—¿No deberías estar durmiendo?

—Ah, Zyan, estaba viendo la televisión. ¿Sabes cuándo puedo hacerlo en casa? Nunca. Mamá siempre se mete conmigo como si estuviera perdiendo el tiempo.

—Ok, pero ahora es hora de irse a la cama.

—No me han dicho nada de la cena —insistió, parpadeando en un intento de convencernos.

—Fue muy interesante. —Sonreí a mi cuñada—. La mujer del jeque Hassan es encantadora y muy inspiradora.

—He leído sobre ella en alguna parte. Es extranjera, ¿no?

—Sí, y trabaja con él en la empresa.

—Increíble.

—¿Quién sabe si algún día serás una mujer así? —la animó Zyan.

—No sé si mamá apoyaría eso.

—Creo que es posible. —Toqué el hombro de Radja—. Tu madre no es una mala persona.

Ambos se volvieron hacia mí, dejándome completamente desconcertada.

—¿Qué ocurre?

—¿La estás defendiendo? —Zyan torció los labios.

—Tengo mis razones.

—Me encantaría saber cuáles son.

Radja movió la cabeza negativamente y se fue riendo a su habitación.

Zyan me rodeó la cintura con el brazo y me guió hacia nuestra habitación.

—¿Estás defendiendo a mi madre? —me refunfuñó.

—¿No puedo?

—Te dije que tuvieras cuidado con ella.

—¿Has pensado alguna vez que tu madre simplemente no tenía opciones? Como dices, ella no es como tu padre.

Zyan frunció los labios y se quedó pensativo. Me di cuenta de que lo que había dicho le había hecho pensar en su madre de otra manera.

—Podrías tener razón. —Acabó admitiéndolo y me hizo sonreír.

Su madre tenía ciertamente sus pensamientos y sus temores, pero si no hubiera sido por sus consejos quizá no habríamos estado allí.

—Voy al baño. —Se alejó de mí y, en cuanto cerró la puerta, el teléfono del dormitorio empezó a sonar.

Me quedé mirando el aparato junto a la cama, pensando si contestar o no, hasta que lo descolgué al último timbrazo. Podría ser alguien del hotel con información importante.

—¿Hola?

—¿Regina?

Me quedé completamente paralizada por la voz que oía al otro lado. *¿Estaba soñando?* ¿O alguien que sabía mi nombre tenía una voz exactamente igual a la suya?

—¿Nedja? —Me arriesgué.

—Sí, soy yo.

—¡Por Alá! —Estaba tan sorprendida que no sabía si reír o llorar—. Pensé que nunca volvería a saber de ti.

—Yo también. —Respiró hondo al otro lado de la línea.

—Me alegro de que llegaras a Sahra y encontraras refugio. Temía que mi padre te encontrara o que murieras en el desierto.

—Estuvo cerca —parecía tensa al recordar aquellos momentos—, pero tuve ayuda.

—Hablé con la esposa del jeque Hassan hoy, me dijo que estuviste allí. Estoy tan aliviada, Nedja. No sabes cuánto me preocupé por ti.

—Si no hubiera sido por tu ayuda, seguro que no estaría aquí. Muchas gracias, Regina.

—Tenía que hacer algo por ti. No podía dejar que te quedaras en esa celda, pero, ¿cómo conseguiste este teléfono para hablar conmigo?

—Fue mi marido. Él puede hacer cualquier cosa.

—¿Marido? —Esa información me sorprendió por completo.

Nedja siempre ha tenido un espíritu libre y pensé que sería la última de nosotras en casarse.

—Es una larga historia.

—Tienes que contarme qué te ha pasado.

—Cálmate, en otro momento. Solo quería saber de ti y saber cómo estabas. Hace mucho que no tenemos ocasión de hacerlo y echo de menos a mi prima favorita.

—Yo también te echo de menos —murmuré al ver que Zyan salía del baño y se detenía a un metro de mí, observándome sin decir nada.

—Sé que está casada, que ya no está en Mamlaka.

—Es verdad.

—¿Estás a salvo?

Miré a Zyan y me dedicó una sonrisa, aunque no sabía de qué podía estar hablando por teléfono.

—Sí.

Me sentía tan segura como nunca me había sentido. A pesar de algunos contratiempos al principio, sabía que el hombre que mi padre había elegido para casarme era mucho mejor que él, aunque ciertamente nunca lo había previsto.

—Cómprate un teléfono móvil. Será más fácil hablar por él. Pero ten cuidado.

—Tú también.

—Hasta luego, Regina.

—¡Nedja! —Llamé a mi prima, pero la llamada ya se había silenciado, sin espacio para que yo insistiera.

—¿Era ella? —Zyan se acercó a mí y se sentó a mi lado en la cama.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo te encontró aquí?

—Dijo que mediante su marido.

—¿Qué marido? —Estaba tan interesado en ese tema como yo.

—No lo sé.

—Al menos está bien. —Zyan me tomó la mano y la puso sobre su regazo.

—Sí. —Esa información me quitó un peso incalculable del pecho.

Me dolía mucho pensar que a mi prima le podía haber pasado algo terrible y por fin oír su voz me calmó. Mis esfuerzos por provocar la ira de mi padre habían dado resultado porque ella estaba bien.

—¿Zyan? —Llamé la atención de mi marido.

Levantó la cabeza y me miró con tanta firmeza que sentí que un escalofrío me recorría desde la base de la columna vertebral, pero traté de ignorarlo para no distraerme.

—¿Puedes conseguirme un teléfono móvil?

—¿Teléfono móvil? —Parecía sorprendido por mi pregunta y me dio escalofríos, temiendo haber pedido algo que no debía. Recordaba demasiado bien cómo me había regañado el otro día cuando le pedí uno—. ¿No tienes?

Negué con la cabeza.

—Mi padre no creía que debiera, que no era necesario. Rara vez salía de palacio y siempre iba acompañada. Nos dijo a mis hermanas y a mí que un teléfono móvil podía aportar información que las chicas puras como nosotras no debíamos tener.

—¡Qué absurdo! —resopló—. Mañana iremos de compras y podrás elegir el que quieras.

—¿Hablas en serio? —Mi sonrisa se iluminó de emoción.

—Sí.

—Gracias. —Me incliné hacia él y lo rodeé con mis brazos.

Me acarició la mejilla y me dio un beso rápido.

—Siento no haberme dado cuenta antes de que no tenías uno.

—De todos modos, no había mucha gente con la que quisiera hablar.

—Ya no necesitas estar aislada del resto del mundo. Puedes acceder a lo que quieras.

—Muchas gracias.

—No deberías darme las gracias. —Su tono se volvió más firme—. Debería ser un derecho fundamental para todas las personas, independientemente de su sexo o religión. Me parece absurdo que algunos individuos quieran determinar lo que otros pueden y no pueden hacer.

—No todo el mundo piensa como tú.

—Espero que esos pronto desaparezcan del planeta. —Se echó a reír.

Ojalá fuera tan sencillo, pero yo ya estaba muy agradecida de tener libertad desde ese momento y de saber que había hombres entre nosotros que tenían una visión diferente a la de mi padre, como mi marido y el jeque Hassan.

—Vamos a la cama. Ha sido un día ajetreado. Mañana nos ocuparemos de esos detalles.

Asentí y me levanté, yendo al baño a prepararme para ir a la cama. Estaba deseando que llegara el día siguiente y me alegraba de haber hablado, aunque fuera brevemente, con mi prima.



ZYAN

Capítulo cuarenta

Yo creía que al mundo le quedaba mucho camino por recorrer, incluso en Occidente, pero oír decir a mi mujer que no tenía móvil porque su padre creía que no debía me sorprendió. Un aparato así era básico para todo el mundo en el siglo XXI y no entendía cómo había estado tanto tiempo sin uno.

Había acceso a la información, a Internet, a las redes sociales e incluso a cuentas bancarias y otras aplicaciones, pero nadie debería verse privado de algo así. Tener un teléfono móvil era tan necesario que parecía banal.

Me desperté por la mañana y me acerqué a la ventana, que daba a una amplia avenida por la que pasaban coches en ambas direcciones y había otros hoteles y restaurantes al otro lado de la calle. Era increíble que, incluso en medio de toda la modernidad y los avances del mundo, hombres como Hassan y yo siguiéramos causando extrañeza.

Esperaba que mi padre y el de Regina se convirtieran pronto en la excepción, ancianos estancados en pensamientos y visiones completamente anticuados. El mundo había evolucionado y era mejor que todos hicieran lo mismo.

Regina se dio la vuelta en la cama, gruñó al despertarse y yo me giré justo cuando ella se incorporaba, sacando las piernas de debajo del colchón.

—Hola...

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—Dormí. —Se frotó los ojos mientras bostezaba.

—Eso está bien.

—¿He pasado demasiado tiempo en la cama? —Parecía preocupada.

—Para nada, yo también me acabo de levantar y puede que Radja siga durmiendo. Seguro que anoche se quedó viendo la tele hasta muy tarde.

—No la juzgaría por eso. —Se levantó, haciendo que la tela de su jersey se moviera con

sus pasos—. Yo también tendría curiosidad por mirar.

—Podemos pasarnos el día viendo la televisión.

Ella lo negó, moviendo la cabeza.

—Dijiste que íbamos al centro comercial.

—Vámos. —Hinché el pecho, recordando la promesa como si fuera una deuda—. Le diré a Radja que se prepare para que podamos bajar a desayunar e irnos.

Mi mujer asintió y salí de la habitación, llamé a la puerta de mi hermana y esperé a que viniera a contestarme.

Tardó un rato y, cuando por fin tiró de la manivela, me reí al ver sus ojos pequeños y hundidos.

—¿Acabas de irte a dormir?

—Hace unas horas... —Bostezó.

—Debería haber ido antes.

—No te enojes conmigo.

—No pelearé, pero puedes quedarte aquí y dormir sin salir de tu habitación, o acompañarnos a Regina y a mí de compras.

—¿De compras? —Los ojos de mi hermana se abrieron de par en par y empezaron a brillar.

—Exactamente.

—Pronto estaré lista. —Cerró la puerta, dejándome fuera.

—Adolescentes. —Me reí a carcajadas y por un momento me pregunté cómo sería mi relación con mis propios hijos.

Antes de volver a los Emiratos no pensaba en ello, tenía cuidado de no dejar embarazadas a las mujeres con las que me relacionaba y llevaba una vida bastante solitaria. Sin embargo, al casarme con Regina, todo cambió demasiado deprisa. No quería comprometerme, y mucho

menos ser fiel a una mujer que se había impuesto en mi vida, pero estábamos juntos y tenía que tener en cuenta la necesidad de respetarla y cumplir sus deseos. No podía negar lo hermosa y dulce que era, y el sexo era cada vez mejor.

Yo no usaba ningún método anticonceptivo con Regina, y también imaginaba que ella no lo hacía, un embarazo sería una consecuencia en cualquier momento y pensarlo me hacía reflexionar. Los jeques tenían una familia bastante numerosa y eso era lo que probablemente esperaban de mí, a pesar de que yo ya había dejado claro, sobre todo a Said, que había llegado para romper viejos paradigmas.

Pero en el fondo, al pensarlo, me di cuenta de que quería hacerlo. En esa nueva vida, asumiendo la posición de un hombre casado, tener hijos me haría feliz. También me daría la oportunidad de hacer las cosas de otra manera en muchos de los aspectos en los que no estaba de acuerdo con mi padre.

Cuando volví al dormitorio, vi a Regina terminando de arreglarse, abrochándose el hiyab alrededor de la cara y ocultando su regazo con la tela. Estaba preciosa, aunque fuera completamente tapada, pero me gustaba mucho pensar en cómo sería quitárselo todo.

—Zyan. —Se dio la vuelta, sorprendida de verme mirándola.

—Viéndote con toda esa tela, no dejo de pensar en el color de tus bragas y de tu sujetador y en cómo me encantaría que no llevaras nada de eso.

Abrió la boca, pero no emitió ningún sonido, solo sus mejillas se sonrojaron mucho y eso fue más que suficiente para mostrar su vergüenza.

—No puedo salir desnuda a la calle. Creo que ni siquiera en Occidente —dijo mucho después de recuperarse de la vergüenza.

—Claro que no —coincidí con ella—. Pero eso no me impide imaginarlo. —Me humedecí los labios como un depredador y ella volvió la cara, mostrando su desconcierto ante mis avances.

—¿No deberías cambiarte tú también?

—Ya voy. —Fui hacia mi maleta.

Enseguida bajamos juntos al restaurante del hotel. Radja fue directa a la mesa del bufé,

eligiendo las opciones que más le habían interesado el día anterior. Regina se acomodó en una mesa y esperó a que ambos nos sirviéramos antes de levantarse.

Después de desayunar, el chófer nos llevó al Dubai Mall, el mayor centro comercial de la ciudad, y el equipo de seguridad nos acompañó de cerca. Después de todo lo que había visto y, sobre todo, oído, era mejor no pasear sin protección.

Mi mente se hacía un nudo al pensar que el padre de Regina era capaz de matar a su propio hermano solo porque no estaba de acuerdo con él. Tenía que tener cuidado, sobre todo porque no estaba actuando según los preceptos que mi suegro creía correctos.

Tenía temores, pero pensé que era mejor no compartirlos con Regina. Después de todo lo que había pasado mi mujer, solo quería que se sintiera segura y protegida a mi lado.

Nada más entrar, la vi a ella y a mi hermana maravilladas con el lugar, girando la cabeza para observar cada detalle que las rodeaba. Había visto otros más grandes que este en mis innumerables viajes, pero era lo suficientemente enorme como para encantar, sobre todo a alguien que nunca había estado en uno.

—Parece un palacio —comentó Regina.

—Es mucho más grande que un palacio —corrigió mi hermana.

—Es solo un centro comercial. —Las guié para que pudiéramos seguir caminando.

—Ni siquiera sé adónde vamos primero. —Radja se movía un poco desorientada con tantos estímulos y opciones.

—A una tienda de electrónica para comprarle a Regina un móvil. Imagino que tú también querrás uno.

—¿Teléfono móvil? —Se emocionó aún más—. ¿De verdad me vas a dar uno?

—Vamos allá. —Me reí mientras guiaba el camino.

Pasamos por delante de una galería con marcas famosas de todo el mundo, para muchas de las cuales yo ya había desfilado o posado en campañas publicitarias. No les dije nada a ellas al respecto y nos dirigimos a unas escaleras mecánicas que nos llevaban a la última planta. Para mi sorpresa, ellas tampoco habían subido nunca a una escalera así. Realmente se habían criado

completamente ajenas al mundo.

—¿Vas a hacer una de estas en Qasir? —se aventuró a preguntarme Regina cuando se le pasó el susto que le causaron los peldaños móviles de la escalera.

—Quizá no de este tamaño, pero espero construir una pronto.

—¡Va a ser increíble! —Radja lo celebró.

—Tengo muchos planes que podría poner en práctica con la ayuda del jeque Hassan y su empresa. Sin duda, los cambios que ha introducido en Sahra me han inspirado mucho.

—Lo harás muy bien. —Mi mujer me animó.

—Eso es lo que más me apetece.

—Estoy seguro de ello.

Nos sonreímos y mis ojos se clavaron en los suyos. Tenía ganas de besarla y lo habría hecho en público sin pensar en las posibles consecuencias si no hubiera sido por el grito excitado de mi hermana.

—Mira allí. —Señaló una tienda con varios teléfonos móviles expuestos a la entrada—. Debe de haber algo interesante.

—Desde luego que sí.

Ella y Regina abrieron el camino y no me molesté en contener su emoción. Era su día y quería que se divirtieran y disfrutaran del momento. Para mí todo era banal, ordinario, pero para ellas era su primera experiencia y merecían disfrutarla.



REGINA

Capítulo cuarenta y uno

Una vendedora nos enseñó varios aparatos, nos explicó características que yo no entendía y Zyan no se entrometió, dejándonos a su hermana y a mí elegir lo que más nos gustaba. Después de mirar varios y agobiarnos con las dudas, las dos acabamos eligiendo el mismo modelo.

Cuando salimos de la tienda, cada una con su bolsa que contenía un aparato, me volví hacia mi marido.

—¿Nos vamos ya?

—¿Quieres irte?

—No, pero... —No sabía qué decir.

—Entonces que no te preocupes, todavía hay mucho que enseñarles. —Me dedicó una cálida sonrisa—. Hemos venido a dar un paseo y vamos a disfrutar del día, al menos hasta que Said me llame y me diga que tengo que volver urgentemente a Qasir.

—De acuerdo.

Me llevó a otras plantas y tiendas. Junto con Radja, compramos ropa, maquillaje, perfumes y joyas, con bolsas suficientes para hacer pasar un mal rato a los guardias de seguridad. Yo tenía varias pertenencias, incluidas algunas joyas, pero nunca había podido elegir por mí misma. Esta vez probé mis gustos, lo que me gustaba y lo que no, y me gustó mucho la sensación que me dio.

Paramos a comer en un restaurante cercano al enorme acuario del centro comercial cuando los tres teníamos hambre. Zyan tuvo que llamar mi atención para que siguiera caminando en vez de quedarme de pie junto al cristal observando a los tiburones y otros peces.

—¡Qué enormes son! —Vi uno pasar tan cerca que era casi como si fuera a tocarme.

—Son increíbles, de verdad —coincidió mi marido.

—¿Podemos entrar ahí? —se entusiasmó Radja.

—Podemos —dijo su hermano, provocando su alegría—, pero antes vamos a comer. He pensado en otra excursión para hoy.

—¡Genial! Eres el mejor hermano del mundo.

—No tanto. —Se rió.

Tal vez fuera así, pero me callé. Radja comprendía perfectamente cómo había sido mi vida antes de que Zyan entrara en ella, porque la suya era exactamente igual, pero había tenido la suerte de que todo se transformara con su hermano asumiendo la responsabilidad de la familia. No estaba acostumbrado a estar muy cerca de mi propia familia y no podía imaginármelo haciendo algo así por ninguno de nosotros.

Después de comer nos metimos en un túnel bajo el acuario, lo que nos permitió ver más peces y otros animales marinos del interior, así como toda la estructura, y fue increíble.

—¿Hay un hombre allí? —preguntó Radja a su hermano mientras señalaba.

—Un buzo.

—¿Y no se los comen los tiburones?

—Imagino que son menos agresivos de lo que parecen.

—¡Guau! —Se acercó al cristal hasta que pudo tocarlo.

Radja no fue la única deslumbrada por la excursión. Acostumbrado al desierto en todas direcciones, era impresionante ver tanta agua en un solo lugar, con animales poco comunes en esa región.

Nedja me había dicho que Dubai daba al mar, pero Mamlaka estaba en el centro del continente.



ZYAN

Capítulo cuarenta y dos

Después del día en el centro comercial, las llevé a tomar un café por la tarde en lo alto del Burj Khalifa, donde pudieron ver la ciudad al atardecer. Recordé el momento en que subí al Empire State cuando fui a hacer un desfile de moda en Nueva York. La sensación fue igual de increíble, un espectáculo memorable.

Mientras nos sentábamos a la mesa y mi hermana comía *donuts americanos*, yo sorbía un capuchino y mi mujer solo podía mirar por los ventanales, sin prestar atención a la *magdalena* que tenía en el plato delante.

—Está demasiado alto aquí arriba —comentó finalmente, mirándome.

—Es el edificio más alto del mundo.

—¿El mundo entero? —Radja no parecía creérselo.

—Sí.

—Pensé que era un americano.

—De hecho, el segundo edificio más alto está en Canadá, pero sigue siendo muchos metros más pequeño que este. Leí en alguna parte que el jeque de aquí quería que fuera una ciudad vertical.

—¿Lo conoces?

—Todavía no, pero tengo intención de hacerlo pronto.

Sin duda, tendría que estrechar lazos para conseguir aliados importantes y fortalecer mi propio gobierno, porque sabía que me enfrentaría a enemigos internos hasta que consiguiera realizar todos los cambios que consideraba necesarios para que pudiéramos dar pasos hacia el progreso.

—¿Quieres comer algo diferente? —le pregunté a Regina, que aún parecía distraída con el horizonte.

—No, no. —Me sonrió y tiró del plato hacia ella—. Solo observo. Allí abajo los edificios

son enormes, pero desde aquí parecen increíblemente pequeños.

—Es solo un cambio de perspectiva.

—Sí.

—Gracias por traerme aquí y por todo lo que hemos hecho hoy.

—Ambas se lo merecían.

Verlas felices también me hacía sentir bien, significaba que estaba haciendo un buen trabajo como marido y hermano. Por mucho que quisiera que fueran libres, que tuvieran sus propios gustos y elecciones, seguía siendo mi responsabilidad cuidar de ellas.



REGINA

Capítulo cuarenta y tres

La noche ya se había apoderado del cielo cuando regresamos al hotel. Estaba cansada por haber caminado mucho durante el día, pero me sentía inmensamente feliz por las experiencias vividas y lo que había podido ver.

Los hombres dejaron las bolsas sobre la mesa y salieron de la habitación, dejándonos a Zyan y a mí solos de nuevo. El día había sido tan largo con los paseos que era como si no hubiéramos estado así en mucho tiempo.

—¿Qué te parece si lleno la bañera, nos relajamos en ella un rato y luego montamos tu móvil?

—Me parece una gran idea.

—Yo también lo creo.

Me guiñó un ojo y empezó a desabrocharse la chaqueta del traje, llamando mi atención. A pesar de lo agotada que estaba, me resultaba completamente imposible no verlo desnudarse delante de mí.

Su chaqueta y su camisa blanca acabaron en el respaldo de una silla mientras entraba en el cuarto de baño llevando solo los pantalones y los zapatos. Observé su ancha espalda y su piel oscura hasta que se perdió de vista.

Era increíble que, a pesar de haber sido elegida por mi padre, me hubiera casado con un hombre tan guapo y con una visión tan moderna de los derechos de la mujer. Por mucho que fuera un león sediento que me hacía tambalear las piernas, Zyan era capaz de escucharme y tener en cuenta mis sentimientos. Sin duda, era lo que más deseaba en un marido.

—Ya está lista la bañera. —Tardó unos minutos en volver, bajándose la cremallera de los pantalones de una forma que me volvió a llamar la atención y me dejó la boca tan seca como si hubiera estado horas al sol—. Ven aquí. —Sonrió mientras me animaba—. Acércate.

Me sorprendió la falta de miedo con la que se movieron mis piernas hasta detenerme frente a él.

—¿Me permites? —Llevé la mano a la cremallera de sus pantalones.

—Por supuesto.

La abrí, tiré del pantalón hacia el suelo y la prenda cayó a los pies de mi marido. El bulto que se formó en el calzoncillo rojo tiñó mis mejillas del mismo color que la tela, pero hizo vibrar entre mis muslos el pulso que ya había empezado a comprender.

—Quítamelo.

No necesitó volver a hablar para que mis manos se deslizaran por el costado de su cuerpo y empujaran sus calzoncillos hasta que se juntaran con el pantalón. Su miembro se puso rígido ante mis ojos y mi boca salivó al recordar su sabor.

—Ahora te toca a ti. —Me envolvió, subiéndome el vestido y llevándose el hiyab con él, dejándome desnuda tan rápido como pude procesarlo.

Pensé que Zyan iba a llevarme al baño, pero antes me acercó a su pecho, haciendo que mi corazón se acelerara con el contacto directo de nuestras pieles y mi boca fue tomada por la suya. Mi cansancio fue completamente barrido por el beso que me encendió. Sus manos no tuvieron reparos en recorrer mis curvas y yo no quería que lo hicieran. No había nada mejor que me tocara.

Me subió a su regazo y siguió apretando su boca contra la mía, buscando mi lengua y dejándome sin aliento hasta que llegamos a la bañera. Solo me di cuenta de que habíamos entrado cuando el agua caliente me envolvió. Mis músculos se relajaron ante la reconfortante temperatura y me fundí en los brazos de Zyan mientras él seguía besándome y tocándome.

Igualé los movimientos, adaptándome cada vez mejor a cómo funcionaba el baile. Era bueno y me hacía esperar cada vez con más ansia el siguiente roce, el siguiente beso, hasta que finalmente nuestros cuerpos se conectaron de una forma intensa y muy íntima.

Movió su boca hacia abajo, saboreando la piel de mi cuello hasta que mordisqueó mi pecho y lo chupó de una forma que me hizo echar la cabeza hacia atrás, mojándome la punta del pelo.

—Zyan...

—¿No te gusta? —me preguntó con la boca aún en mi pezón.

—Sí, me gusta —me vi obligada a confesar, y él continuó.

Con un brazo alrededor de mi cintura, su otra mano recorrió mis curvas y alcanzó mi pecho libre, presionándolo de tal forma que aumentó aún más la palpitación que sentía entre mis muslos. La necesidad de él que crecía allí era desesperada.

Me apretó, besó y mordió mientras yo me perdía por completo en el deseo desesperado de más. Froté mi cuerpo contra el suyo y sentí cómo su miembro se ponía cada vez más rígido, aunque no estaba dentro de mí.

Zyan me soltó el pecho y me agarró la nuca, acercando mi cabeza a la suya mientras volvía a besarme. Moví la cabeza y la lengua, intentando igualarle y demostrarle cuánto lo deseaba.

El agua estaba cada vez más caliente, pero estaba segura de que eran nuestros cuerpos los que se estaban quemando. A medida que me tocaba y me besaba, más deseaba que continuara.

Movió las piernas mientras se acomodaba en el borde de la bañera y me di cuenta de que me estaba subiendo a su regazo. Estaba completamente embriagada por la sensación de su sexo junto al mío y Zyan me sujetaba las caderas, haciéndome frotar contra aquel bulto rodeado por el agua.

No pude evitar gemir y antes de darme cuenta me estaba moviendo sola, frotándome contra él y disfrutando del placer que me estaba dando. No estaba dentro, pero seguía siendo muy sabroso.

Me incliné un poco más hacia delante y mis duros pezones rozaron su firme pecho mientras me movía.

Zyan me tiró del pelo, mojándolo aún más, y me echó la cabeza hacia atrás para morderme el cuello, y un grito agudo se me escapó de la garganta. Era tan bueno que ni siquiera podía pensar racionalmente, solo quería que siguiera.

Me soltó el pelo y me agarró el culo con ambas manos, haciéndome incorporarme solo para volver a bajar, encajándose dentro de mí. Me agarré a sus hombros, apretándolos, y cerré los párpados, sumergiéndome por completo en la oleada de placer que se había desatado al tenerlo

dentro de mí.

—Qué deliciosa eres... —Rozó su mejilla con la mía para acercar su boca a mi oreja.

No podía emitir ningún sonido inteligible, solo gemidos mientras cada parte de mí me instaba a empezar a moverme. Sin preocupación ni miedo, rodé sobre él, disfrutando del contacto de mi piel sobre la suya y del agua que pasaba entre nosotros mientras me agitaba por el sexo.

Me mordisqueó la oreja y luego devolvió su atención a mi cuello y me perdí en lo maravilloso que era todo. Desde luego, no se hablaba de sexo a las chicas solteras porque querríamos experimentarlo antes del matrimonio.

Sus manos se clavaron en mis nalgas de una forma casi dolorosa, y empezaron a moverme, aumentando la velocidad con la que me movía arriba y abajo en ella y el movimiento acabó arrojando agua fuera de la bañera, pero a ninguno de los dos pareció importarle.

Pensé que íbamos a seguir así hasta llegar al clímax, pero de repente me hizo levantarme, tomándome completamente por sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Arrodíllate. —Su tono era jadeante y me di cuenta de que tampoco quería parar—. Agárrate al borde de la bañera.

—¿Así de simple? —Intenté hacer lo que me pedía y estaba tan completamente implicada que ni siquiera podía sentir vergüenza.

—Eso es. —Me agarró de las caderas y me hizo empujar más el culo, inclinándome hacia delante.

Zyan se colocó detrás de mí, de rodillas también, pero antes de que pudiera preguntarle qué pretendía hacer, volvió a juntarnos y su cuerpo crujió al chocar con el mío. El agua aumentó el chasquido mientras él se movía en esa posición. El frenesí volvió a envolverme y empecé a inclinarme hacia él, suplicando más mientras la tensión en mi vientre se hacía más fuerte. Quería que continuara, que fuera más rápido. Me sorprendió una bofetada que me dejó las nalgas ardiendo, pero no tuve tiempo de reaccionar porque mi núcleo suplicaba el clímax.

Más... Sigue... ¡¡¡Ah!!!

Clavé las uñas en el lateral de la bañera mientras el placer me invadía de una forma tan intensa que me dejó completamente insensible durante los siguientes instantes. Zyan continuó unas cuantas caricias más hasta que él también se unió a mí.

Mis rodillas flaqueaban, se tambaleaban y temblaban, la falta de equilibrio de mi cuerpo era tan grande que si no me hubieran apoyado sin duda me habría desplomado.

Podía sentir su respiración contra mi nuca y oír sus gemidos mientras él también se recuperaba de la mecha.

Tardamos un rato en poder concentrarnos únicamente en el baño, pero en cuanto lo hicimos, me hundí en la bañera y me mojé todo el pelo; tendría que lavármelo, así que aproveché la oportunidad.

—Creo que estamos disfrutando de un buen momento de luna de miel.

—¿Luna de miel? —salí del baño para preguntar.

—Sí. En Occidente, es habitual que las parejas viajen juntas durante un tiempo después de la boda para disfrutar el uno del otro y tener momentos como éste.

—Me gusta la idea de una luna de miel.

—A mí también. —Me acarició la mejilla y me acercó para darme un beso más casto.

Nos quedamos en la bañera un rato más, relajándonos y disfrutando de la compañía del otro hasta que decidimos poner fin al baño.



REGINA

Capítulo cuarenta y cuatro

Salí del baño secándome el pelo con una toalla mullida y vi a Zyan sentado en la cama jugueteando con el móvil que me había comprado.

—¿Le pasa algo al aparato? —Me acerqué, curiosa.

—No. Solo te lo estaba preparando. —Me lo tendió—. Está listo, ahora puedes usarlo.

—Gracias.

—Ahora solo tienes que averiguar el número de tu prima.

—No tengo ni idea.

—Me imaginé que no. Tendrás que esperar a que vuelva a llamar, aunque hasta ahora sigo sin imaginarme cómo consiguió ese número de habitación.

Me quedé mirando el aparato que tenía en las manos hasta que Zyan se levantó de la cama y fue hasta su maleta para tomar ropa limpia.

—Voy a pedir algo para cenar, ¿quieres algo en concreto?

Negué con la cabeza.

—¿Postre?

—Helado.

—Lo pediré para ti.

—Gracias. Consúltale a tu hermana para ver si quiere algo.

—Lo haré —dijo mientras se ponía un polo y se alisaba los pantalones antes de salir de la habitación, dejándome sola en ella por un momento.

Me sequé los mechones todo lo que pude con la toalla y me acerqué a la ropa nueva que había comprado con Zyan en el centro comercial. Había una bata que él había colocado en la pila discretamente mientras me sonreía. Nunca me había puesto nada parecido, pero teniendo en

cuenta todas las veces que me había visto desnuda, no debería ser inapropiado si solo me lo ponía delante de mi marido.

Antes de que pudiera quitarme la bata y ponerme el camisón, mi móvil empezó a vibrar y captó mi atención.

Desconocida:

Me alegro de que por fin tengas un número. Así nos será más fácil comunicarnos.

Sujeté el aparato, intentando recordar cómo funcionaba, ya que solo había tocado el de mi prima y tardé un rato en adaptarme a las pequeñas letras de la pantalla para escribir un mensaje.

Regina:

¿Quién eres?

Desconocida:

¡Tu prima, Nedja!

Regina:

¿Cómo averiguaste mi número?

Nedja:

Mi marido te estuvo controlando hasta que apareció un registro con una operadora que podría ser la suya.

Regina:

¿Cómo lo hizo?

Nedja:

Te sorprendería lo que puede hacer.

Regina:

Estoy impresionada. La última vez que nos vimos, no podía imaginar que estarías casada.

Nedja:

Yo tampoco pensaba así, pero necesitaba protección y él me la ofreció. En ausencia de mi padre y soltera, él era mi tutor. Necesitaba otro hombre para salir del país. El jeque Hassan sugirió el matrimonio y lo bendijo como amigo de mi padre que era.

Regina:

¿Quién es tu marido?

Nedja:

Es mejor que no lo sepas.

Regia:

¿Por qué no?

Nedja:

Tu padre sigue detrás de mí y mientras no pueda librarme de él, es mejor que permanezca en secreto.

Regina:

Entiendo.

Solo saber que estás bien y que podemos volver a hablar me hace muy feliz.

Nedja:

Yo también te he echado mucho de menos.

Regina:

Siempre hemos estado muy unidas y sigue siendo extraño no tenerte cerca.

Nedja:

Pronto volveremos a estar juntas.

Regina:

¿Cómo?

Nedja:

No soy la única que se ha casado, ¿verdad?

Me quedé mirando el mensaje en una clara evasión de mi prima. Ella tenía el hábito de hacer eso cuando no quería decirme algo, y pensé que era mejor no insistir.

Regina:

Sí.

Nedja:

¿Y cómo ha sido?

Regina:

Mucho mejor de lo que podría haber previsto.

Nedja:

Ettore investigó a tu marido. No parece el tipo de hombre que alguien como tu padre elegiría para ti.

Regina:

Definitivamente no lo es.

Nedja:

Eso me sorprendió.

Regina:

Mi padre era cercano al antiguo jeque de Qasir y probablemente solo pensó en la alianza sin considerar que su hijo podría no tener los mismos ideales que su padre.

Nedja:

¿Crees que se puede confiar en él?

Regina:

Con todo mi corazón.

Nedja:

¡Estás enamorada!

Me quedé mirando el teléfono que tenía en la mano y luego recorrí la habitación vacía hasta encontrar sus pertenencias. *¿Enamorada?* Esa palabra no se me había pasado por la cabeza en ningún momento desde que nos casamos. Encontrar el amor en un matrimonio que había resultado como el mío era casi como vivir algo inalcanzable. Parecía suficiente con ser cuidado y respetado.

Nedja:

Regina, ¿sigues ahí?

Regina:

Sí.

Nedja:

No sabes cuánto me alegra saber que, a pesar de todo, estás casada con un hombre distinto de tu padre.

Regina:

Me siento tan libre cuando estoy con él. Es todo tan intenso e increíble.

Nedja:

Entiendo.

Regina:

¿Así que tú también estás enamorada?

Nedja:

Oye, no lo habías admitido antes.

Regina:

Tú también huyes.

Nedja:

Hay cosas que me asustan de él y de su familia, pero al mismo tiempo siento que no hay otro lugar en el mundo donde estaría más segura.

Regina:

¿Da miedo?

Nedja:

Está en la lista de cosas que no puedo contarte.

Regina:

¿Aparte de llamarse Ettore?

Nedja:

Tampoco debería haber dicho eso.

Regina:

Sé que corres riesgos, pero espero que esta situación cambie.

Nedja:

Creo que cambiará.

Regina:

Estoy deseando que así sea.

Nedja:

Lo importante es que podamos seguir hablando.

Regina:

¡Sí! No sabes cuánto te he echado de menos.

Nedja:

Yo también.

Los mensajes desaparecerán y mi número cambiará con frecuencia, pero no te preocupes.

Regina:

Quienquiera que te esté protegiendo parece ser muy inteligente.

Nedja:

Lo es.

Regina:

Eso está bien.

Nedja:

Ahora tengo que irme, pero volveremos a hablar.

Regina:

Hasta luego, prima.

Nedja:

Hasta pronto.

Me quedé mirando el móvil unos minutos hasta que lo tomé y me lo apreté contra el pecho. Estaba tan contenta de poder volver a hablar con mi prima que suspiré. Desde niña, la persona que hacía que no me sintiera tan sola era Nedja. La posibilidad de que mi padre pudiera haberle hecho lo mismo de cruel me consumía, pero la certeza de que estaba a salvo y bien era todo lo que necesitaba.

—Si hubiera sabido que te gustaría tanto tener un móvil, te habría comprado uno antes.

Oí la voz de Zyan y sonreí al verle entrar en la habitación con una bandeja y colocarla sobre uno de los muebles.

—Estaba hablando con Nedja.

—¿Cómo? —Alzó las cejas, sorprendido.

—Me envió un mensaje.

—¿Le pasaste el número de alguna manera?

Negué con la cabeza.

—Su marido lo hizo.

—Me gustaría saber quién es y cómo lo hace.

—Quizá algún día lo hagamos.

—Sí —se encogió de hombros Zyan—. Vamos a comer. —Indicó la bandeja que había traído—. Luego hablaremos más de tu prima.

Asentí y caminamos juntos hacia las bandejas y elegí primero el jugo. Tenía sed y me tomé casi la mitad de un trago.

Estaba muy contenta con el ritmo que había tomado mi vida y esperaba que siguiera así.



ZYAN

Capítulo cuarenta y cinco

Por mucho que el tiempo en Dubai nos estuviera haciendo mucho bien a mí, a mi mujer y a mi hermana, la necesidad de volver a Qasir, al menos Regina y yo, era inevitable. Había conseguido matricular a Radja en un colegio y contratado a un equipo de seguridad para cuidarla.

Mi hermana estaba muy contenta, pero no era la única. Pensaba que era un pequeño paso para que las mujeres de mi familia tuvieran la libertad que debían tener. Era inconcebible pensar en la forma en que mi padre las había tratado a ellas y a los hombres que le precedieron.

Me sorprendí cuando la limusina se detuvo a la entrada del palacio y vi otros autos acumulados allí. Regina se desplomó en su asiento y eso me puso aún más alerta.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Se parece a mi padre.

—¿Qué estaría haciendo aquí?

—No lo sé.

—Hey. —Me incliné sobre ella y le puse la mano en la pierna cubierta por la larga falda del vestido que le llegaba hasta los pies—. No te preocupes.

—Es un hombre peligroso, Zyan.

—Lo sé, pero no nos haría nada en nuestro Emirato.

—No estoy segura. —Seguía temerosa y me preguntaba qué horrores habría experimentado bajo la tutela de un hombre capaz de matar a su propio hermano.

Uno de los guardias de seguridad abrió la puerta y yo fui el primero en bajar, haciéndole señas para que viniera detrás de mí.

Había hombres cerca del coche, pero no vi inmediatamente ninguna señal de mi suegro cuando nos dirigimos al palacio y el primero en salir a recibirnos fue Said.

—Mi rey, su...

—¿Dónde está? —Fui directo al grano.

—Por ahí. —Señaló por el pasillo lateral hacia una de las habitaciones.

—Acompaña a Regina a su habitación.

—¿No cree que sería mejor que fuera con usted?

—Primero haz lo que te digo, luego únete a mí.

Asintió sin rechistar y me indicó el camino para que mi mujer lo acompañara.

—¿Zyan? —Ella inclinó la cabeza en mi dirección y sus ojos eran pura súplica.

—Puedes irte. Yo me encargaré de tu padre.

Me di cuenta de que tragaba saliva y reflexioné unos instantes antes de aceptar finalmente y acompañar al empleado a un lugar donde creía que estaría segura.

Hinché el pecho y enderecé la postura, había tratado con muchas serpientes y leones, sobre todo en el mundo de la moda, pero un asesino de verdad era la primera vez. No hacía falta que supiera que tenía esa información y también debía actuar con cautela, pero sin mostrar que podía estar asustado de alguna manera.

En cuanto entré en la sala, lo vi acompañado de algunos de sus hombres de confianza. Él estaba concentrado mirando uno de los tapices de la pared, pero se volvió en mi dirección al oír el ruido de mis pasos.

—Zyan.

—Hola.

—Oí que estabas en Dubai.

—Fui a ocuparme de unos asuntos allí.

—Imagino que nada muy importante.

—Al contrario. Tengo planes y por fin están cuajando para que pronto puedan hacerse realidad.

—¿Planes? —Enarcó una de sus gruesas y tupidas cejas, como si reflexionara sobre esa

palabra—. No creo que ninguno de esos planes tenga nada que ver con tu encuentro con el Emir de Sahra.

—No creo que sea necesario que comparta con usted lo que hago o dejo de hacer, ¿verdad?

—No pensé que serías tan grosero con tu suegro.

—Solo cuando se mete en mi casa de sorpresa y empieza a hacer preguntas sobre cosas que no le conciernen.

Apretó los puños y los dientes, mostrando un evidente descontento por las palabras que oía salir de mi boca.

—No eres el hombre que esperaba que fueras, Zyan. Tu padre debe estar muy decepcionado.

—Ya se había decepcionado antes. —Sus palabras no me molestaron. Mi padre y yo siempre habíamos estado en desacuerdo y no pensar como él siempre había sido motivo de orgullo para mí—. No es nada nuevo.

Yussef resopló mientras empezaba a caminar de un lado a otro.

—¿Dónde está ella?

—¿Ella? —Me hice el tonto.

—Mi hija. ¡Tráela para mí!

—No creo que sea posible. MI ESPOSA —recalqué estas palabras con mi tono de voz— se encuentra mal por el largo viaje y necesita descansar.

—Eso no es una petición, muchacho.

—En mi palacio, siempre será una petición. Recuerda que estás en mi tierra. Podrías ser amigo de mi padre, pero ahora que él se ha ido, yo estoy al mando. Eso significa que no aceptaré órdenes de nadie, ni siquiera de mi suegro.

—Ese matrimonio fue un error. No debería haberte dado una de mis hijas.

¿Un error? Incluso podría haber estado de acuerdo con él antes de que se celebrara la boda. Regina era una completa desconocida para mí, no confiaba ni creía que una relación basada en la conveniencia y en las decisiones de nuestros padres pudiera funcionar, pero el tiempo con ella me estaba mostrando una perspectiva completamente diferente.

No quería que se fuera y solo le permitiría dejar mi cuidado si ella quería.

—Es tarde, Yussef. Ahora es mi mujer.

—Quiero cancelar la boda. Exijo que me la devuelvas.

—¿Cómo?

—Eso es lo que has oído. Me llevo a mi hija de vuelta a Mamlaka, no eres un marido tan adecuado para ella como pensaba. No tienes respeto por nuestra cultura y tradiciones.

—¿Solo porque quiero construir algunos edificios por aquí? —Me quedé perplejo.

—Dejaste a tu hermana en Dubai. ¿Cómo puedes permitir algo así? Las mujeres deben quedarse en casa, protegidas y centradas en cuidar de la familia. No le darás a mi hija la estructura que necesita.

—¿No crees que todo el lujo que ves a tu alrededor es más que suficiente? Estoy seguro de que Regina siempre tendrá todo lo que necesita.

—No eres un marido adecuado.

—¿Cree usted que un hombre que colecciona esposas y las trata como si no tuvieran voz ni voto tiene derecho a decirme que no soy un marido adecuado? —Me tocó apretar los dientes, pero mi discurso fue también un puñetazo en las tripas.

Pensé en lo que había querido al principio, mi visión de tener un harén y coleccionar mujeres. Sin duda era la idea más tonta que había tenido nunca, una cosa era divertirse con varias mujeres sin querer comprometerse y otra muy distinta era el matrimonio.

—Actúo según las escrituras y la voluntad de Alá.

—Seguramente él está de acuerdo con eso —murmuré en un tono sarcástico.

Mi suegro no fue el único y seguramente no sería el último en justificar atrocidades en una

forma distorsionada de la voluntad divina. Esto sucedió a lo largo de la historia y en diferentes religiones, pero siempre atendiendo a la voluntad y la codicia de los hombres y no a la voluntad de un Dios. Al menos yo tuve el valor de admitir que mis decisiones eran obra mía. Si estaba allí, frente a aquel hombre, gobernando la tierra heredada de mi padre y casada con Regina, era porque yo lo había aceptado.

—Dame a mi hija.

—El matrimonio estaba consumado. —Fue mi turno de resoplar, molestándome por su insistencia—. Ella es mía.

Me sentía muy incómodo ante la posibilidad de que se la llevara. Claro que temía lo que pudiera ocurrirle si aquel monstruo volvía a tenerla entre sus garras, pero eso no era todo.

El tiempo que pasamos juntos en Dubai me demostró muchas cosas, sobre todo la posibilidad de que esta relación funcionara más allá de mis expectativas. Regina era una mujer hermosa, amable y cariñosa, estaba seguro de que sería una buena madre para mis hijos, pero también despertaba mi lujuria y mis deseos.

—Te ordeno que te divorcies de ella.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez. Baja el tono y retrocede. Aquí no se dan órdenes.

Gruñó, avanzó hacia mí y pensé que iba a agarrarme del cuello, pero se detuvo a unos centímetros y casi pude sentir cómo resoplaba en mi cara. Aquel viejo podía enfadarse cuanto quisiera. No serían sus ladridos los que me convencerían de entregarla.

—Regina es mi hija. Tengo derecho.

—¡Es mi mujer! Ya no tienes poder sobre ella.

—Eres un marido débil.

—¿Te parezco débil? —Hinché aún más el pecho y mi suegro se vio obligado a retroceder unos pasos.

—Esto no se quedará así.

—Las creencias anticuadas de mi padre murieron con él, Yussef. Ahora Qasir tiene un

nuevo Emir.

—Eso no es lo que pensé cuando te di a mi hija.

—Nunca te prometí que actuaría como mi padre, y si alguna vez él te lo dijo, me temo que se equivocó. Pasé mucho tiempo lejos de aquí, pero él siempre supo que no compartíamos los mismos ideales.

—Esperaba un aliado. —Seguía visiblemente alterado. Su expresión era la de un perro rabioso, pero era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no estaba tratando con un mocoso como pensaba al principio.

Era plenamente consciente de mi propio poder y no dejaría que ese hombre me doblegara.

—Tendrás que buscar en otra parte.

—Intentar hablar contigo fue un error.

—En eso estamos de acuerdo.

Hizo un gesto con la cabeza para que lo siguieran y pasó junto a mí, pisando fuerte y esquivando mi hombro por poco. Lo vi alejarse y tuve la sensación de que la conversación no iba a terminar ahí.

—¿Qué le pasó? —preguntó Said al detenerse a mi lado tras presenciar la dramática salida de mi suegro.

—Creo que mi padre quería que tuviera un aliado, pero acabó dándome un enemigo.

—¿De qué estás hablando, mi rey?

—Ten cuidado con este hombre, Said. Podría causarnos problemas.

Meneó la cabeza de un lado a otro, aún confuso, pero acabó aceptando.



REGINA

Capítulo cuarenta y seis

Caminaba de un lado a otro de la habitación, sintiendo que me sudaban las manos y me empezaban a doler las plantas de los pies, pero no me detuve. Estaba demasiado angustiada para poder sentarme y relajarme. Podía haber muchas razones para que mi padre estuviera allí, pero ninguna me parecía buena.

Deseaba poder oír lo que Zyan le decía, pero tener que esperar solo aumentaría mi angustia a cada minuto que pasaba.

Oí que llamaban a la puerta y el corazón me dio un salto en el pecho con la expectativa de que fuera mi marido. Después de hablar con él, creía que podría sentirme mejor.

—¡Zyan! —Tiré de la manilla a toda prisa, con el pecho lleno de ilusión y esperanza, pero me sobresaltó el hombre que había al otro lado—. ¿Quién es usted?

No le reconocí, tenía la cara delgada, los ojos hundidos, pero una complexión grande y una expresión aún más aterradora.

—Ven conmigo.

—¡No voy a ninguna parte contigo!

—Tu padre mandó buscarte.

—Mi padre no es el jefe... —No pude terminar la frase porque una mano pesada se acercó a mi boca y me impidió continuar. Presionó tan fuerte que sentí que me dolían las mejillas y los pómulos.

Intenté forcejear, zafarme de él, pero me agarró de los brazos y me inmovilizó, impidiéndome escapar. Era mucho más fuerte y alto que yo, lo que dificultaba mucho la tarea.

—Guarda silencio.

Gruñí, refunfuñé e intenté protestar, pero todos mis sonidos eran inaudibles. Su mano estaba resultando una mordaza muy eficaz.

Empezó a arrastrarme y yo forcejeé todo lo que pude, hasta el punto de que casi se me cae

el hiyab de la cabeza. Me arrastró a la parte trasera del palacio, a una salida que utilizaban sobre todo los sirvientes, y me di cuenta de que otros aliados estaban esperando, asegurando un paso seguro para que él pudiera sacarme.

Pensé que me había liberado de los fantasmas y de todo el miedo que había experimentado viviendo bajo el techo de mi padre, pero me di cuenta de que no lo había hecho cuando me metieron en un coche y me encerraron dentro, sin poder correr ni gritar.

—¡Zyan! —llamé desesperadamente a mi marido, pero mi voz parecía restringirse al interior del vehículo.

—Yo que tú me guardaría la voz —dijo el hombre al volante, y recordé haberlo visto varias veces con mi padre.

—Déjame salir.

No me escuchó, simplemente arrancó el coche y me llevó lejos.



ZYAN

Capítulo cuarenta y siete

¿Devolvérsela?

Furioso, murmuraba para mí mismo mientras pensaba en voz alta.

Ese hombre solo podía estar loco cuando me exigió algo así. Fueran cuales fueran sus motivos, no tenía derecho a exigírmela. Regina no era un objeto que se pudiera regalar, donar o devolver en el momento que quisiéramos. También creía que, aun dejando de lado mis sentimientos, mi mujer no querría volver a casa de su padre.

Teníamos algo juntos. Eso era bueno para mí, aunque no se lo había dicho.

Tal vez era el momento de decirle que la quería cerca de mí, de reforzar que la protegería y no dejaría que su padre se apoderara de ella.

Caminé por el pasillo hacia el dormitorio y me acerqué a la puerta.

—¿Regina? —Llamé a la puerta una vez.

No contestó ni abrió la puerta, así que volví a llamar. Por muy asustada que estuviera, imaginé que mi voz bastaría para hacerla venir.

—¡Regina!

Pasaron largos minutos y no había nada, ni respuesta ni siquiera un sonido procedente del interior de la habitación, lo que me puso en alerta.

Podría haberse enfadado conmigo, pero no pude contener el impulso de abrir la puerta. Para mi sorpresa, estaba abierta, pero no había nadie dentro, ni rastro de mi mujer.

—¡Regina! —Tampoco estaba en el baño.

Me apresuré a volver por el pasillo, dando pasos rápidos hasta el punto de correr, hasta que me topé con Said.

—¿Dónde está?

—¿Quién, señor?

—Mi mujer.

—La dejé en el dormitorio. Estoy seguro de que la acompañé hasta allí.

—Pero no está.

—Tal vez fue con su madre.

—¿Dónde está su padre?

—Se ha ido.

—¿Seguro?

—Sí. Acabo de ver los coches saliendo de la entrada del palacio.

—¿Él entró aquí a ver a su hija?

—No que yo haya visto.

—¡Necesito mejores respuestas, Said! —le grité, llegando al colmo de mi descontrol.

Esperaba que solo fuera una impresión terrible, pero algo dentro de mí me indicaba que Regina podía estar en peligro.

—No lo sé, mi rey.

—Entonces averígualo. Encuentra a mi esposa en el palacio y haz que venga a verme ahora.

Asintió y salió al pasillo para cumplir mi encargo.

Podría haberme quedado allí esperando, pero no pude. Salí en busca de mi madre hasta que la encontré en una de las habitaciones, revisando sábanas en compañía de una de las criadas.

—¡Hijo! —Le sorprendió mi brusca entrada.

Estaba tenso, jadeante, con gotas de sudor en las sienes y corriendo por los costados de la cara, y la culpa no era solo del intenso calor del desierto.

—¿No está Regina contigo?

—¿Por qué iba a estarlo? —Frunció el ceño pensativa—. Ni siquiera sabía que habían

vuelto.

—¿Así que no la viste?

Mi madre lo negó.

Rugí, sintiendo una furia tan abrumadora que era como si algo me desgarrara.

—Hijo, ¿qué te pasa? —Mi madre se sobresaltó ante mi arrebato de ira y también la mujer que la acompañaba.

—Ese bastardo se llevó a Regina.

—¿Quién?

—Su padre.

—¿Por qué iba a llevarse a su hija? —La expresión de mi madre indicaba lo confundida que estaba con la situación.

—Porque me negué a entregarla.

—Es tu mujer.

—Sí. ¡Es mi mujer! —Me tocó apretar los dientes mientras repetía la frase con énfasis.



REGINA

Capítulo cuarenta y ocho

Agotada de golpear la ventanilla buscando una forma de escapar de aquel coche, me recosté contra el respaldo del asiento, sintiendo cómo mi pecho subía y bajaba. Me ha faltado el aire muchas veces, sobre todo en el viaje con mi marido a Dubai, pero esta vez no era por el deleite de estar en sus brazos, sino por la furia de haber sido capturada.

—¡Necesito volver a casa!

—Estás yendo a casa. —El hombre que conducía el vehículo ya se había irritado por mis gritos y guardó silencio, pero decidió contestarme de nuevo al cabo de un rato.

—Mi hogar está al lado de mi marido.

—Está al lado de tu padre.

—¡No! —Di una patada al asiento y él giró el volante, haciéndome tambalear en el asiento trasero.

—Será mejor que te comportes.

—¿Vas a matarme a mí también? ¿Como hicieron con mi tío e intentaron hacer con mi prima?

—¡Cállate!

—¡Suéltame!

—¿Quieres que te abandone aquí, en medio del desierto?

—Es mejor que volver con mi padre.

—Tu padre es un buen líder.

—¿Qué hay de bueno en un hombre capaz de hacer daño a su propia familia?

—No creo que te pase nada si haces lo que él quiere.

—No puedes garantizar nada.

—Me aseguraré de castigarte si sigues gritando en mi cabeza.

Tragué, sintiendo que algo áspero y mocoso me bajaba por la garganta.

Me quedé sentada con la boca sedienta y seca, pero no me arriesgué a pedir agua. Me preguntaba si podría escapar de aquel coche en marcha, pero ya había forcejeado de un lado a otro, fracasando estrepitosamente.

Cuando me di cuenta de que no había escapatoria, me fijé en el palacio que se perfilaba en el horizonte. Había pasado casi toda mi vida en aquel lugar, pero no me traía buenos recuerdos como debería. Mi tío había sido un buen líder, preocupado por el pueblo y cariñoso con su familia, pero desde que mi padre lo había matado y había tomado el poder, se había convertido en un lugar de opresión y caos.

Esperaba que nunca volviera, pero mis oraciones no fueron suficientes.

Cuando el coche se detuvo, pensé que iban a sacarme y llevarme con mi padre, pero cuando por fin se abrió la puerta, él estaba de pie afuera, mirándome fijamente.

—Debo volver con mi marido.

—¡No!

—Quiero volver.

—No debes ni tienes derecho a querer nada.

—Estoy casada con Zyan. Si alguien debe decidir sobre mí, que sea él.

—Él ya decidió.

—¿Qué? —Retrocedí sorprendida ante las palabras de mi padre—. No...

—¿Por qué crees que estás aquí?

—Me sacaron de mi habitación y me trajeron aquí a la fuerza. ¡Eso no está bien! Tengo que volver a Qasir.

—No vas a volver.

—No puedes retenerme aquí. Me casé con Zyan, firmamos los papeles. Él es responsable

de mí.

—Tu marido te devolvió a mí.

—No. —Retrocedí un paso—. ¡Eso es mentira!

—Ciertamente no es el hombre que yo esperaba que fuera. No es digno de casarse con una de mis hijas.

—Él no haría eso.

—¡Basta, Regina! —me gruñó mi padre con tal furia que fue imposible no encogerse y empezar a temblar de miedo—. Eres insubordinada, me desafías y actúas contra mí, tu padre. Estoy harto. —Me agarró la cara, presionándola tan dolorosamente que me dieron ganas de llorar —. Me respetarás y estarás a mi lado. ¿Me has oído bien?

Volví a tragar saliva, pero me callé.

—Serás castigada si no empiezas a colaborar.

Una lágrima corrió por mi mejilla, mojando la mano de mi padre, pero él la ignoró por completo, como si no le importara.

—¿Dónde está Nedja?

—No sé... —Me dolía tanto la cara que me costaba hablar.

—¡Mentirosa!

—Es verdad.

—Has permitido que tu prima huya y la escondes para que siga confabulando contra mí.

—No la escondo...

—¡Cállate! —Recibí una bofetada tan fuerte que me mareé—. Estoy harto de no tener a mi hija a mi lado. Deberías ser más como tus hermanos, pero me traicionas, me deshonras y sigues conspirando contra mí.

—No he hecho nada.

—Lo hiciste.

—Juro que no sé dónde está Nedja.

Era cierto, mi prima no me lo había dicho para protegerla a ella y quizás a mí, pero no me sirvió de mucho.

—¡Llévensela! —Ordenó a sus hombres—. Enciérrenla donde estaba su prima. Quizá allí recuerde alguna información que no quiera contarme.

—¡No! —Forcejeé, intentando plantar los pies en el suelo, pero me apartaron con facilidad.

Imaginaba que Zyan y yo nos llevábamos bien y creía haber encontrado refugio y protección con él. No entendía por qué me había devuelto a mi padre si había jurado protegerme de él. Pero si era cierto, podía ser el fin.



ZYAN

Capítulo cuarenta y nueve

—¡Said! —grité con tanta fuerza que sentí que mis pulmones iban a explotar mientras mi voz resonaba por todos los pasillos del palacio.

—Mi rey. —El hombre no tardó en aparecer ante mí con una expresión atormentada en el rostro—. ¿Ha encontrado a su esposa?

—No... —Estaba jadeando y resoplando, todo a la vez.

—Podemos seguir buscando.

—Dudo que se escondiera de mí.

—Entonces...

—Su maldito padre se la llevó.

—No es probable.

—Es muy probable que haya sucedido.

—Te das cuenta de que se trata de una acusación muy grave que podría provocar roces con tu suegro que no deseas.

—Lo que quiero es que ese viejo me devuelva a Regina inmediatamente e ilesa. Si le toca un mechón de pelo te juro que los roces son lo último de lo que debe preocuparse.

—Es solo una mujer, señor.

—¿Qué? —lo agarré por el cuello de la camisa, levantándolo en el aire y haciendo que se sorprendiera de mi actitud agresiva—. No es solo una mujer. Es mi mujer.

—Señor... —empezó a tartamudear—. Por favor, bájeme.

Le solté, empujando con tal furia que se tambaleó hasta quedar sentado.

—Reúne a todos los hombres, a cada uno de ellos. Vamos a Mamlaka a traer de vuelta a Regina.

—Es impensable actuar así. Será visto como una declaración de guerra.

—La declaración de guerra fue cuando irrumpió en mi casa y se llevó a mi mujer sin mi permiso y probablemente sin el de ella.

—Mi rey, no puedes...

—Haz lo que te digo. —Avancé hacia él, a punto de perder la cabeza, pero Said se levantó rápidamente y se alejó tambaleándose.

En cuanto se perdió de vista, mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo. No me interesaba nada más que Regina, pero lo saqué involuntariamente para ver quién era.

Desconocido:

Said no es de fiar.

Está del lado del padre de Regina.

Aquel mensaje me dejó completamente estupefacto. ¿Cómo podía alguien saber lo suficiente como para advertirme así?

Zyan:

¿Quién eres tú?

Desconocido:

Sal de ahí. Hay un almacén de productos de limpieza y sábanas arriba. Ve allí para que podamos hablar más.

Zyan:

¿Cómo sabes dónde estoy?

Desconocido:

Sé cosas que ni te imaginas.

Zyan:

¿Es una amenaza?

Desconocido:

No. A menos que me consideres un aliado y quieras traer a Regina de vuelta, necesitarás mi ayuda.

Zyan:

Voy para allá.

Seguí las indicaciones hacia la habitación que me habían indicado; normalmente era un lugar para los sirvientes y yo nunca había estado allí. Había varias estanterías con sábanas y toallas dobladas y otras con productos de limpieza.

No tenía ni idea de quién me enviaba esos mensajes, pero Said había estado tan unido a mi padre que realmente creía que podía estar apoyando al enemigo.

Con el dolor y el malestar en el pecho, me veía haciendo cualquier cosa para recuperar a Regina, incluso escuchar lo que tenía que decir un desconocido que parecía estar espiándome.

En cuanto cerré la puerta de la habitación, mi teléfono móvil tardó unos segundos en sonar. Contesté sin dudarlo.

—¿Quién es?

—Ettore Bellucci.

—¿Debería conocerlo?

—Pasaste mucho tiempo en Italia. Puede que hayas oído hablar de mi familia.

—Bellucci... —Pensé en ese apellido mientras resonaba en mi mente—. Una familia poderosa y muy influyente.

—Exactamente.

Había rumores sobre esa familia. Una larga lista de investigaciones que nunca llegaron a sustanciarse, pero no serían la primera ni la última familia poderosa en enfrentarse a algo así. La reputación de los Bellucci estaba lejos de preocuparme en ese momento, solo quería saber qué hacía uno de ellos al otro lado de la línea cuando necesitaba desesperadamente encontrar a mi mujer.

—¿Qué quieres de mí? Ahora mismo no tengo tiempo que perder.

—No eres el único que quiere deshacerse de Youssef. Tu esposa está en peligro.

—¡Sé que está en peligro! —Cerré el puño libre y apreté el móvil con más furia aún.

—Baja la voz o te oirán.

—¿Vas a decir que alguien más me está espiando?

—Seguramente.

Gruñí, golpeando la pared con un puñetazo.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti si hasta el hombre que trabaja para mí me ha traicionado?

—Jeque Zyan. —Oí una voz femenina al otro lado de la línea que me sorprendió, porque parecía Regina, o quizá la necesidad de tenerla de nuevo entre mis brazos era tan grande que ya estaba delirando.

—¿Quién eres?

—Nedja, soy la prima de Regina. Me imagino que ella te habló de mí.

—Sí, te ha mencionado... ¿Qué haces con un italiano?

—Es una larga historia y habrá que dejarla para otra ocasión. Ahora tenemos que recuperar a mi prima y hacer que mi tío pague por lo que nos hizo a todos y deje de ser un monstruo en nuestras vidas.

—¿Cómo pueden ayudarme?

—Vamos para allá. —El hombre volvió a contestar la llamada, que posiblemente estaba en

altavoz—. Llegaremos dentro de unas horas.

—¿Horas? Para entonces, Regina... —Ni siquiera pude terminar la frase con la inquietud que me invadió.

—Sé que estás preocupado. Los Bellucci son la mejor oportunidad de Regina. Yussef es un hombre cruel, un asesino, y tú solo no tienes ninguna posibilidad, sobre todo porque la mayoría de tus hombres siguen siendo partidarios de los ideales de tu padre y seguirán a Said.

—¿Y qué son los Bellucci?

—Defendemos a los nuestros —replicó Ettore—. Yussef sigue siendo una amenaza para Nedja, y Regina es importante para mi mujer. Eso es lo que tienes que saber.

—¿Es así?

—No tenemos tiempo que perder, Zyan. —Nedja tocó el tema que más me angustiaba.

Regina quería a su prima y confiaba en ella. Estaba tan desesperado que sentía que también necesitaba confiar en ella o terminaría enloqueciendo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tu padre poseía una pista de aterrizaje privada. —Bellucci continuó.

—Sí.

Ni siquiera me molesté en intentar adivinar cómo tenía toda esa información, solo me centré en el hecho de que necesitaba rescatar a Regina antes de que su padre le hiciera algo atroz.

—Asegúrate de que podemos aterrizar allí sin que Said se entere.

—¿Crees que va a ser fácil?

—Tenemos que llegar rápidamente, así que haz los arreglos. Nos vemos allí en tres horas.

Habían intentado darme demasiadas órdenes en un solo día, pero sentí que tenía que cumplirlas o conseguir los hombres que pudiera para darle una paliza a Youssef y obligarle a devolverme a Regina.

La línea se cortó y me di cuenta de que habían colgado.



REGINA

Capítulo cincuenta

—¡Ayúdenme! —Me agarré a los barrotes de la celda y los sacudí en un tonto e inútil intento de apartarlos de mi camino.

Mis gritos eran en vano y ya me estaba quedando ronca, pero probablemente no pararía hasta que perdiera la voz por completo.

Mi esperanza de que alguien, mi madre o incluso uno de mis hermanos, apareciera para sacarme de allí se fue desvaneciendo poco a poco. Tal vez ni siquiera sabían que yo estaba allí, y si lo sabían, no les habría importado.

Estaba sucia, el dobladillo de mi vestido estaba completamente lleno de polvo de aquel sucio lugar y ni siquiera podía arreglarme bien el hiyab.

El agotamiento me iba noqueando poco a poco, haciéndome resbalar y caer sentada en aquel suelo mohoso.

Deberían haber sido solo unas horas, pero aquel lugar me causaba un dolor terrible y pensar que Nedja había permanecido allí durante días. Si ella lo había hecho, yo también podría hacerlo.

Pero, ¿quién vendría a rescatarme?

Intenté contener las lágrimas, porque solo conseguirían que se me pegara el polvo a la cara, pero no tuve fuerza suficiente, porque rodaron sin control. Sentía como si me aplastaran el pecho y el dolor no hacía más que aumentar.

—Zyan... —llamé a mi marido, pero mi voz sonó grave porque me había quedado sin fuerzas.

Creía que seríamos felices, que él me protegería, pero estaba en aquella celda, bajo el juicio y la crueldad de mi padre.

Oí un ruido y me arrimé más a la pared. Ni siquiera esperaba que fuera alguien que venía a rescatarme, porque mi padre no tardó en aparecer en mi campo de visión.

—Imagino que el tiempo que has pasado aquí te ha ayudado a refrescar la memoria.

—¿Vas a dejarme aquí hasta que me muera?

—Eres mi hija, Regina. Sangre de mi sangre. Créeme, quiero hospedarte bien.

—Bonita forma de hacerlo.

—Solo intento ayudarte a aclarar tus ideas. Deberías estar de mi lado, no en mi contra.

—¡Mataste al tío Mohammed!

—Era débil.

—¿Cómo puedes decir eso? —Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Débil como el hombre con el que te casé por error. Pensé que estaba cultivando un aliado, pero traje una serpiente a mi nido, pero ahora estoy arreglando eso.

—¡Trae a Zyan aquí! —Me levanté y me agarré a los barrotes metálicos de la celda—. Quiero hablar con él. El jeque tiene que decirme que el matrimonio ha terminado.

—¡Tonterías! —resopló mi padre—. ¿No crees en mis palabras?

Me callé. Tenía todas las razones del mundo para no creerle, pero pensé que era mejor no decirlo.

—¿Dónde está tu prima? —volvió a preguntar cuando se dio cuenta de que no diría nada más ni gritaría.

—Ya te lo dije, no lo sé.

—Sigues sin entender el riesgo que supone para todos nosotros, ¿verdad?

—Nedja es solo una niña.

—Que desde luego tu tío le ha dado más alas de las que debería.

—Ella no va a hacer nada... —gemí.

—Eres demasiado ingenua, Regina. —Se acercó a la barandilla con expresión seria, regañándome con la mirada.

Su postura me hizo soltar los barrotes y retroceder unos pasos, no quería que se me acercara demasiado.

Quizá yo era tan ingenua como él pensaba, pero había alguien en quien había confiado toda mi vida, que era mi modelo a seguir y que había sido la mejor persona de mi vida. Era mi prima Nedja. Aunque supiera dónde estaba, no se lo diría a mi padre.

Prefería quedarme en esa celda a dejar que le hiciera daño a ella.



ZYAN

Capítulo cincuenta y uno

Aparqué el coche delante de la pista de aterrizaje privada de mi padre. Salir sin llamar la atención había sido un reto, pero como yo tampoco operaba el lugar, estaba prácticamente desierto, aparte de la media docena de guardias que protegían las barandillas y el hangar que albergaba el avión.

Había desaparecido del palacio, pero en cuanto a los hombres que estaban allí, tenía que esperar que no informaran a Said de mi paradero. Si eran tan leales a la antigua mano derecha de mi padre, tendría que despedir a todos los soldados y contratar a un nuevo equipo de seguridad una vez que amainara el caos y recuperara a mi esposa.

Bajé la ventanilla del coche al acercarme a la puerta y uno de los guardias me apuntó a la cabeza.

—Déjame pasar.

—¡Rey! —Se sobresaltó al verme. Hizo un gesto a quien estuviera manejando la puerta metálica para que la abriera.

Detuve el coche al principio de la pista y me bajé, alisándome la camisa mientras me sentía completamente incómodo. Estaba sufriendo por todo lo que le podía estar pasando a Regina y en lo único que podía pensar era en lo mucho que necesitaba hacer algo pronto.

—No vas acompañado. —Me miraron asombrados—. No sabíamos que ibas a utilizar el avión hoy, no hay programa de vuelo ni tripulación esperándolo.

—No lo usaré.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —Parpadeó, acentuando aún más su confusión mental.

—Recibiré a algunos amigos.

—¿Amigos? —Enarcó una ceja.

—Sí.

—Pero no nos informaron.

—Ni deberían hacerlo. Y si hablan con alguien, sabré que han sido uno de ustedes y haré que los maten a todos. —Nunca había hecho ese tipo de amenaza, pero supuse que era la única forma de intentar mantener la situación en secreto. Era muy probable que el miedo les impidiera decirle a Said que contaba con ayuda.

Pero tuve que ser sincera conmigo mismo y darme cuenta de que solo sería cuestión de tiempo que esta información llegara a mi suegro y él se preparara para recibirnos.

Esperaba que quien estuviera en camino fuera lo bastante fuerte para ayudarme a enfrentarme a Youssef y rescatar a Regina.

Los diez o quince minutos que tardó el avión en aparecer en el horizonte fueron agonizantes. Se prepararon para el aterrizaje y yo estaba apoyado contra el lateral metálico de mi coche, cada vez más acalorado por el calor del desierto, hasta que por fin el avión se detuvo a unos metros de mí.

Era pequeño, privado y debería caber una tripulación moderada, pero no estaba seguro de quién iba a salir.

Cuando se abrió la puerta, vi a unos hombres. Eran altos, morenos y llevaban gafas de sol. Pasó un rato hasta que vi salir a una mujer. No llevaba pañuelo en el pelo, pero sus rasgos físicos me recordaban a Regina y pensé que podría ser su prima.

Se acercaron a mí y se detuvieron frente a mí.

Uno de los hombres se quitó las gafas y reveló unos ojos marrones. Llevaba traje, pelo castaño claro y barba desaliñada. Era mucho más joven de lo que esperaba, unos cinco años menos que yo.

—Veo que has venido solo. —Movió la cabeza de un lado a otro, fijándose en mi coche y en los hombres cercanos que ya estaban trabajando allí.

—Dijiste que no debía confiar en nadie.

—Aún así confiaste en mí.

—Confié en ella. —Señalé a la mujer protegida detrás de al menos media docena de hombres fuertes y altos con expresión de perro guardián—. Pero admito que las situaciones

desesperadas exigen medidas demenciales.

—Vamos a buscar a Regina. —Me sonrió como si realmente confiara en esos hombres que estaban con ella.

Conté rápidamente y no había más de quince.

—Habrá un ejército esperándonos. No me malinterpretes, pero no sé si tendremos alguna oportunidad con este número.

—Desde luego, no nos conoces. —Se rió un hombre que estaba de pie junto al que yo creía que era Ettore. Era aún más alto y fuerte, pero todas esas poses no parecían ser suficientes —. Dime a quién tengo que matar y considéralo un hecho. —Se subió la manga del traje y miró la hora—. Espero llegar a casa y acostar a mi hijo.

¿A quién tengo que matar?

Tragué saliva ante aquella frase. Por mucho que me imaginara que iba a la guerra para recuperar a mi mujer, el asesinato no formaba parte de mi vida cotidiana y aún así me resultaba chocante.

Bellucci...

Aquel apellido volvió a resonar en mi mente como el tañido de una campana. Cada vez estaba más claro que los rumores que había oído eran mucho más ciertos de lo que había imaginado entonces. Estaba frente a la familia más poderosa de la mafia italiana. No tenía ni idea de cómo Nedja se había involucrado con ellos, pero ese era un tema para otro momento; si estaban allí para ayudarme a rescatar a Regina, me conformaba con eso.

—Tendré que conseguir otros vehículos y traerlos aquí. —Volví a contarlos, preguntándome cómo los transportaría a todos.

—No te preocupes, nuestro transporte ya debería estar llegando. —Ettore señaló al horizonte y pronto vi vehículos 4x4 que avanzaban por las dunas del desierto y se dirigían hacia nosotros.

—¿Cómo? —Me quedé estupefacto.

—Se puede contratar de todo con dinero y los contactos adecuados.

—Solo vamos por ella, por favor.

—Vámonos.

Ya tendríamos tiempo de hablar de cualquier cosa, pero primero quería recuperar a Regina.

Volví a mi coche en cuanto los demás hubieron aparcado y los italianos se dispersaron en sus vehículos, siguiéndome hasta Mamlaka.



REGINA

Capítulo cincuenta y dos

—No tienes por qué quedarte ahí. —Mi padre me miraba desde el fondo de aquella mugrienta celda como si sintiera la más mínima lástima por mí, lo que sin duda era una gran mentira.

Ni siendo tan ingenua como él pensaba que yo era, no creía que pudiera haber la más mínima piedad en alguien que realizaba acciones como las suyas.

—Podrías volver con tu madre y tus hermanas.

—Solo sácame de aquí.

—Quiero hacerlo.

—Si realmente lo quisieras, ya lo habrías hecho.

—No estás cooperando conmigo, Regina.

—Te lo dije, no lo sé.

—Lo dudo.

—Eso no cambia nada.

—Deberías estar de mi lado, como mi hija, pero sigues conspirando contra mí. Todos estos años parecías querer más a Mahoma que a tu propio padre.

—Era un hombre mejor.

—¿Cómo te atreves? —gruñó, avanzando hacia mí, pero me retiré al fondo de la celda y los barrotes impidieron que mi padre me alcanzara.

—Mira lo que me estás haciendo.

—Intento protegerte de ti misma y a todos nosotros.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que lo es! Que Alá te perdone por no ver.

Dudaba de que el Alá que yo creía que existía pudiera estar de acuerdo con todas las actitudes brutales que mi padre estaba cometiendo contra mí, el resto de la familia y la gente que le rodeaba.

—Jeque —se le acercó un hombre, llamando la atención de mi padre.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema.

—¿Cuál? —Apretó los dientes en una postura aún más rígida.

—El Said acaba de avisarme de que el jeque Zyan tiene intención de actuar contra ti. Le ha ordenado que prepare a sus hombres para atacar Mamlaka.

—Ese chico no estaría tan loco como para empezar una guerra.

¿Zyan? ¿Guerra?

Aquellas palabras hicieron que mi corazón volviera a latir con fuerza y corrí de nuevo hacia los barrotes.

—Mi marido no me devolvió a ti, ¿verdad? Tú me arrebataste de él.

—¡Cállate!

—Va a venir a por mí.

—Ese mocoso impulsivo no sabe lo que hace.

Comencé a respirar hondo, encontrando algo de consuelo en ese lugar terrible.

—Dile a Said que le impida hacer eso —ordenó al hombre mientras resoplaba con furia.

—Dijo que intenta detenerlo lo mejor que puede sin revelar de qué lado está.

—¡Tiene que hacerlo mejor!

—Ah, un problema más.

—¿Cuál?

—Zyan desapareció.

—¿A qué te refieres?

—Said dice que no sabe dónde está el jeque.

—¿Cómo podría no saberlo? —Mi padre agarró al hombre por el cuello, provocando su asfixia, y yo retrocedí por miedo a ser la siguiente.

El tipo intentó hablar, abrió la boca varias veces, pero no pudo hasta que se liberó del agarre de mi padre. Tosió un par de veces, se agachó y se masajeó el cuello, recuperando el aliento antes de poder decir algo.

—El jeque ha desaparecido, pero parece que se fue por propia voluntad porque falta un coche.

—Si viene aquí, distráelo y asegúrate de que no se dé cuenta de que Regina está aquí. Dile que no sabemos dónde está.

—Sí, mi señor.

El hombre asintió y desapareció de mi vista, dejándome de nuevo a solas con mi padre.

—¿Has visto todo lo que estás causando?

—No es culpa mía. —Fruncí los labios—. Si yo no hubiera empezado todo esto, seguro que no habría pasado nada.

Volvió a gruñirme y se alejó, dejándome sola.

Zyan no me había abandonado. Saber eso era suficiente para seguir adelante hasta que volviera a ver a mi marido.



ZYAN

Capítulo cincuenta y tres

Detuve el coche cuando los demás vehículos aparcaron detrás de una de las dunas del desierto que bordeaban Mamlaka. Aún estaba a casi un kilómetro del palacio, pero supuse que si nos acercábamos demasiado se darían cuenta de nuestra presencia.

Yo no era un estratega militar, aún tenía que aprender mucho sobre el tema, pero supuse que con un número reducido de hombres necesitaríamos el elemento sorpresa para tener ventaja y poder ganar aquella disputa.

Todos salieron de sus coches y yo hice lo mismo.

Los vi abrir uno de los maleteros y sacar armas de los más diversos calibres. Probaron las miras y comprobaron el número de balas.

—Voy a necesitar uno de estos —dije en italiano para que todos pudieran oírme.

—¿Has usado alguna vez una pistola, jeque? —Uno de ellos giró hacia mí, el que había dicho que quería llegar a casa a tiempo para dormir a su hijo, y me clavó una pistola en el pecho, asustándome.

—No, pero puedo arreglármelas.

—Será mejor que te quedes aquí conmigo —dijo la prima de Regina.

—No voy a esperar aquí.

—Nedja tiene razón —Ettore se metió una de las pistolas en la cintura—. No podrás volver a ver a tu mujer si no estás vivo para ello.

—¿Y quieres que me quede aquí esperando?

—Es lo mejor.

—¡No! —Agarré la pistola y apunté al desierto.

No conocía a esos hombres ni sus motivos para estar allí. Eran de otro país y podían provocar un incidente internacional, pero no me preocupaba la política, solo recuperar a Regina.

—Zyan. —Me sorprendí cuando Nedja me puso la mano en el hombro y me hizo girarme. Esa cercanía no era un gesto habitual en las mujeres educadas como lo había sido ella.

—Yo también quiero a mi prima y quiero que vuelva con nosotros. Yo no estaría viva si no fuera por ella. Regina arriesgó mucho para darme la oportunidad de escapar y quiero más que nada que ella vuelva contigo.

—No puedo seguir esperando.

—Los hombres de mi tío son peligrosos. Mataron a mi padre, al mismísimo rey. Regina te necesitará cuando salga de allí. —Se volvió hacia los otros hombres—. Confía en ellos como yo lo he hecho.

—Bueno... Solo tráemela, por favor.

—Quédate aquí. —Ettore se acercó a Nedja y la besó brevemente en los labios, ajeno a quienes les rodeaban, y se alejó de nosotros.

Los observé seguir las dunas hasta desaparecer en el desierto y esperé que realmente pudieran cumplir lo que habían prometido.



REGINA

Capítulo cincuenta y cuatro

Cansada, estaba sentada en el fondo de la celda, con la cabeza apoyada en la pared y guardando fuerzas para volver a encontrarme con Zyan, pero sin comida ni agua, no sabía cuánto aguantaría.

Me pesaban los ojos y, cuando por fin pensé que iba a perder el conocimiento, oí un estruendo. Un ruido tan fuerte que parecía una bomba.

¿Qué podría haber hecho mi padre?

Me retorcí en la celda y me puse en pie tambaleándome.

Oí gritos y pasos por encima de mi cabeza, como si hubiera gente corriendo de un lado a otro del patio.

—¿Zyan?

Se me encogió el corazón ante la posibilidad de que fuera mi marido. Tal vez había convencido a los soldados, incluso ante la traición de Said, y había venido a rescatarme. Estaba tan esperanzada que sentí dentro de mí una fuerza que ni siquiera me había dado cuenta de que aún existía.

Volví a agarrarme a la barandilla mientras oía los ruidos, disparos y gritos que parecían resonar por todo el palacio.

Hasta que oí pasos, alguien que se acercaba por el pasillo, y retrocedí. Podía ser Zyan, pero también cabía la posibilidad de que mi padre viniera hacia mí. Sin embargo, cuando la sombra que crecía en la pared reveló la imagen de un hombre, no era nadie de los que había imaginado. Cuando giró hacia mí, vi sus rasgos y sus ojos marrones. Ni siquiera parecía árabe, pero sabía mi nombre.

—¿Regina?

Retrocedí asustada.

—Entiendes el inglés, ¿verdad?

—¿Quién eres tú? —Mi respuesta en el idioma que me preguntó fue suficiente.

—Soy Ettore. Tu prima me dijo que probablemente te encontraría aquí.

—¿Eres tú el hombre con el que se casó Nedja? —Estaba completamente sorprendida.

—Sí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a sacarte de este lugar y devolverte a tu marido.

—¿Dónde está él?

—Esperándote.

Suspiré, sin saber si llorar o alegrarme ante la perspectiva de volver a ver a Zyan.

—Aléjate de la reja. —Se acercó y puso algo sobre la cerradura.

Me retiré al fondo segundos antes de oír una pequeña explosión que hizo que se abriera la celda.

—Ven conmigo. —Me tendió la mano.

Se suponía que no debía tocar a ningún hombre que no fuera mi marido o aquellos que compartieran la misma sangre que yo, pero confiaba en él porque mi prima lo hacía.

Me agarré a sus dedos y tiró de mí, haciéndome subir las escaleras en su compañía. El patio estaba devastado, era como una escena de guerra, había soldados tendidos en varios lugares y grité de miedo cuando uno vino hacia nosotros y recibió un disparo en la cabeza del hombre que me había rescatado.

—Conmigo estás a salvo —prometió, pero yo ya no estaba tan segura.

Seguimos caminando hasta que otro hombre se nos acercó y me encogí de miedo.

Hablaban en un idioma que yo no entendía, pero las reacciones del marido de mi prima me bastaron para darme cuenta de que estaba molesto.

—Salgamos de aquí. —Tiró de mí y me protegió de los demás soldados hasta que salimos del palacio que había sido más mi prisión que mi hogar.



ZYAN

Capítulo cincuenta y cinco

Podía ver humo en el horizonte. El ruido no nos llegaba bien, pero podía imaginarme el caos en el palacio.

Esperar era mucho más angustioso que arriesgarme a ir allí. Quizá si hubiera muerto en ese empeño me habría ahorrado ese sufrimiento, pero me habría impedido volver a ver a Regina.

Solo quería desesperadamente ver a mi esposa.

Cuando apareció un coche en el horizonte pensé que podrían ser ellos, pero en cuanto se detuvo cerca de nosotros y salieron unos hombres apuntándonos con sus armas, junto con Youssef, me di cuenta de que el cabrón había escapado.

—¡Nedja! —Se quedó completamente atónito cuando vio a su sobrina.

—¡Hijo de puta! —Ella apretó los dientes mientras le maldecía.

—Pensé que eras lo suficientemente inteligente como para no volver.

—No dejaría impune lo que nos hiciste.

—¿Están esos hombres contigo?

—Así es.

—¿Cómo?

—Parece que tal vez mis aliados sean mejores que los tuyos, tío —dijo la última palabra en un tono cargado de desprecio.

—Debería haberte matado mucho antes, el mismo día que me deshice de su débil padre.

—Tal vez ese fue tu error.

—Pero no es demasiado tarde para arreglarlo.

Escuché su discusión mientras sentía el arma en mi mano, la palma sudorosa contra el frío metal. Nadie se había dado cuenta, o simplemente me habían menospreciado haciéndome creer

que no era una amenaza.

Youssef avanzó hacia Nedja, pero antes de que pudiera tocarla, levanté mi arma sin pensar ni dudar. Mi puntería no era la mejor, pero conseguí darle en el hombro, haciendo que el impacto derribara al hombre y lo hiciera rodar por la duna.

Uno de los hombres intentó dispararme, pero su distracción con su jefe rodando por la arena hizo que fallara y que el disparo solo diera en el lateral de mi coche.

—Vamos —grité a Nedja, que abrió la puerta y subió a mi vehículo.

Tomé el volante, me puse el cinturón de seguridad y aceleré todo lo que pude. Siguieron otros disparos, pero finalmente tuve el placer de descubrir las ventajas de un vehículo blindado.

Los disparos rebotaron en el lateral del coche mientras yo avanzaba a toda velocidad por la arena, levantando polvo en todas direcciones.

—Wow, ¿qué hiciste ahí? —Se aferró a su cinturón—. No pensé que fueras a disparar.

—No tenía miedo porque nunca antes había usado un arma.

—Gracias, Zyan.

—Estoy devolviendo lo que tu marido está haciendo por Regina.

La vi sonreírme y Nedja no dijo ni una palabra más.

Me alejé hasta que pensé que era seguro, pero me detuve cuando me di cuenta de que no nos seguían.

—¿Crees que mataste a mi tío? —se aventuró a preguntar.

—No lo sé. —De hecho, no tenía ni idea. Una parte de mí incluso esperaba haberlo conseguido, pero no creía que un disparo en el hombro fuera suficiente.



REGINA

Capítulo cincuenta y seis

Cuando llegamos a un punto del desierto, vi a algunos de sus hombres, pero Ettore me dejó bajo la protección de otros tipos de una forma que era difícil ver o distinguir bien. Solo me dejaron salir de aquel pequeño refugio cuando todo había terminado.

El marido de mi prima luchó contra mi padre y acabó con él. Después de todo lo que había hecho y el daño que había causado, mi padre por fin estaba acabado.

A lo lejos, sepultado por la arena del desierto arrastrada por el viento, vi al hombre que siempre había representado para mí el miedo y la opresión. Era el final para alguien que había hecho tanto mal justificándose de formas equivocadas.

Vi una gota de sudor correr por la cara de Ettore y brillar bajo el sol del desierto cuando se acercó de nuevo a mí.

—Vámonos.

—¿Dónde están mi marido y mi prima?

—Deberían estar aquí.

—¿Deberían?

—No te preocupes. La ausencia de su coche indica que han escapado. Ahora vamos a reunirnos con ellos.

Asentí cuando me indicó que subiera a uno de los vehículos. Recorrieron unos metros o kilómetros hasta que divisé un coche parado en un valle entre dos dunas, oculto a la vista en el horizonte.

En cuanto se abrió una de las puertas, tuve que esperar a que uno de los hombres se apartara de mi camino para poder bajar. Mientras me tambaleaba por la arena, vi a Zyan abrir la puerta, y no fue el único, también apareció Nedja.

La emoción que me embargó en ese momento fue tan intensa que sentí que mi corazón dejaría de latir.

Corrí hacia ellos, tropezando con el peso de la arena en mis zapatos.

—¡Regina! —Zyan fue más rápido, envolviéndome en sus brazos con tanta fuerza que pensé que iba a inmovilizarme.

—Mi padre dijo que me habías devuelto.

—¡Nunca! Jamás lo haría. —Enterró la nariz en mi cabeza, moqueando, y tuve la sensación de que tal vez estaba llorando.

Apreté sus hombros, acercando mi cuerpo al suyo y permanecimos así durante largos minutos hasta que Zyan me apartó y sujetó mi cara entre sus manos. Me besó tan intensa y profundamente como si nadie nos estuviera mirando. Mientras su lengua se entrelazaba con la mía, no pensé en pudor o recato, solo en una inmensa necesidad de poder corresponderle.

—Te amo, Regina —dijo mientras nos alejábamos en busca de aire, y eso hizo que aquel momento fuera aún más intenso para mí porque, por muy implicados que estuviéramos, no había previsto que en algún momento diría esas palabras.

—Yo también te amo, Zyan. —Volví a besarle hasta que me aparté, recordando a mi prima —. ¡Nedja! —Mis ojos la buscaron y la encontré junto a su marido.

Di unos pasos hacia ella, pero me detuve en seco. Al final, se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo.

—Me alegra ver que estás bien. —La rodeé con mis brazos tan fuerte como pude.

—Yo también. Estaba tan preocupada cuando Youssef te atrapó, pero por fin estamos libres de él.

—Sí... —Apoyé mi cabeza en su hombro, sintiendo que el abrazo se volvía más acogedor. Hasta que nos separamos para mirarnos a la cara—. Ahora que mi padre por fin ha recibido su merecido, ¿vas a volver aquí? ¿Volverás a vivir en Mamlaka?

—Hace mucho tiempo que ya no pertenezco a este lugar. —Me dedicó una sonrisa y me acarició la mejilla antes de volverse hacia su marido y los hombres que estaban con él—. Me vuelvo a Italia.

—¡Oh! —Intenté ocultar mi decepción, pero no lo conseguí. Echaba de menos a mi prima

y no podía negarlo.

—Pero seguiremos cuidándonos mutuamente. —Sonrió como si sellara una promesa—. No importa dónde estemos. Además, me hace sentir mucho mejor saber que estás en buenas manos. —Levantó la cabeza y vio a Zyan detrás de mi hombro.

Oí a uno de los hombres murmurar algo que me pareció no entender y Nedja se echó a reír.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Vámonos de aquí. No todo el mundo está acostumbrado al sol del desierto.

Asentí y volvimos a los coches, pero esta vez fui con mi marido. Nedja tenía razón, estaba en manos de alguien que cuidaría de mí y respetaría mis deseos.



ZYAN

Capítulo cincuenta y siete

Una semana después...

Estaba agotado después de pasar unos días fuera de casa, y por mucho que no me gustara la idea de estar lejos de Regina después de todo lo que había pasado, era necesario. Había que explicar el incidente de Mamlaka y también tenía que velar por la seguridad de mi esposa y de mi pueblo desde el punto de vista político y diplomático.

Entré en la habitación, ansioso por verla y la encontré distraída, mirando la ventana y el tiempo.

—¡Regina!

—¡Amor! —Se levantó y esbozó la mayor sonrisa del mundo.

No tenía ni idea de que tener a alguien con quien quería volver a ver era tan importante hasta que la tuve a ella en mi vida.

—¿Cómo fue la reunión con el presidente?

—Saber que uno de los gobernantes ha muerto no es una noticia que le complazca, pero necesitaba llevarle el caso y contarle cómo estaba actuando tu padre, lo que le hizo a su hermano, a su sobrina y también a ti. El presidente no quiere ningún atisbo de guerra civil que pueda alarmar al mundo y ahuyentar a turistas e inversores, y nosotros tampoco, así que el asunto se silenciará.

—¿Quién se hará cargo de Mamlaka?

—Pensamos que podría ser uno de tus hermanos.

—Pero... —Se dio cuenta de que había algo más.

—Puede que tu padre les haya afectado demasiado como para tomar la misma medida y poner en peligro a todos los Emiratos. Así que el presidente decidió que lo mejor sería que Mamlaka y Qasir se convirtieran en un solo Emirato bajo mi gobierno. Somos vecinos, así que no será difícil unirlos.

Sonrió ampliamente.

—Seguro que al tío Mohamed le gustaría, pero ¿y al resto de mi familia?

—Protegeré a las mujeres, me aseguraré de que tu madre y las demás tengan lo mínimo necesario para sobrevivir cómodamente. Los hombres tendrán que aceptar vivir bajo mi gobierno o serán exiliados, pero tendré mucho cuidado. Said fue una prueba que debo pensar muy bien en quién confío.

—¿Y qué le pasó a él?

—Fue arrestado y pagará por su traición.

—Eso me tranquiliza. —Respiró hondo.

—A mí también. —Le toqué la cara e hice que me mirara, inclinándome para besarle la boca. La echaba tanto de menos que solo podía pensar en cuándo volvería a tocarla.

—Zyan... —Susurró con su boca en la mía.

—Te deseo tanto. —Me agarro a tu cintura.

—Espera.

—¿Qué ocurre?

—Yo también tengo algo que decirte. —Tomó mi mano, que estaba alrededor de su cintura, y la llevó al centro de su vientre.

—Regina... —Me estremecí de anticipación.

—Estoy embarazada, Zyan.

Me temblaron las rodillas y caí frente a ella, besando su vientre y apretándolo contra mi cara.

—No me lo puedo creer —pensé en voz alta.

—Es verdad. —Me acarició el pelo—. Tu madre pidió que trajeran una prueba.

—Pero si te enteraste ahora, debías de estar embarazada cuando tu padre te secuestró.

—Es posible.

Apreté los dientes y una furia empezó a arder en mi interior, pero Regina me tocó la cara con ambas manos y toda la ira se disolvió.

—Ya no importa. Estamos aquí, estamos juntos.

—Sí, estamos juntos. —La rodeé con mis brazos y la acerqué para darle un beso.

Había luchado contra las imposiciones de mi padre toda mi vida, pero no podía negar que Regina era la mejor elección que había hecho para mí.

Hacía tiempo que nuestro matrimonio había dejado de ser una obligación.



REGINA

Epílogo

Dos años después...

Me incliné sobre la cuna y besé la frente de mi pequeño, que dormía profundamente, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estábamos lejos del palacio.

—Vamos, amor. —Zyan me rodeó la cintura con los brazos y me acarició el cuello, haciéndome estremecer y recordar el calor que sus caricias provocaban en mí.

—No sé si deberíamos dejarlo solo. —La necesidad de proteger a mi hijo era más fuerte de lo que podía controlar.

—No estará solo, tendrá a su niñera cuidándolo y a algunos hombres de seguridad a la espera. Iremos al evento y volverás a verlo pronto.

Asentí y seguí a mi marido hasta el coche que nos esperaba a la entrada del lujoso hotel de una de las ciudades más grandes de Italia.

Milán era la cuna de la moda y durante mucho tiempo mi marido había destacado allí. Ahora que la prensa sabía que se había convertido en un poderoso jeque y rey, nunca había visto tantos fotógrafos amontonándose para intentar conseguir la foto perfecta.

No estaba acostumbrada a tanta exposición, pero parecía gustarle y estar en Italia significaba que podría ver a mi prima. Echaba de menos a Nedja y, por mucho que habláramos prácticamente todos los días, esperaba poder abrazarla de nuevo...

Dejé de pensar y estiré el cuerpo cuando me puso la mano en el muslo.

—¡Eh!

—Aquí no nos reprenderán por besarnos en público.

—Eso no es besar... —Me estremecí cuando su mano se acercó a mi entrepierna.

—Sabes que no puedo simplemente besarte.

—Quizá por eso estoy embarazada otra vez.

—Me encantaría tener muchos hijos contigo.

—Compórtate. —Le di una palmada en la mano e hice que se apartara.

—Si me porto bien, ¿me recompensarás cuando volvamos al hotel?

—Tal vez. —Giré la cara, mirando por la ventanilla del coche los edificios italianos.

Se rió, pero antes de que pudiera abalanzarse sobre mí como el león que era, nos detuvimos frente a un edificio. Había una alfombra roja delante y guardias de seguridad que impedían acercarse a muchos fotógrafos.

Cuando nos detuvimos, Zyan fue el primero en bajarse y me tendió la mano para que fuera con él. Cerré los ojos ante un montón de flashes y oí a mucha gente gritar su nombre, pero no me importó, porque sabía que él era mío. Cada día que pasábamos juntos estaba aún más segura de ello.

Cuando entramos en la enorme sala con una pasarela en medio, varias personas se acercaron a saludarlo y mi marido me presentó a algunas de ellas, pero de vez en cuando yo ladeaba la cabeza, buscando a mi prima, hasta que por fin la vi.

—¡Nedja!

—¡Regina!

Estaba guapísima con un vestido largo rojo con pedrería brillante y del brazo de su marido con un impecable smoking. Nedja sonrió y se acercó a mí, permitiéndome darle un largo y prolongado abrazo.

—¡Me alegro de verte!

—Yo también estoy muy contenta. —La apreté aún más fuerte.

—¿Está Faruk dormido?

—Sí. Dejamos al bebé en el hotel.

—Mamá casi no viene, vale la pena señalarlo —dijo Zyan y mi prima se rió.

—Te entiendo, Regina.

—Espero que haya venido con tiempo suficiente para hacernos una visita en Roma. Me encantaría recibirte en mi casa.

Miré a Zyan y él asintió.

—Pasaremos unos días allí.

—¡Maravilloso! —celebró Nedja—. Hay muchas cosas de las que se mencionan y quiero conocer en persona.

—Te va a encantar.

—Sentémonos. —Ettore indicó las sillas reservadas para nosotros—. El desfile debería empezar pronto.

Nosotras dos estábamos en el centro, una al lado de la otra, y los hombres en los extremos.

Allí me di cuenta de que, a pesar de todo, mi vida se había vuelto increíble. A veces Nedja y yo soñábamos con un momento así, con estar en otro país, vivir experiencias que nunca nos habrían permitido, ser libres para experimentar y tomar decisiones.

Quería que todas las mujeres pudieran experimentar esa sensación algún día.

Dejé de divagar cuando sentí que la mano de Zyan se deslizaba por mi vientre y empezaba a acariciarlo. Mi vientre aún era pequeño, pero su tacto me recordó al nuevo bebé que se estaba formando allí.

Amaba a ese hombre más de lo que creía posible, amaba la vida que me ofrecía y sobre todo la familia que estábamos construyendo juntos.

La historia de Nedja



Link=> https://amzn.eu/d/01pM6WUh

Ettore Bellucci es la mente más brillante de la temida mafia italiana. Nació en el seno de la familia que lidera la organización y desde muy joven aprendió a ocuparse de los negocios, convirtiéndolos en su principal objetivo, por el que estaba dispuesto a matar y morir.

Nedja Al-Kudsi era una joven ingenua que vio cómo su mundo se desmoronaba cuando asesinaron a su padre. Todo lo que amaba y la poca libertad que tenía le fueron arrebatados cruelmente y evitó perder su propia vida de milagro, pero seguir escapando de los monstruos que querían matarla sería un reto que no podría cumplir sola.

Ettore tenía un objetivo: comprar tecnología en Oriente Próximo y volver a casa. Era obvio que no debía hacerse notar ni involucrarse en ningún conflicto local, pero cuando la chica fue atacada delante de él su instinto fue protegerla. Era un hombre inteligente, sabía que tenía que salir de aquel lío cuanto antes, pero Nedja le necesitaba y la única forma de sacarla de allí sana y salva era casarse con ella.

El falso matrimonio solo sería el principio de una misión mucho más difícil.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

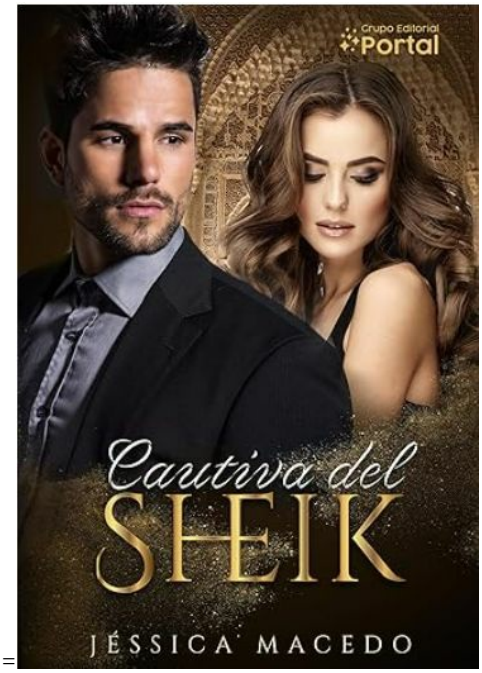
Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

= 

Link=> https://amzn.eu/d/02oUAm65

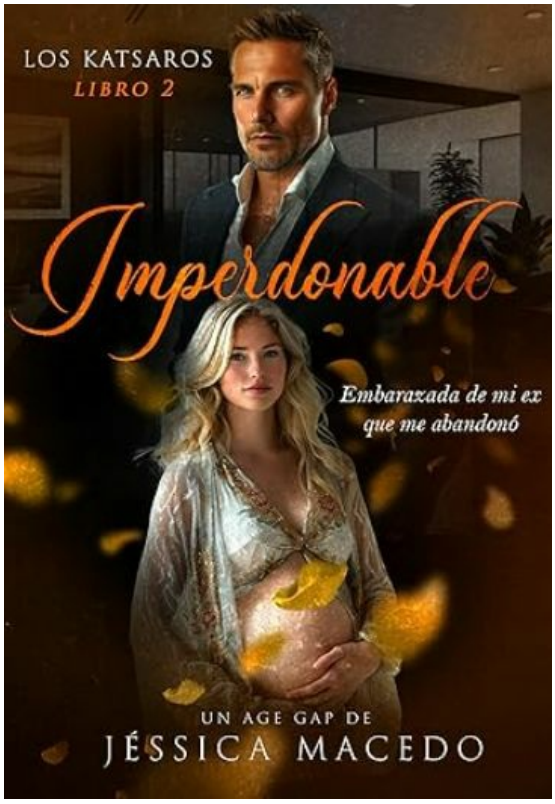
El jeque Hassan Khan Al-Abadi no tenía intención de volver a casarse; tras perder a su primera esposa a causa de una terrible enfermedad, dedicó su vida al pueblo de Sahra, el Emirato que gobernaba, a su hija pequeña y al sueño que había heredado de su padre, llevar la modernidad a Oriente.

Director general de un importante promotor inmobiliario responsable de urbanizaciones en toda Arabia, veía llegar la modernidad con cada nuevo edificio.

Hassan no esperaba que una mujer extranjera se cruzara en su camino y fuera como un destello de sus sueños. Le invadió un sentimiento abrumador que le demostró que podía volver a involucrarse, pero esta vez con una mujer de su elección.

Cuando Rosimeire ganó un viaje a Dubai, no esperaba convertirse en el blanco de los deseos de un hombre poderoso. No quería involucrarse con alguien de una cultura tan incompatible con la suya. Sin embargo, el jeque no la abandonaría.

Hassan estaba dispuesto a todo para hacerla suya.

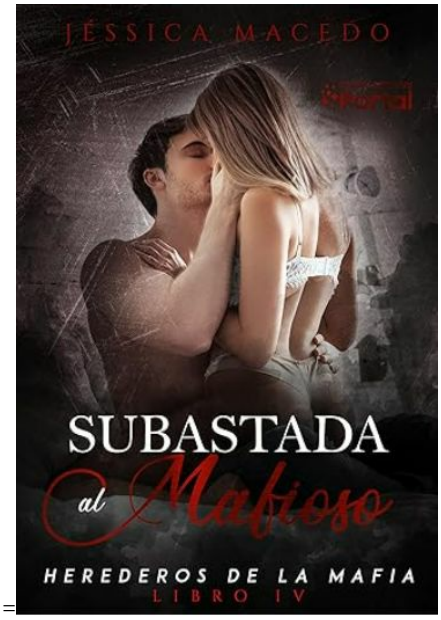


Link=> https://amzn.eu/d/0eoPGQrE

Petros Katsaros, director general de una importante compañía naviera, se enfrenta al declive de su matrimonio y decide divorciarse, decidido a dejar a su mujer y seguir su vida de soltero.

A Chirly el abandono le rompió el corazón. Cuando se casó con el hombre de su vida, nunca imaginó que la abandonaría, pero así fue. Sola, luchaba por recoger los pedazos y salir de ese pozo de tristeza y la increíble noticia de su embarazo fue como una luz al final del túnel.

Petros no se dio cuenta de que el tiempo y la distancia le demostrarían que estaba equivocado, pero para recuperar a su mujer tendrá que luchar por una segunda oportunidad.

= 

Link=> https://amzn.eu/d/0hOR0Ive

Thiago Bellucci es el vástago de la familia más poderosa de Italia y desde muy joven aprendió a derramar sangre. Se convirtió en un sicario de la mafia, cruel, despiadado y temido por sus enemigos. No había razón para que un hombre como él se involucrara con ninguna mujer. Sin obligación de tener herederos, todas eran puros pasatiempos.

Juliana Kouris era una chica sencilla nacida en una isla pesquera. Con una vida tranquila, nunca imaginó que su camino se cruzaría con el de un mafioso. No conocía este peligroso mundo, pero una decisión equivocada de su padre la llevó a ser secuestrada y a descubrir el lado más cruel del ser humano.

Thiago tenía una misión: entrar, matar a los que habían desafiado a su familia y salir desapercibido, pero se encontró en un antro de pecado donde las mujeres se vendían al mejor postor. No es un alma buena y no estaba allí para hacer nada caritativo. Cuando su camino se cruzó con el de la joven inocente, ella no era más que una herramienta para sus planes, pero sería el principio de su caos personal.

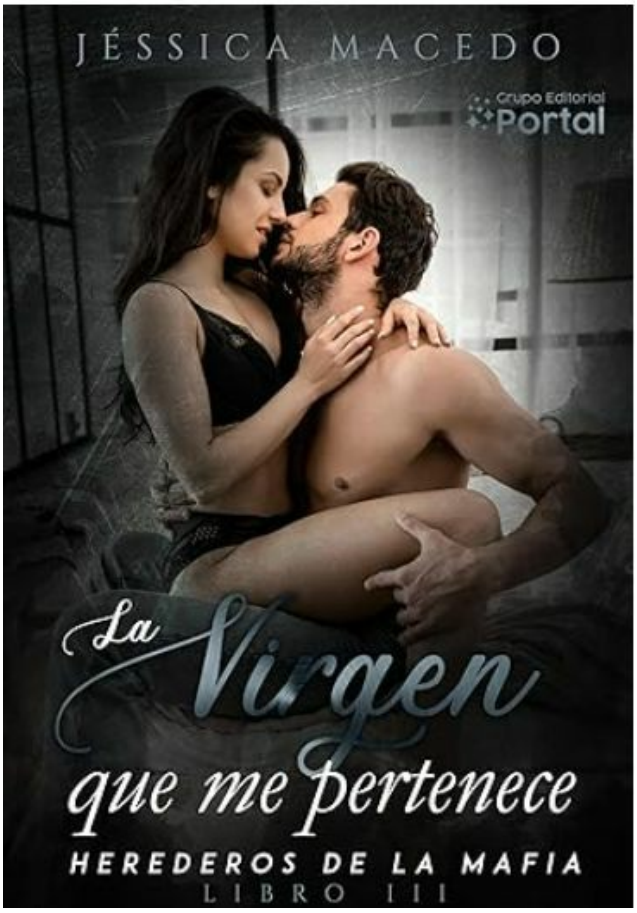


Link=> https://amzn.eu/d/9ICyLel

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

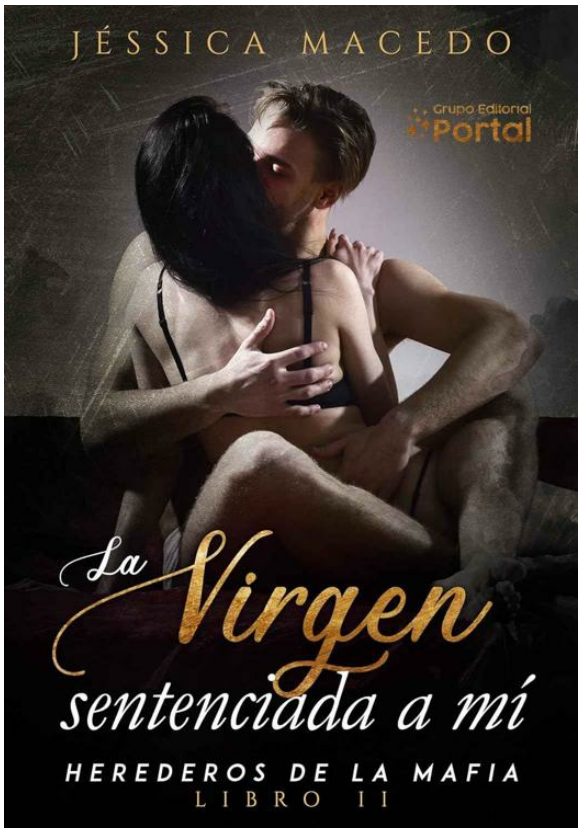


Link=> https://amzn.eu/d/ciJFEaz

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

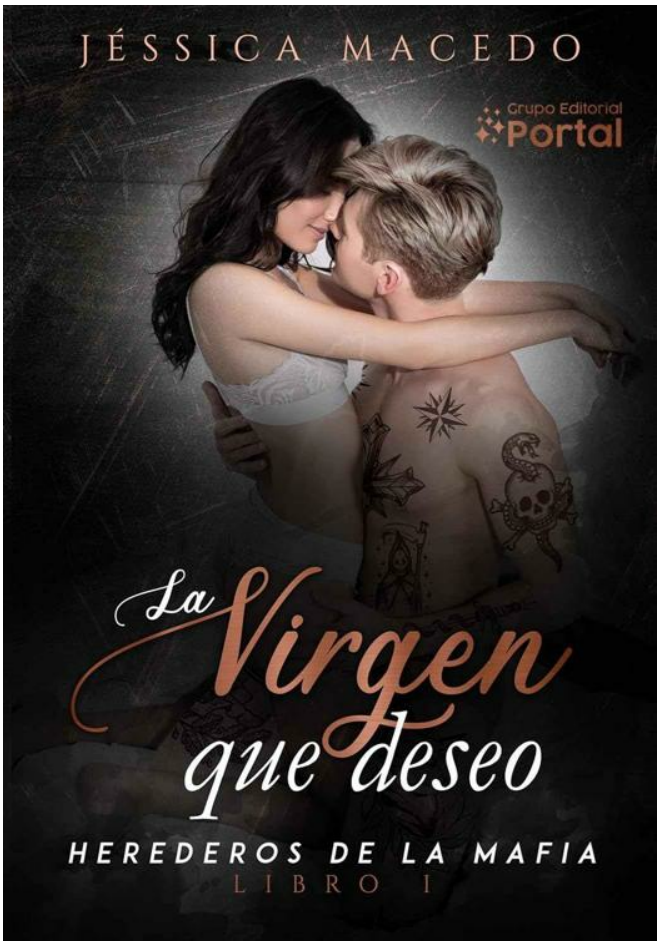


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder.
Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn